



## *Infancia y juventud de José E. Rodó*

Eugenio Petit Muñoz

**EUGENIO PETIT MUÑOZ**

Infancia  
y juventud  
de José E. Rodó



UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA  
DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

- I -

△▽

Mi recuerdo personal de Rodó

Se me hace imposible entrar al estudio de la infancia, de la adolescencia, de la juventud y del medio en que éstas transcurrieron, sin antes evocar la apariencia física del José Enrique Rodó que tantas veces vi, y al que en una media hora fugaz, pero que me dejó imperecedera impronta, conocí personalmente un día. Y, llevado por ella, quiero asimismo, entonces, revivir las sugerencias que esa apariencia física promovía, y mostrar cómo ellas no se correspondían enteramente, antes quizá la enmascaraban y contradecían, con la realidad interior de su ser.

Un hombre caído desde algún alejado punto del cielo, que no alcanzó jamás a adaptarse enteramente a andar sobre la tierra. Todo estelar, todo huyente hacia lo alto, mal plantado sobre el suelo, atraído por otras gravitaciones. Hubiérase dicho que fluidos celestes que querían volver habían quedado encerrados bajo su cráneo, y en su incesante trance ascensional sostenían los miembros pesantes, dejándolos colgar, como olvidados. En el descuido, amagaban soltarse, casi flotar, algún mechón del poblado cabello castaño, y los bigotes gruesos y fofos. Hasta en lo orgánico las fuerzas de aquel hombre semejaban estar siempre atentas a cosas de los remotos círculos en que se habían generado; porque, ni supieron regular proporcionadamente el crecimiento de su cuerpo, ni le enseñaron a manejarlo acabadamente. Por un lado le sobraban carnes, que hacían flácidas sus mejillas y su nariz semiaguileña; por otro le faltaban, dejando enjutos y casi tiesos el alto tórax y las largas piernas. La sangre parecía circular desigualmente por su rostro, en el que alternaban palidez, colores de salud, y algún tono amoratado. Su elevada osatura hubiera requerido una corpulencia integral, que apenas llegaba a apuntar hacia el vientre, pero daba el asombro de unas manos pequeñas, blancas y finas. Sus oscuros ojos pequeños eran indiferentes y débiles para ver hacia afuera: dijérase que la penetración de su mirar, su dinamismo ágil y certero, eran sólo para correr por las rutas mentales, desde las que una trama de infinitos puentes le hiciera llegar la luz de los orígenes. Y era verdad que para mirar el mundo le fueron necesarios lentes, desde muy temprano, y su caminar carecía de soltura, como si el ritmo de los pasos no estuviera acompañado con los demás movimientos del cuerpo. Impresionaba, casi, como si quedara siempre en retraso, tal si hubiese preferido permanecer en quietud.

El fino espíritu de don Antonio Bachini, cuando, en 1920, llamó al del Maestro «ave de las cumbres»<sup>1</sup>, sin añadir a la imagen una sola palabra, pensó sin duda en el cóndor: en su planear fuerte y grande por las altas zonas; pero es seguro que quiso aludir también a los rasgos del rostro, culminado por la maciza cresta de pelo alisada y volcada hacia un lado; a ese algo de oprimido y curvado para arriba que sus hombros contribuían a componer, y sobre todo a lo desairado de su andar sobrealzado, que sostenía un torso y una cabeza semi inclinados hacia adelante.

Y es seguro que pensó así porque ya Hugo D. Barbagelata, tentado como él por lo imperioso del símil, lo había mostrado antes que nadie de este modo, en una bella página, escrita en 1915, que corría ya profusamente, porque servía de portada a *Cinco Ensayos*:

«Es hombre grande. Su estatura está en relación con su intelecto; se acerca a los dos metros. Destácase su cabeza erguida en cualquier grupo que se encuentre, y cuando camina, apoyando el antebrazo derecho sobre una parte de su cuerpo, dejando la palma de la mano hacia afuera y el otro brazo moviéndose como un remo, no hay necesidad de observar su mirada aquilina y la nariz que la completa para figurarse un cóndor de los Andes agitando una de sus alas antes de emprender rápido vuelo»<sup>2</sup>.

Sus ropas, que no cuidaba, eran, en sí mismas, correctas, de telas siempre oscuras. Pero aun cuando alguna vez llegó hasta a sorprender con un chaqué grisáceo ribeteado

de seda, de intrínseca elegancia, le caían todas desgarradamente, no se sabe si flojas o ceñidas.

Sin embargo, no sólo en el óvalo que enmarcaba unas facciones severas, de trazo firme, acusado por un ceño de preocupación, se mostraba una gran dignidad. También su persona entera, su conjunto todo, impresionaba como un hombre serio y respetabilísimo, como un meditativo, acaso triste, aun para aquel que no tuviese idea alguna de quién era ese hombre.

Así veíamos pasar en 1915 a José Enrique Rodó por las calles de Montevideo los que éramos entonces generación veinteañera, y así seguimos viéndolo un año más, por entre aceras bulliciosas o cruzando, absorto peligrosamente sobre los pavimentos lisos, con el sombrero redondo puesto hacia adelante, en posición incierta, el tráfico ya denso de una ciudad que venía llegando al medio millón de habitantes con saltos de pujante crecimiento. Otras veces se le veía viajar, pasajero solitario, en los tranvías menos concurridos, haciendo largos recorridos que se sabían destinados a la meditación.

Quien se llegaba a él oía su voz, clara y fuerte, pero que traía una resonancia extraña, un algo gutural, entre hueco y espeso, como el timbre del fagote en los registros agudos. Entonces se gozaba del noble privilegio de su cortesía, que un exquisito don de gentes y la sencillez de su bondad inspiraban, reflejándola en maneras cultísimas, pero que no lograban traducirse con holgura total de movimientos.

\* \* \*

Así se nos mostró cuando, en junio de 1916, fuimos a verle en su casa de la calle Cerrito un grupo de estudiantes<sup>3</sup>, para pedirle una conferencia con la que quedaría inaugurado públicamente el Centro de Estudiantes de Derecho, sobre los ideales de la juventud, por ver cómo haría su redición de Ariel después de la maduración de los años.

Había anochecido totalmente y hacía gran frío. El Maestro, arropado en su sobretodo, semi convaleciente de una pequeña dolencia invernal, conocía nuestros deseos, porque se los había transmitido el doctor José Pedro Segundo -que oficiara de introductor y nos acompañó, asimismo, cuando se realizó la entrevista-, y nos esperaba en la salita contigua al gran salón, en el ambiente apenumbado, de un verde mortecino, como de gruta remota, del fondo del mar, en que gustaba recibir a las visitas: con luz que venía de otro lado, del vestíbulo, de la pieza vecina...

«Siéntense ustedes aquí, señores», nos dijo con grave y afable ademán protocolar. Y en respuesta a nuestro reverente requerimiento nos reveló en confianza, que fue sorprendente primicia porque nadie conocía aún la novedad que iba a ocurrir, que acaso antes de un mes partiría para Europa, porque había celebrado un convenio con la revista argentina *Caras y Caretas*, que le permitiría realizar un viaje siempre ansiado. Además, escaparía a las mezquindades del ambiente. Sólo en el caso de que alcanzara a permanecer un mes antes de la partida tendría tiempo para escribir la conferencia, cuyo tema, como la oportunidad en que se la solicitaba, lo seducía, y quería preparar reposadamente.

Le preguntamos entonces quién, llegado el caso de su ausencia y no pudiendo hacerlo él, podría pronunciar la conferencia, y respondió sin vacilar: «el doctor Sienna

Carranza». Nos sorprendió, en ese momento, la elección, que no nos explicó. Pero ahora le doy toda la trascendencia que tenía. Rodó habría esperado sin duda del viejo intransigente principista y sobreviviente del Partido Constitucional, más que del culto escritor, poeta y avezado periodista que era también el Dr. José Manuel Sienna Carranza, que éste diera a los jóvenes una gran lección de independencia cívica en aquellos días que eran de inusitada tensión política y en que la oposición, de la que el Maestro formaba parte principalísima, veía crecer con temor, por encima de las ideologías, la influencia avasallante del poder.

No quisimos empero, tras nueva reflexión, confiar a ningún otro el tema sobre el cual habíamos pensado escuchar ese mensaje de Rodó, y preferimos dejar vacío el lugar que sólo a él correspondía. Nadie hablaría, pues, sobre los ideales de la juventud en la serie de conferencias que habíamos concebido, precisamente, en torno a temas relativos a la juventud, y que él habría debido inaugurar. El ciclo se realizó brevemente, con otros oradores y otros enfoques.

Antes de un mes Rodó había emprendido aquel viaje, en que todos creíamos que iba, cuando podría de algún modo decirse que había iniciado su regreso; que aquella apariencia de hombre caído del cielo volvía lentamente a la región ignota de donde, cuarenta y cuatro años antes, misteriosas fuerzas le habían lanzado para hacerle caer en la tierra. Porque en menos de un año llegaría a encontrar su destino fatal, pero no entre las vagas nubes de algún más allá metafísico, sino en un cielo existente en plena realidad terrena, en una isla paradisíaca, luminosa, crecida de mitos y poblada de cantos, de aires dorados bajo un eterno azul, y aureolada por las reverberaciones rutilantes de mares soleados.

\* \* \*

Pero antes, en el anochecer de la víspera de su partida, el 13 de julio de 1916, la juventud de América vio por última vez, por los ojos de los jóvenes de Montevideo, la misma eminente silueta, ahora alumbrada por la luz de los arcos voltaicos y por la iluminación de lamparillas blancas y azules que para las grandes ocasiones enmarcaba las ventanas, erguida sobre el largo balcón del Círculo de la Prensa de entonces, en la acera Norte de la Avenida 18 de julio entre Río Branco y Julio Herrera y Obes, recortándose sobre la pared gris amarillenta y por momentos inclinándose hacia el suelo para mirar a la apiñada muchedumbre, congregada en su honor, de estudiantes y otras gentes, que lo escuchábamos desde la vereda y hasta la calzada toda abarcando una vastísima extensión, y a las cuales se dirigía, extendiendo a veces un brazo, con sobrio ademán pero con amplitud, para reforzar algún giro.

Era su discurso de despedida y de emocionada gratitud, que no llevaba escrito, pero cuyos meditados conceptos, de aliento, de fe en el futuro, de concordia nacional y de visión americanista, fue desarrollando durante una media hora con claro y fuerte acento y con la briosa rotundidad y la limpia y cabal desenvoltura de sus más sesudas y mejores páginas de adoctrinamiento.

Porque aquellas rarezas que le daban ese extraño aspecto estelar eran sólo apariencias, no sustancias que se correspondiesen, fuerza es repetirlo, con la realidad interior de su ser.

Rodó, sin mengua de su idealismo, sin mácula de su arte, y es más, fuertemente sostenido por ellos, estaba por adentro, sí, bien plantado sobre la tierra, y se sentía adherido a ella, viviendo hondamente sus problemas y amando al hombre concreto. Y los jóvenes lo sabíamos. Sabíamos que, apasionada pero siempre levantadamente, como hombre y como ciudadano, aun en el error, con su pensamiento y su conducta caminaba por el mundo con pasos que, si no podían percibirse con los ojos desde afuera, cuando se le veía deambular por las calles, eran, en su inmaterialidad, siempre firmísimos, seguros, rectos, amplios, resueltos, y de certero destino para alcanzar hasta donde, con su inmanente altura espiritual e impulsado invariablemente por nobilísimos motivos, se proponía llegar para seguir sembrando el bien.

Y por eso le venerábamos.

## - II -



### La ciudad abierta al cielo

Su venida al mundo había sido el 15 de julio de 1871<sup>4</sup>, y le había tocado ver la luz en un punto de la zona subtropical atlántica de la América Meridional.

Montevideo era entonces, para el sudamericano que llegase de más allá de los Andes, «una ciudad de mármol», mientras otras metrópolis del continente eran todavía sucias ciudades de barro o de ladrillo. Así, y diciéndolo con esas mismas palabras, la veía en su memoria, aún hace relativamente pocos años, un ilustre chileno a quien su única visita a la capital uruguaya, hecha en 1869, sólo le permitía destacar, sobre la borrosa evocación lejana, la blancura de las primeras fachadas exornadas, de los balcones y zaguanes, patios y zócalos, balaustradas y escaleras, de las modernas casas ricas<sup>5</sup>, y sin duda también -fuerza es pensarlo- la fuente de grandes placas lisas frente al Cabildo, que en los días en que nació Rodó sería sustituida, hacia el medio de la plaza, por la actual de tritones, faunillos, angelotes y grifos; el alto pedestal que en otra plaza soportaba una Libertad de bronce; el revuelto sudario de lápidas sombreado' de cipreses del cementerio; las pocas estatuas y fuentes y los vestíbulos abiertos en escalinatas bajas y amplias, resaltando, níveos, en las quintas suntuosas de los alrededores, sobre el denso verdor de los grandes jardines de fronda señorial: un pórtico anunciador de Europa.

Para el montevideano su ciudad era, en el inevitable paralelo con la olla de barro, como llamaba a Buenos Aires, la grande y ya opulenta olla de barro que estaba allá enfrente asentada sobre la lisa pampa de limo bordeada por aguas terrosas, y con la que eternamente quería competir, la *tacita de plata*, símbolo de acicalamiento en que cifraba el orgullo de su limpieza, lograda, mucho más que por la mano del hombre, que poco hacía por cuidarle su hermoso desaliño, por los recios lavados y barridos naturales de las lluvias corriendo en mil sentidos sobre pendientes francas, y de los vientos que azotaban por todos lados las calles de su península desguarnecida. Para el *porteño*, Montevideo era, en cambio, una aldea grande, un Buenos Aires que había crecido menos, no obstante sus cien mil habitantes: menos rico, menos adelantado en casi todo,

de fastidiosa quietud patriarcal, pero fraternalmente hospitalario, de ánimo abierto y generoso, con sorpresas de algún progreso material en que se hubiese adelantado a su rival, con mejor puerto, y más intenso de modelado, de color y de línea, que se daban en las cambiantes tonalidades de su mar, ahora verdoso, ahora achocolatado, ahora azul salino, y en la arena blanca de sus playas, en la gracia de sus mujeres, en las imprevistas perspectivas ofrecidas por las quebradas amenas pero nunca violentas de sus calles, en el arco de su bahía, espejo que el oleaje bajo el sol transforma en plata hirviendo y que cierra, casi, en la playa opuesta, la eminencia discreta y armoniosa del Cerro: el Cerro, coronado por la ruda fortaleza blanca del final del coloniaje, con su farola; emblema heráldico de la ciudad, imagen calma, que aleja toda idea guerrera, con su falda suave y uniforme, pintada entonces, del lado de la base que mira a la ciudad, por minúsculo caserío, y que emplea media legua en sumergirse en redondo por tres lados en el agua, bajando desde una altura de ciento cuarenta metros.

\* \* \*

Para el europeo, lo que Montevideo podía ofrecer de carácter, de novedad, no serían sus mármoles, ni su naturaleza desprovista de rasgos agudos, sin colorido violento, sin tropicalismo ni nieves, sin catarata ni montaña, sin barbarie total ni civilización acabada, sin alma colonial ni ambiente indio, sin más inmensidad que la de un cielo azul de luminosa pureza y el horizonte de su gran río, el estuario al que el bronceado aborigen de tierras guaraníes, no el propiamente vernáculo, había llamado *Paraná Guazú*, río grande como mar, porque de verdad lo es y, desde siempre, en la ciudad de hoy todos lo llaman simplemente «el mar». Montevideo le daba un medio tono de exotismo, un exotismo tibio, de sabor amortiguado, de formas diluidas aunque perceptibles, pero que había menester, por ello mismo, para gustarlo enteramente, la sapiencia de un catador que pudiera complacerse en la delectación de lo indeciso, de lo equívoco, de lo que es y no es, de lo que está escapando y aún no ha huido totalmente, de lo que viene siendo y todavía no ha llegado, de lo que apunta dulzor y no empalaga, o es salobre y no amargo, de lo que, siendo efusión calma y desenvuelta, ni es quietud ni es explosivo paroxismo. Confluencia de civilizaciones, de climas y de épocas a medio lograr, y, con todo, no hibridismo, sino categoría cultural histórica y plástica definida: ambiente de verdadero carácter, específico como resultante, y de sabor preciso.

Por sus calles principales, que bordean angostas aceras, y por las que, más anchas, llevan a los más próximos de sus barrios suburbanos, éstas provistas de árboles -casi siempre paraísos- corren tranvías de caballos, cuyos rieles han debido romper, muy pocos años antes, la virginidad del tosco empedrado de cuña, de saltantes relieves, que comienza a pulir, en la entrevía, el persistente azote de las herraduras. Berlinas, victorias y milores, los primeros cupés, los lujosos landós, anuncian su paso con el trémolo seco de las ruedas redoblando sobre la piedra y con el chasquear contrapunteado y rítmico del trote, en tanto el tranvía se hace presente por el toque de la corneta de guampa, en que el cochero ensaya simples y estranguladas escalas, de súbita y desentonada cadencia, mientras va trazando amplios círculos en el aire con el largo látigo. Con ellos alternan toscas carretillas tiradas por muías, algún carro grande con caballos, algunos carretones cargados de lana o de cueros, y pesadas, chirriantes, carretas de pasto, arrastradas por bueyes, que bordean por las calles de las afueras, y que en ocasiones llegan hasta el centro. Las diligencias -el heroísmo y la paciencia del transporte criollo- grandes y pintorescos coches de pasajeros para los largos viajes por

el campo, de caja de colores y altas ruedas, se apostan en parajes próximos, y ya dentro de la ciudad, donde tienen su parada.

Tanta diversidad de vehículos no forma, con todo, sino un tráfico intermitente y ralo, y es frecuente, aún en calles no muy apartadas, ver un pasto corto, compacto y menudo, tapizar de verde los intersticios del empedrado. Pero la hegemonía del caballo, su presencia ubicua como milenario motor, todavía único, del transporte terrestre -salvo el buey, dentro, todavía, de lo tradicional, para lo más pesado y lento, y salvo, para las nuevas velocidades en que el mundo se iniciaba, el ferrocarril, que comenzaba ya a señorear algunas zonas, todavía muy breves, de los campos cercanos a Montevideo- la hegemonía del caballo, que venía repitiéndose, en el sucederse y el diversificarse de los ciclos culturales y en más de un tipo de economía, como uno de los elementos persistentemente integrantes e inseparables de muchos de ellos, se hace presente por los aires a través de un invisible halo de olores, casi siempre tenuísimo, pero de densidades discontinuas, y que está incorporado como cosa natural y hasta familiar a la atmósfera de generaciones y generaciones de infinitos pueblos. Entre sus matices sutilísimos se perciben, mezclados vagamente, el de los corrajes, el de los sudores, el del propio pelambre, y, por ráfagas, vapores acres y espesas fetideces. Sólo cede, en aquel Montevideo, en los lugares inmediatos a la costa, que formando un sinuoso contorno rodea por tres lados a la ciudad, ante el aliento impregnante del mar.

Mientras tanto, en el centro, entre los pocos transeúntes que rompen apenas el gran silencio ambiente que tiende a restablecerse a medida que se van alejando los vehículos, los gritos del cochero, del carrero o del vendedor ambulante, el relincho, el trote o el piafar soberbio, se ven circular, solos o formando pequeños grupos esporádicos, señores de levita y sombrero alto; damas de toca y de mantilla y redondas, anchas, copiosas polleras con tontillo: no pocas enlutadas, y hasta algunas como surgiendo, tétricamente veladas, de entre un mar de flotantes crespones negros -especies de alas gigantescas- a veces, todavía, dobles, puestos uno sobre otro; niños de chaquetilla corta y desgarrado pantalón; niñas de corpiño ajustado y faldas excesivas; hombres y mujeres del pueblo, éstas con la cabeza al aire o envuelta con trapos, aquéllos con pañuelos en el pescuezo, pacíficos pañuelos, negros o a cuadros, de extranjeros, o provocativas golillas rojas, signos de la pasión política, triunfantes frente a la ausencia de golillas blancas o celestes, porque el país está en guerra civil, y los blancos revolucionarios están en campaña: sólo los colorados, partido del gobierno, pueden ostentar sin peligro su enseña por Montevideo, que ha permanecido, por la lealtad y por la garantía de la fuerza, sujeto a su poder<sup>6</sup>. Casi todos estos hombres y estas mujeres son de raza blanca, en buena parte europeos, especialmente italianos o españoles, pero muchos son también aindiados, mestizos. Otros son negros, mulatos o pardos, viejos libertos o hijos o descendientes de esclavos africanos, y aún puede hallarse, bajo las ropas del civilizado, el tipo puro del indio nativo, que ignora acaso que lo es, no obstante su color cobrizo, sus ojos oblicuos, de párpado encapotado, su pómulo saliente, el pelo duro, recto, áspero y renegrado: la ruda *chuza*, que unas veces corta a la europea y otras deja caer formando lacia melena. Pero este transeúnte no se confunde con su poco probablemente lejano pariente racial, el indio *colla*, el indio boliviano, vendedor ambulante que ha llegado después de andar quinientas leguas, y que se mezcla también al movimiento de la calle, aunque dando una nota más llamativa a la mirada, con su sombrero de panza de burro, su poncho corto de colores, la maletita en que lleva la mercancía que ofrece: remedios, piedra imán, almendra de olor, polvos para el amor... A caballo pasan el vendedor con árganas, el *aguatero* con sus barrilitos (son los últimos días del *aguatero*), el comisario, alguna



patrulla, algún soldado, de la bárbara soldadesca, casi siempre descalza, de la época, y algún gaucho, que se ha llegado a la ciudad: largo poncho rayado, sombrero alto, también de panza de burro, o redondo de ala ancha, bajo el cual asoma la chasca ensortijada, complemento de una barba tupida; lazo arrollado al costado, amplias bombachas o acaso chiripá, quizás aún espuela nazarena, de largas puntas martirizadoras, y bota de potro, que deja asomar los dedos del pie, con los que agarra el estribo. Él también ostenta su golilla, y el poncho oculta el facón que lleva bajo el cinto. Su empaque altivo lo completa el chapeo de plata labrada. No se sabe si es tropero que vino por sus trabajos o si lo ha traído el anuncio de que se hará un alto en la guerra. Porque el gaucho de estos tiempos no es ya solamente el vago, corredor libérrimo y solitario de los campos, «cantor triste» pero raptor de mujeres, sin ley y hasta reputado por malhechor y «criminoso», del siglo XVIII, en cuyas postrimerías aparece su nombre como el de una típica categoría social que venía arrastrándose de atrás, y que aún subsiste en 1871 por no existir todavía límite capaz de detenerlo. Sólo algunos años más tarde se generalizará, comenzando a cercarlo a él también, y no sólo a las estancias, el alambrado, que la ley acaba de hacer obligatorio aunque por ahora no se halla en toda la campaña, a través de distancias enormes, sino alguno excepcionalmente, y algún raro cerco de piedra. El gaucho es también, ahora, tanto el aventurero todavía díscolo pero que trabaja «en ocasiones», como el peón asalariado fijo, que antiguamente era la antítesis, precisamente, de aquel ancestro casi legendario. Y hasta, por la fuerza de una extensión creciente, suele designarse con su nombre al estanciero totalmente rudo y cerril, y, finalmente, a llamarse con la voz de gaucho al hombre de campo, al paisano, cualquiera sea su condición. Puede ser, entonces, un entero hombre de bien, y aún llegar a serlo hasta el máximo, puede representar la hombría cabal, heroica, leal y generosa, y merecer, todavía, alcanzar a encarnarla, como un símbolo, en el concepto popular, y, poco a poco, hasta en el culto. Todo ello por virtud de esa semántica progresiva que ha ido desplazando en parte, y en parte ensanchando, el significado originario del término: semántica en cuya génesis (que comenzó cuando el gaucho ingresó, atraído por la alucinación de un ideal desconocido pero cuyo surgimiento aguardaba sin saberlo, por las propias predisponentes de su naturaleza libertaria y rebelde, en las filas de la revolución emancipadora) entra un complejo de imponderables patrióticos, sociales, económicos y morales.

Hacia el atardecer, el matón del suburbio, el *taita* del arrabal, el *orillero*, de sombrero requintado y ala caída, será quien dé la nota provocativa desde la esquina peligrosa, junto a la puerta del almacén a cuyo frente, al borde de la acera, todavía pueden verse los fuertes postes con argollas para que los parroquianos aten sus caballos y traigan en su voz el dejo campero y hasta la poesía gauchesca, que vibra allí, entre el zumbar de las guitarras, en el *contrapunto* de los payadores, más acá del mostrador en que se despacha caña, en la rueda en que hay quien prefiere al trago ardiente el amargo del mate. De noche, las *compadradas* desafiantes sonarán en los bailes públicos, en las *academias*, donde también se arriesgan elementos de la mozada decente: cuando en la calle, después del paso incierto de la linterna del sereno que ronda, no alumbren sino los picos de gas, y en las afueras escasos faroles de aceite, y más lejos, entre las quintas y los campos que han sucedido a los baldíos de más en más frecuentes, sólo la bóveda estrellada sea promesa de paz sobre las tinieblas.

\* \* \*

Pero, de día, ¿a dónde iba, de qué focos emanaba, aquel escaso tráfico de vehículos, jinetes y peatones?

Para poderlo percibir con más sentido, para que sea posible volver a imaginarlo de nuevo pero moviéndose en su ambiente total, abigarrando la fisonomía exterior de aquel Montevideo de 1871, y hasta para tener el solaz de reposarse contemplándola a ella también y llegando a entender lo que expresaba, es fuerza antes ver el fondo de ciertas cosas que los ojos no podían mostrar en un primer mirar hacia la calle.

Centro mercantil era la ciudad, a donde convergían, para ser exportados por su puerto, famoso desde la época colonial por sus condiciones naturales, que poco había retocado todavía el hombre, pero que de todos modos, habiendo sido el factor fundamental de la formación de la nacionalidad uruguaya, daba vida y fisonomía propias a todo el barrio adyacente, los productos de una campaña no muy poblada ni muy extensa, y consagrada por entero desde la estancia, la célula económica constituida por las grandes divisiones de la propiedad raíz o de la mera posesión de hecho de la tierra, a trabajos casi exclusivamente ganaderos, apenas más activos que la indolencia cuando debían traducirse en esfuerzos sistemados y pacientes, pero frenéticamente dinámicos si requerían el empleo, sobre el lomo del caballo, de la destreza, de la fuerza y del coraje, en las lides con el novillo o con el toro, en el entrevero del rodeo, vértigo del peligro.

Esa ganadería, la industria madre del país, todavía tan primitiva, pero de la cual se alimentaba así el comercio montevideano y se justificaba la importancia de su puerto, estaba en el momento de su vida en que, gracias a la fundación de la Asociación Rural del Uruguay, que se estaba gestando y ocurriría en octubre de ese mismo 1871, entraría de lleno en el camino del fomento consciente y civilizador.

Detengámonos un instante a pensar, antes de abordar otro aspecto de aquel 1871, en esa coincidencia de que haya sido en este año cuando ocurriera esa fundación, debida a un grupo visionario de hacendados progresistas, y de que ella haya tenido lugar en medio al dolor y a las pasiones de la guerra civil, remontando proféticamente la mirada, como sus fundadores lo hacían, desde los campos desolados y enrojados por la sangre de los hijos de una sola gran familia, con visión constructiva, hacia los horizontes de la paz. Pero señalemos a la vez algunas incongruencias y no pocas injusticias dentro de un hecho en sí mismo tan trascendental y auspicioso. Esa entidad, rural por antonomasia, cuidaba, por previsión de sus estatutos, aprobados meses antes, como de fines primordiales -y ello era justificadísimo- del respeto de la seguridad de la propiedad en la campaña; pero no olvidaba equiparar esa preocupación con la que llamaba «disminución de los impuestos que sean excesivos», siendo así que, si se exceptúa la aduana, no había otra materia clara y sensatamente imponible, en la época, sino la tierra, con su gran latifundio dominante; y si la institución velaba por el estudio de una legislación para el agro, y por la tecnificación de las industrias y la enseñanza agrícolas y la «granja modelo», rendía un homenaje implícito a la capital, porque, pudiendo haberse dado su sede en algún punto del interior del país, desde el cual el fomento irradiase mejor, los mismos estatutos disponían que su Junta Directiva residiese en Montevideo, lo que no es, con todo, de censurarse mucho, aunque sí lo es, sin duda, el que olvidase totalmente el problema de la redención por el trabajo, redención económica, y, con ello, social y moral, del gaucho, de aquel auténtico gaucho superviviente, al destinar la primera de las tres secciones que debía crear en su seno a la

inmigración, preocupación sin duda santa, pero que debió posponer a aquella otra. Pues es lo cierto que no consagró una sola palabra de sus estatutos al pobre poblador nativo de nuestra campaña, eterno desarraigado por la falta de estímulo que desde casi cien años antes, desde los tiempos de un Sagasti, de un don Rafael Pérez del Puerto, de aquel anónimo autor de las Noticias de 1794, de un Azara y de un Lastarria, venían denunciando los hombres pensadores y justicieros, y a cuya condición de marginado poco después Artigas comenzó, revolucionariamente, a poner remedio, que una conflagración universal contrarrevolucionaria de todo el ámbito platense, desatada desde Río de Janeiro hasta Buenos Aires, se encargaría de hacer imposible no bien había empezado a cuajar en los hechos. Y es así como ahora, en 1871, fueron los estancieros, pues, que tenían tierras para darle, para que las hiciera suyas y pudiera merecerlas y fecundarlas con sus esfuerzos, y no los hombres de estudio, que no las tenían, pero contra los cuales, cuando se les vea actuar, dos años más tarde, en las Cámaras llamadas románticas, en que brillarían los principistas, se ha creado, por miopía histórica, la rutina de cargárselo en culpa, fueron los estancieros y no los hombres de estudio, repítase esto bien, quienes olvidaron al gaucho y lo mantuvieron desterrado, vagando sin esperanzas, dentro del suelo que lo viera nacer.

\* \* \*

Pero volvamos a seguir mirando a Montevideo.

Para casi todo lo demás, nuestro puerto era centro de importación del producto manufacturado europeo, de la yerba mate argentina o paraguaya, de frutos del Brasil, todos ellos, a su vez, necesaria contrapartida económica de aquella exportación de los productos de la ganadería (los llamados «frutos del país»): cueros, carnes saladas, astas, cerdas, lanas, grasas, a las que pocos años más tarde, revolucionándolo todo, se habrían de agregar las carnes congeladas.

Si el barraquero centralizaba aquí, como consignatario, en sus grandes, malolientes y destartalados depósitos, todas esas riquezas de la campaña hasta el momento de ser exportadas (salvo las carnes saladas, que se guardaban *in situ*, en el propio saladero), el registrero, llamado así o simplemente mayorista importador, con su «almacén de ramos generales», era el polo opuesto de aquél (si bien hubo quien era a la vez registrero y barraquero), porque difundía aquí o hacia el interior el mayor volumen de los renglones introducidos: desde los paños, las ropas y calzados de moda, los muebles de lujo y las bebidas finas y aún los vinos comunes, pues no se los fabricaba todavía en la República, hasta aquellos frutos tropicales de los países vecinos. Y aún había un tercer tipo de centralizador comercial o gran intermediario, el almacenero naval, que formaba emporios de repuestos marítimos y de materiales para el calafateo. De estos tres elementos, típicos del comercio mayorista montevideano, uno era, pues, acopiador de lo que iba a salir del país, otro de lo que entraba, y el tercero de lo que, llegando del exterior, iba pronto a ser reembarcado, no porque hubiese venido propiamente en tránsito, sino porque su destino era seguir cruzando mares, pero, ahora, incorporado a los barcos que se reparasen aquí. Fuera de todo ello, había, empero, comerciantes minoristas que introducían directamente su mercancía, sin acudir al registro.

Lo cierto es que, proveyéndose por uno de esos modos o por el otro, un mundo variadísimo de comercios, que contaba, además, con el auxilio de algunos bancos privados, de capitales nacionales o extranjeros, abría sus puertas al público. Los del

centro, tiendas, refinadas casas de modas y sastrerías, bazares, joyerías, mueblerías y confiterías de lujo, los clásicos cafés con sus ruedas tradicionales, y las librerías, que atesoraban, renovándola incesantemente, la cultura europea, especialmente francesa, que los ambientes intelectuales habían de absorber, hasta boticas y ferreterías. Y los de los barrios, suburbios y arrabales, simples variantes, casi todos, del almacén y la tiendita. La panadería y la carnicería eran ubicuas. Aquella se proveía de harina en los molinos. Ésta se surtía generalmente en el matadero, casi nunca en ganados de algún campo propio que su dueño pudiera tener a distancia no muy grande de la ciudad. Los «puestos de verdura» eran escasísimos, pero los suplía, como a los de fruta, de perdices o de pescado, que no existían, el vendedor ambulante, cuando no el mercado y hasta algún «mercadito».

Sólo esporádicamente, en aledaños de más en más alejados de la ciudad, subsistía en Montevideo la «pulpería», que seguía siendo todavía dominante en el campo: esa típica variante vernácula, no ya sólo de la ancestral «venta» española, sino más bien de la «pulquería» y de la propia pulpería mexicana, la que vendía pulpos, a la cual, en el Río de la Plata, el ambiente ganadero, ofreciendo, con la abundancia de la carne, la de la pulpa, que allí se podía comprar, aunque no siempre, junto con el aguardiente, la infaltable caña (nuestro sucedáneo del pulque) y las mil inesperadas cosas de toda suerte, prestó, en el trasplante, una clara tentación para acabar la deformación fonética<sup>7</sup>. (¿Cómo creer, en efecto, solamente a las etimologías de diccionario que, haciendo, por una parte, tolteca el origen de esta voz, la hacen a la vez derivar de pulpo, que nos viene del latín, y que éste recogió del griego?). Perdónesenos esta inesperada digresión, y volvamos a cuento.

Un súbito crecimiento del tráfico exterior había adquirido Montevideo en los años anteriores, cuando la guerra del Paraguay la hizo depósito de productos que de ultramar y del Brasil venían a su puerto para irradiar, desde aquí hasta el teatro de la lucha, lo necesario para el mantenimiento de ésta.

Y para el resto de la vida económica era a su vez Montevideo, en sí mismo, también un centro de producción, de la poca producción que podía quedar reservada, en tan precario medio, a la industria de la ciudad, a industrias que, con la sola excepción de la usina del gas y del dique, que eran grandiosos, este último, naturalmente, como subproducto de un puerto tan importante, eran todas de técnica incipiente: zapatería, talabartería, carpintería, aserradero, herrería, sastrería, platería, imprenta, en lo poblado, industrias en que el pequeño crecimiento, que se advertía, de la fábrica de vapor, no había desterrado, para muchos ramos, al taller artesano y al pequeño taller manufacturero. Y en los suburbios, saladero, que era el renglón más fuerte entre los otros, y aún para el país entero; y, secundariamente, curtiembre, grasería, molino, horno de ladrillos, cada uno con sus gentes, sus ruidos y sus olores propios, aunque todavía sin sus gremios organizados, salvo uno, el de tipógrafos, que había creado de su seno una mutualista<sup>8</sup>, siendo así que el coloniaje los había tenido, si bien dentro de una jerarquía sumisa, con su estructura vertical, para otros sectores de actividades laborales.

\* \* \*

Centro político de un gobierno constitucional, y que pugnaba por alcanzar a serlo también de orden, ya que sabía que no podría llegar a señalarse como de libertad, la que, por la fuerza de las cosas, era quimera soñarla en aquella época, prolongación de ese

drama inacabable de la violencia instalada y favorecida desde los países limítrofes, al que hay que llamar «la grande convulsión», herencia de la Guerra Grande y del fracaso de la política denominada *de fusión*, en que, con la mira puesta en la extinción de los dos grandes partidos tradicionales, el *blanco* y el *colorado*, había podido poner todas sus esperanzas el país a la terminación de ésta.

No había nacido todavía un tercer partido, el Partido Radical, cuyo advenimiento, que no tendría lugar sino en 1872, se venía anunciando, no obstante, sin llamarlo todavía así, sino por los nombres de «nuevo partido» o de «partido nuevo», desde los primeros días de ese propio año 1871 en que meses más tarde había de nacer José Enrique Rodó, y era su esperanzado augur Carlos María Ramírez al repudiar a los bandos tradicionales con su dramático opúsculo *La guerra civil y los partidos*. Lo seguiría siendo ya, apenas unos pocos días después, desde las páginas de su vibrante periódico *La Bandera Radical*, como, pocos meses más tarde, José Pedro Varela desde las del diario *La Paz*.

El gobernante era entonces el general don Lorenzo Batlle, patriarca bondadoso, la «Mama Lorenza» protectora que veían sus partidarios, quizás el único Presidente de la República que desde que ésta existía no había buscado el mando ni aspirado a él, pues sus electores, los miembros de las Cámaras reunidos en Asamblea General, como lo disponía la Constitución, habían debido, tres años antes, llamarlo al cargo y sorprenderlo con la noticia de su investidura en su casa, en el sosiego de la noche. Y, no obstante, la pasión política, el orgullo del partido adversario, sincero y fuerte en la áspera fatalidad de una barbarie orgánica, que a los dos bandos abarcaba por igual, lo tenía en jaque desde hacía más de un año, creyendo que de verdad estaba combatiendo a un tirano, con una de las más formidables revoluciones que han despedazado al país, la célebre «revolución de las lanzas», que encabezaba el caudillo Timoteo Aparicio.

Le atribuían a don Lorenzo Batlle el haber dicho que «gobernaría con su partido y para su partido»<sup>9</sup>, palabras que no eran las que había empleado en la realidad, pues, lejos de ello, había hecho públicas estas otras, tan diferentes: «Hombre de principios, no me apartaré del cumplimiento de la ley. Propenderé a la unión del Partido Colorado, gobernando con los hombres más dignos de ese partido, sin exclusión de matices y sin exigir otra cosa para los cargos públicos, que el patriotismo, la capacidad y la honradez... Trataré de mejorar en cuanto sea posible todos los ramos de la Administración: mi primer cuidado será garantizar la vida y la propiedad en todos los ámbitos de la República, siendo inflexible con cualquier abuso que se cometa: hacer que la ley sea igual para todos, blancos y colorados, nacionales y extranjeros; afianzar la paz, el orden y las instituciones; en una palabra, gobernar con la Constitución, levantándola por encima de todas las cabezas»<sup>10</sup>.

Por su parte, entre los revolucionarios, Timoteo Aparicio había dicho, en su proclama inicial: «En nuestras frentes va una divisa con los colores de la Patria, azul y blanca como la bandera común, en símbolo de que por la Patria luchamos y no por mezquinos intereses personales»<sup>11</sup>, y Anacleto Medina, a raíz de la invasión, ocurrida poco después, afirmaba igualmente: «La bandera que levantamos es la bandera de la patria, bajo cuya sombra caben todos los orientales; la divisa tiene los colores purísimos de esa bandera y nuestro partido es el Gran Partido Nacional formado por todos los buenos orientales»<sup>12</sup>. Y en unión de ambos con Ángel Muñiz, en un manifiesto

conjunto, repetían: «la bandera que levantamos es la de la Nación, no la bandera de ningún partido exclusivista»<sup>13</sup>.

Pero en los hechos, como lo dejamos insinuado al comentar la presencia de golillas rojas y la ausencia de blancas o celestes por las calles de Montevideo, la lucha se polarizó entre blancos y colorados, y así ha quedado ante la perspectiva histórica<sup>14</sup>.

La Iglesia y la masonería tejían sus propias tramas, que interferían diversamente, desde lo oculto, con las de los partidos y sus diferentes fracciones, ya, eventualmente, para apoyar a esta o aquella de sus actitudes, ya para contrariarlas, como éstos lo hacían a su vez con las de aquéllas.

Aunque la paz habría de tardar todavía en llegar, la mediación oficiosa del obispo Monseñor Jacinto Vera en busca de una tregua para parlamentar con los rebeldes, mediación que había sido aceptada por ambas partes en los días anteriores al nacimiento de José Enrique Rodó, si bien los contendientes no llegaron a comenzar siquiera los tramites previos a la tregua misma, será interrumpida inesperadamente, cuando los ojos del pequeño no hayan visto alumbrar más de cinco veces al sol, por un decreto de amnistía (el tercer decreto de amnistía que don Lorenzo Batlle dictaba en aquella guerra), aliento de humanidad que no quebrantará, no obstante, la intransigencia con que la causa de las instituciones seguirá defendiendo sus derechos, porque la lucha tardará todavía muchos meses antes de terminar. ¿Qué había ocurrido, pues? Indispensable es aclararlo. Esa amnistía era la consecuencia inmediata de la batalla de Manantiales, en la que, allá lejos, en pleno campo, el 17 de julio, teniendo el niño sólo dos días de vida, y cuando nadie lo pensaba en Montevideo, quedó definida sangrientamente la guerra, pues la terrible acción aseguraba el triunfo del gobierno. Pero destaquemos del cuadro un hecho que, aunque de apariencia individual, resume todo un estado de psicología social. La terminación de la jornada, en una de sus incidencias finales, revivió la vieja barbarie sanguinaria sobre el cuerpo aindiado de uno de los jefes vencidos, alcanzado, boleado y en seguida lanceado con increíble ensañamiento cuando se retiraba «al tranquito», no obstante saberse perseguido, «por no querer disparar», según se hizo fama: el ya achacoso aunque de indomable entereza general Anacleto Medina, guerrero legendario de los tiempos de la independencia, pero a la vez viejo tráfuga del partido colorado, que cargaba culpas, no sin duda como promotor, pero sí como ejecutor, por la célebre y no muy lejana «hecatombe de Quinteros». Se renovaron sobre su cuerpo los lujos de venganza en que solía cebarse la escondida crueldad, pronta todavía a remanecer a cada paso, que el Uruguay había conocido tristemente, aunque en grado menor que otras tierras de América. El sacrificio de esta ensangrentada figura casi mítica, que se sobrevivía, endurecida por sesenta años de luchas, fue quizás el símbolo final e implacable de esa autofagia social en que la barbarie atávica de las masas, enceguecidas por el coraje sobrante, y en cuyo seno pululaban, impunes, los hombres sanguinarios, los «carchadores», se devoraba a sí misma después del combate, turnándose sólo en lo accidental del bando al que le tocara en suerte, cada vez, ser victimario o víctima, siempre que un jefe humanitario -que los había también- no se imponía para impedirlo con el gesto y la voz del caudillo al que todos acataban. Y todo ello había podido ocurrir en esta revolución, en la que se había visto, por una parte, al jefe rebelde, Timoteo Aparicio, hacer público en una nota dirigida al Presidente de la República, don Lorenzo Batlle, su repudio a la «guerra de devastación y de exterminio» o «guerra salvaje»<sup>15</sup>, y por otra al Presidente Batlle exhortar a que «en la lucha que va a enablarse enérgicamente no se desdore la generosidad del carácter nacional»,

agregando: «No haya más sangre que la que inevitablemente corra en el combate. Un acto de crueldad o de venganza sería indigno de nuestra causa y deshonoraría al Estado»<sup>16</sup>.

(Pero, de todos modos, esa barbarie que había acallado por unos días sus odios, con aquella mediación en busca de una tregua, mediación que había sido aceptada en principio, lo hemos visto, por ambos bandos contendientes, sin llegar a la tregua misma, esa tregua buscada para la guerra civil y dentro de cuya esperanza, ya que no realidad y ni siquiera promesa, entra a la vida José Enrique Rodó, ¿no parece la trágica negrura de una historia de tempestades que se serena por un instante, para que nazca, limpia de impurezas, la luz de la estrella nueva?).

\* \* \*

Montevideo se enorgullecía, en tanto, con el título de «la Atenas del Plata», que un raro consenso de ilustres extranjeros le había discernido otrora y continuaba manteniendo.

¿Qué hacía por seguir mereciéndolo?

Centro intelectual casi único de todo el Uruguay, sus escenarios de producción y órganos de irradiación eran, aparte los individuales, la Universidad, la prensa, las Cámaras, el Club Universitario, la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, y, en grado todavía lamentable, la escuela. El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, fundado por Andrés Lamas durante la Guerra Grande, dentro de los muros de la ciudad sitiada, había muerto, y pasaría más de medio siglo antes de que resucitara. Era pobre la Biblioteca y Museo Público, pero ambas ramas del establecimiento se reponían penosamente de graves pérdidas sufridas en épocas de incuria<sup>17</sup>.

El tema central de las inquietudes de los grandes polemistas y oradores del Parlamento y del periódico, especialmente de *El Siglo*, su más alta tribuna, era el civismo patriótico, el principismo, la defensa de los derechos ciudadanos y de la Constitución, sostenidos con romántico arrebató y galas de saber<sup>18</sup>. Se preparaba el ambiente para las famosas Cámaras del 73, en que culminaría brillantemente esta actitud de los espíritus. En la Universidad, donde, por la desaparición, ocurrida en los hechos, de la de Teología, muerta por falta de alumnado, sólo existía una Facultad profesional, la de Jurisprudencia, en la que hasta el año, precisamente, de 1871, y con el preclaro talento de Carlos María Ramírez, que la inauguró, no nacería el aula de Derecho Constitucional, los fueros del individuo se prestigiaban desde esta misma aula y desde los textos de Derecho Natural, que había compuesto, para uso de aquella Facultad, Gregorio Pérez Gomar, que regentaba la materia, y en los estudios secundarios desde la cátedra de Filosofía, de la que habrá nuevamente necesidad de hablar en otro sitio de este panorama, en torno a la figura de don Plácido Ellauri, que desde ella difundía el espiritualismo ecléctico de Cousin.

El derecho civil patrio, rico con su flamante Código de 1868, que su propio autor, el ilustre jurista cordobés doctor Tristán Narvaja, enseñaba en la cátedra, era objeto de sus primeras exégesis, y se dilucidaban por todas partes problemas de fomento material, que planteaban las recientes experiencias del primer ferrocarril, de la terrible crisis recién extinguida, y de los ensayos de colonización europea que acababan de fundarse en el



interior del país. También la Universidad tomaba conciencia de las necesidades del progreso material pues había creado desde diez años atrás, en la Facultad de Jurisprudencia, una cátedra de Economía-Política, que, aunque contó poco después de fundada con las luces sucesivas de Dalmacio Vélez Sarsfield, de Pedro Bustamante y de Francisco Lavandeira, había nacido ya con vigoroso aliento con el fuerte, cerebro de don Carlos de Castro, su primer profesor, formado en los centros europeos. Esta cátedra, afiliada al liberalismo dominante en la época en todas las cosas, tenía, sin embargo, un precedente ya totalmente olvidado por entonces en una iniciativa extra universitaria de treinta años atrás, pero a la cual el gobierno del general Rivera, en 1841, había dado jerarquía incorporándola como obligatoria para los estudios de jurisprudencia, y cuya orientación había sido radicalmente opuesta, de un socialismo utópico inspirado en Sismondi y muy avanzado, en el aula que dictara en un instituto privado y llegando hasta a publicar en la prensa la más audaz de sus lecciones, el profesor don Marcelino Pareja, cuyo único curso terminaría a comienzos de 1842<sup>19</sup>, por lo que hay que suponer que se ambientaría bien, sin duda, con otro brote de socialismo utópico que ocurriría pocos meses después, como lo fue el surgimiento del movimiento fourierista que Montevideo conociera, en ese mismo 1842, por un órgano periodístico que, aunque fundado en 1840, sólo en aquel otro año pasó a quedar consagrado a su difusión: *Le messenger français*, cuya dirección tomó un francés inquieto, Mr. Eugène Tandonnet, discípulo del teorizador del falansterio<sup>20</sup>.

(¿Qué imponderables habrían quedado, sin embargo, sin que nadie tuviera, al parecer, conciencia de ello, de esos dos ya apagados focos de socialismo utópico, en ese Montevideo de 1871 que lo esperaba todo de la iniciativa particular moviéndose al amparo de una libertad que reducía al Estado, frente a ella, a la función de un testigo respetuoso, a lo sumo de un juez y un gendarme complacientes, pero jamás de un legislador que fomentase ni, menos aún, que ayudase, al obrero contra el capital, como lo había predicado, columbrando asimismo la función histórica de la lucha de clases, aquel ignorado profeta de don Marcelino Pareja?).

Sólo el Club Universitario y la Sociedad de Amigos de la Educación Popular se habían propuesto fines especiales de cultura, que, en el primero, fundado por núcleos de juventud que eran promesa de una generación magnífica bien pronto revelada, se orientaban hacia formas de expansión y de ampliación de estudios desinteresados, en torno a la nota fundamental del civismo, y en la segunda, que había recibido ya el fuego de José Pedro Varela, el próximo apóstol y reformador de la escuela uruguaya, buscaban la redención del ciudadano y la consolidación de la democracia por la vía de la educación popular, tarea ciclópea, porque el pueblo estaba hundido en la ignorancia y la barbarie, y la escuela pública, la «escuela de la Junta», como era de uso que se la llamara, era escasa y vegetaba en la rutina, la miseria y el desorden. Y por eso las familias de las clases pudientes mandaban a sus hijos a los colegios privados, cuya enseñanza era mucho más completa, y varios de los cuales incluían la del francés y hasta el inglés.

\* \* \*

La vida literaria<sup>21</sup> había olvidado, con justicia, a aquellos dos retóricos ingenuos del final del coloniaje, José Prego de Oliver y Juan Francisco Martínez, éste también autor teatral, a quienes comenzara a exhumar casi cuarenta años atrás, para ir dándolos poco a poco a las prensas de su *Parnaso Oriental*, un meritísimo editor, Luciano Lira.



Pero traía, en cambio, en su auténtica tradición poética, como propiamente suyos, porque habían nacido en nuestro suelo y surgido en el tránsito hacia la independencia, los ecos de un Bartolomé Hidalgo, preclaro luminar que cultivó señeramente, no quizás antes que nadie, como en un tiempo se creyó, pero sí, en todo caso, solo en su época, lo gauchesco; y de un Francisco Acuña de Figueroa, clásico y retórico, pero cuyo ingenio ocupa un lugar que Menéndez y Pelayo destacó como excepcional en la literatura castellana. Y, en la de la prosa, la huella de un fuerte sabio, de relieve universal, como Dámaso Antonio Larrañaga, destinado a prolongar y a superar en todo, menos en la valentía y la lucidez del ciudadano, los ensayos, no obstante valiosísimos, del doctor José Manuel Pérez Castellano, eclesiástico como él, que se iniciara unos lustros antes en las ciencias naturales y en la penetración casi sociológica de nuestra realidad y de nuestra historia. Vocación científica, talento recio y alta cultura, se habían vuelto a dar con el doctor Teodoro Vilardebó, que había triunfado en Europa, donde hiciera sus estudios. Ejercía la medicina en Montevideo cuando le cupo a él también caer, combatiendo el flagelo, durante la epidemia de fiebre amarilla de 1857. No podemos apreciar lo que quedaba vivo, consciente o inconscientemente, de los ensayos menores, en prosa o en verso, de escritores como Francisco Araucho, como Petrona Rosende de Sierra, como Carlos G. Villademoros, éste sin duda tanto más significativo, y como los muchos más que podían leerse, como éstos, en los tres tomos del *Parnaso Oriental* y que la erudición sabe enumerar, pero que no dejaron fama.

\* \* \*

Debe afirmarse en cambio que la vida literaria de aquel 1871 y de sus tiempos circundantes, tenía como vigentes algunos valores descollantes, de fácil recuento por lo escasos.

Digamos, con todo, antes de entrar en ese recuento, que no era justo, en cambio, otro olvido que, éste sí, era enormísimo y sacrílego. Eran desconocidos, todavía, en efecto, los conceptuosos escritos políticos, de inspiración fervorosa y vibrante y copiosa factura, compuestos, inmediatamente sobre la perentoria imposición de los hechos, por aquel «cogitabundo» Miguel Barreiro, escritos que «no desmienten» (valgan para todo esto las definiciones de Larrañaga) haber sido redactados por ese «talento extraordinario», «fluyente en su conversación», para la defensa de los derechos de los orientales en los tiempos de la Patria Vieja, y que quedaron inéditos hasta que en 1886 los dio a la luz, para dejar preparada con ellos la reivindicación de Artigas sobre bases documentales, el historiador Clemente L. Fregeiro. Tales escritos abonan, sin duda, los méritos literarios y la convicción política, luminosa siempre, de Miguel Barreiro. Pero todos ellos, ostensiblemente, están alimentados con ideas, con mil reacciones que evidencian haber surgido, intactas y directas, de lo íntimo, con giros que hablan en primera persona, y hasta con períodos enteros cuyas constantes lexicográficas y hasta estilísticas demuestran que ellos fueron dictados casi textualmente, sin que pueda haber duda sobre ello, por la palabra misma, y no sólo por el pensamiento prócer y la alta pasión, de nuestro gran libertador, que puso además su firma, invariablemente, al pie de cada uno de ellos, legándonos así un gran enigma histórico de simbiosis literaria y no sólo conceptual, patriótica y política, que, sintomáticamente, se replantea en el período en que, bajo la misma firma de Artigas, el redactor de los cultos papeles oficiales del gobierno de éste, no menos valiosos que los de los tiempos de Miguel Barreiro, y tan semejantes a ellos, pasa a ser el padre José G. Monterroso.

Y no sería arriesgado pensar que lo mismo debe decirse de los momentos de la vida de Artigas en que su secretario fuera Eusebio Valdenegro, cuyos primeros ensayos de poesía revolucionaria iban viendo la luz en la *Gazeta* de Buenos Aires, momentos que abarcan todo el período que comienza con la proclama de Mercedes, de abril de 1811, y florece al mes siguiente, bajo el aliento de la victoria, en los papeles entusiastas firmados por el gran caudillo, y con cuya expurgación crítica se ha llegado a recomponer lo que ha podido definirse, con rigor científico, como «el ideario de Las Piedras». Y en las constantes artiguistas que se advierten en la gran nota-reseña histórica que dirige Artigas al Paraguay el 7 de diciembre de 1811, ¿es todavía en Valdenegro en quien hay que seguir pensando para interpretar la simbiosis, o no será ahora la docta pluma de Santiago Vázquez la que habrá que tratar de descubrir como siendo la que lleva el hilo conductor de esta pieza notable, e inyecta en ella su redacción y sus propios giros a los pensamientos que le va dictando el prócer? Porque la firma del futuro célebre constituyente aparece, sintomáticamente, entre las de muchos vecinos, sin que se halle entre ellas la de Artigas, que suscriben, sólo siete días más tarde, una petición al Triunvirato porteño en la que se reconocen, entresacadas, para reproducirlas intactas, frases enteras que habían sido escritas la semana anterior, a trechos diversos, en aquel extraordinario documento. Y aún habría que proponerse análogos ensayos de discriminación con otras posibles presencias fugaces en la secretaría artiguista, como las de Antonio Díaz y de Francisco Araucho.

Y bien: nada de eso, salvo la proclama de Mercedes y los papeles de Las Piedras, que se habían publicado, también en su momento, en la *Gazeta*, y aquélla, además, en hoja suelta impresa, nada de eso se conoce, pues, en los tiempos en que nace José Enrique Rodó.

\* \* \*

Y vayamos entonces al recuento de los valores descollantes, y en su caso influyentes, en aquel año de gracia de 1871.

Recordemos, ante todo, a los extranjeros, porque, como corresponde, hemos de abandonarlos en seguida, para ir directamente a lo nuestro, no sin agradecerles lo valioso de la siembra que dejaron; y hay lugar aquí para nombrar entre éstos, como lo hicimos con algunos de los nacionales, a los de tiempos anteriores a 1871.

Plumas selectas de hombres de otras tierras venían sucediéndose desde los tiempos en que lo hicieran los argentinos emigrados de la época de Rosas, de los cuales será oportuno hablar más adelante. Pero no eran solamente las de estos rioplatenses de la otra orilla, ni solamente las de personalidades de aquel período histórico. Xavier Marmier, Víctor Martín de Moussy, Arsène Isabelle, Adolfo Vaillant y muchos más de menor notoriedad, abarcando en conjunto un ámbito de tiempo que comienza en aquellos años anteriores y termina mucho después, testimonios, todos ellos, del interés y del afecto que a los franceses despertaba Montevideo, señalan otros tantos aportes de vigorosos y bien cultivados cerebros que consagraron largas horas de labor a estudios económicos, técnicos y administrativos, y a la difusión de ideas liberales e ideales progresistas -tales, en años ya pasados, un Amedée Moure o, en los que precedieron muy de cerca al nacimiento de Rodó, el futuro eminente egiptólogo Gaston Maspero- y las dedicarían a preciosas descripciones, de las cuales las de este último, volanderas páginas de un epistolario familiar, quedarían inéditas casi hasta nuestros propios días.

Hemos traído a cuenta estos dos nombres para recordar que ellos vienen a alinearse de este modo en una serie diferente, que venía perfilándose desde más de un siglo atrás con franceses de la talla de los Bougainville y los Dom Pernetty, de los Auguste de Saint-Hilaire y los Alcides d'Orbigny, con españoles tan meritorios como don Jacinto Albistur y don Justo Maeso, que escribían aquí cuando José Enrique Rodó era ya alumno de la escuela Elbio Fernández, y con ingleses de tiempos muy anteriores y de visión tan sabia como las de Sir John Constance Davis, de Carlos Roberts, de Sir Woodbine Parish y del que habría de ser universalmente célebre Carlos Darwin.

\* \* \*

Ha llegado ahora el momento de hacer el recuento de los valores culturales del Montevideo de 1871 entre los nacionales.

Sobre el balbucear de los jóvenes, a los cuales no enumeraremos, por lo numerosos y baladíes, que se abrazaban al romanticismo, el que parecía irse agotando -así podrían pensarlo hoy la lógica, la crítica literaria y hasta la histórica- frente a la aparición de los nuevos credos estéticos que nacían en Europa pero cuyos ecos, esa era la realidad, apenas llegaban aquí, brillaba el estro grandilocuente de don Alejandro Magariños Cervantes, nutrido en sus años de España, ante cuya corte había representado a la República como su Ministro Plenipotenciario. A veces más didáctico y razonador que lírico, había sabido ya proponerse, mirando hacia la tradición vernácula, la creación de una literatura nacional, y sobrepasado claramente en el verso y en la prosa, con los sabores y los colores de una madurez ya lograda, el agraz connatural a todo inicio. Señoreaba por entonces como el patriarca de nuestras letras.

Hubo quien, sin consagrarse a la creación, porque su destino fue el de magistrado, estadista y hombre de consejo en política, traía también personalmente sus propios ecos de las letras de Europa, como que había frecuentado la amistad de Espronceda y concurrido al cenáculo de Víctor Hugo, lo que obliga a nombrarlo aquí. Ello basta, en efecto, para mostrar hasta qué punto irradiaba una nada vulgar cultura literaria en el precario mundo de nuestras letras. Y éste fue don Cándido Juanicó.

Adolfo Berro, finísimo lirio de jugos nativos, se había extinguido, muchos años antes, como si la vida hubiese querido dejarlo exangüe después de sus primeras floraciones. Don Andrés Lamas, polígrafo robusto, tocado fuertemente por la inquietud social que exhibiera cuando, muy joven, publicara, en unión del argentino Miguel Cané, el todavía hoy célebre *Iniciador de 1838*; y más tarde, lamentablemente, posibilista en política, vivía ahora en Buenos Aires, después de los tiempos en que representara al Uruguay ante el Imperio del Brasil, la misma vida de pensador, de estudioso y de lúcido atesorador de papeles, que había sabido conciliar en aquellos años con la diplomacia, y en los de su juventud con el ardiente batallar del Montevideo de la Guerra Grande; siempre altamente preocupado por el tema americano y el nacional, especialmente el histórico. Juan Carlos Gómez, purísimo y ático, soberbiamente altivo y flagelante, que, cuando, años atrás, en un gesto de desprecio por la situación en la cual, habiendo antes sido actor, era ahora sólo testigo y juez, supo anatematizarla, comparándola a un baile de negros, en su célebre frase «siga el candombe», apostrofe con el que se ha podido tener por dividida a la sociedad entera del país, en su tiempo y en los siguientes, en «principistas» y «candomberos», vivía asimismo, desde hacía años, voluntariamente exilado en Buenos Aires, donde amortiguaba apenas sus fuegos de polemista. Otro

inquieto gran espíritu, Marcos Sastre, pedagogo y escritor de valía, vivía también en la otra orilla, donde había publicado ya el *Tempe Argentino*. Juan Zorrilla de San Martín, que había de rescatar y revitalizar, tardía pero gloriosamente, las posibilidades que quedaban al romanticismo en la lírica y hasta en la épica americana, aún no había producido nada que haya llegado a la posteridad. Estaba en su colegio de Santa Fe e iría después a estudiar a Chile, donde publicaría sus primeros ensayos en prosa y sus primeros versos, todos ellos ya valiosos, y, doctorado en leyes allí, sólo en 1879, poco más de un año después de su regreso al país y joven todavía de veintitrés años, conmovería al Uruguay con la gran revelación de su *Leyenda Patria*.

De cuantos quedaban aquí, don Pedro Bustamante, orador insigne, era figura consular y dé vuelo en el pensamiento liberal, tanto político como económico, y en el civismo.

Y, sobre todo, en el filosófico, don Plácido Ellauri, maestro dulce y sonriente, respetado y amado, desde aquella cátedra de Filosofía de la Universidad, de que se hizo ya oportuna mención, hacía escuela de formar almas libres y fuertes. Hacía escuela de eso, solamente. Nada más que de eso, pero nada menos que de eso, que haría tan inmenso bien a nuestra ciudadanía, al país entero, forjándole la más magnífica de sus generaciones, de que en su sitio se hablará. Lo hacía pareciendo no proponérselo, pues rehuía imponer ningún sistema, y oscilaba él mismo entre el racionalismo deísta, el idealismo platónico y el eclecticismo de Cousin. Pero, fuertemente espiritualista, en suma, no es posible dejar de reconocer, aun en los campos en apariencia más inesperados, su huella inconfundible: su huella, próxima o lejana, prolongada, sin duda, sabiéndolo o no, hasta muchos años después de su muerte, que habría de producirse en 1893, por sus discípulos, entre los cuales aquel Prudencio Vázquez y Vega, el gran ateneísta, austero y profundo, límpido e incontaminado en su radicalismo cívico, actitud de la cual hizo escuela en el periodismo, no había sido sino un relámpago fugaz, por lo prematuro de su desaparición, tan lamentada desde el momento mismo de su muerte, ocurrida cuando José Enrique Rodó era apenas un niño de doce años; y prolongada también por todos aquellos que, habiendo recibido las enseñanzas de don Plácido (como cariñosamente dio en llamar la sociedad entera al ilustre profesor de Filosofía), y al amparo de su amplitud, no pueden ser llamados propiamente sus discípulos porque se afiliaron al positivismo, pero sin dejar de ser principistas, que no tenían por qué dejar de serlo, como con incomprensión se lo atribuían e inculpaban los espiritualistas. Y, por consiguiente, buscando la más lejana, acaso, de las proyecciones que, aun después de extinguida, dejó la gran acción formativa de don Plácido dentro de los campos del espiritualismo, no es posible dejar de reconocer las vibraciones de su luz, transmitidas, como en la clásica carrera de antorchas, por el sucederse de los fuegos de sus discípulos, pero también trasmutadas en esencias nuevas por la excepcional calidad de la madera en que le sería dado arder, en el propio *Ariel* de Rodó. No porque pueda decirse que entre ambos existiese una continuidad de filosofía espiritualista, pues en el rico idealismo de Rodó influyeron poderosamente las corrientes positivistas, sino por un orden diferente de razones: por el tónico acento rector que ha caracterizado el magisterio así del uno como del otro como suscitadores del surgimiento de una vigorosa y auténtica autonomía de la personalidad en los jóvenes para quienes daban su siembra, como, con expreso reconocimiento de que en ello consistía lo más alto de la docencia de don Plácido, lo dijo, con otras palabras, uno de sus más devotos discípulos, Juan Carlos Blanco, quien, a la vez que señalaba el vacío que en tan superior manera de enseñanza había dejado su maestro al retirarse de la cátedra, se dolía de que nadie hubiera ocupado después su

lugar en el escenario nacional, sin poder percibir, porque no habría tenido tiempo ni posibilidad para adelantar su visión sobre algo que no había comenzado aún, que ese sitio lo llenaría, y con altísimas creces, la magistral presencia de Rodó.

Vibraciones, digamos además, esas que de don Plácido llegaron hasta Rodó, emanadas de la sinceridad y la hondura del acento en la exposición puramente oral. Quien busque la bibliografía de don Plácido Ellauri se sorprenderá, en efecto, al no hallar como suyas sino una gramática y una retórica, cada una de ellas con la extraña constancia de ser «arreglada» por él, y «texto del Aula de filosofía». La enseñanza propiamente filosófica del Maestro de aquella juventud, no sólo porque gustaba darla promoviendo en clase la discusión fecunda, sino por la profunda eficacia de su forma hablada, de la cual ni unos malos apuntes de clase creyeron necesario llegar a recoger sus devotos discípulos, deberá ser llamada, pues, doblemente socrática.

Tal la más pura y mayor, sin duda, y, si se la piensa bien, no totalmente inesperada ni inexplicable, entonces, de las irradiaciones que, fecundando la historia del Uruguay, podía dar para el futuro ese Montevideo de 1871 y de sus años inmediatos, de antes o después, en cuya alma, y no tan sólo en sus apariencias y sus raíces materiales, estamos procurando entrar.

\* \* \*

Pero no son de olvidarse otras zonas en que la vida cultural daba ya también muestras relevantes.

Un pianista genial, Dalmiro Costa, compositor de inimitable y peregrino estro melódico, intérprete fantasioso de ensueños sutilísimos, que hechizaba con el «ángel» de sus dedos y de su arrebatada pulsación: romántico bohemio, unánimemente admirado y querido, un «raro», que derramaba generosamente su numen sonambúlico por tertulias y reuniones, era orgullo de la ciudad y objeto, ya del anatema, ya del asombro, de los técnicos, pero siempre del obligado comentario de todos. Ello es que estremeció durante varios decenios al Río de la Plata entero y hoy la posteridad lo ha revalorizado definitivamente. Cabe señalar la coincidencia de que la revolución de 1870 está vinculada a la historia de la producción del extraordinario músico, porque es de ese año el *Toque de alarma*, una de sus páginas más celebradas, en la que campanas llamando a rebato, redobles y una clarinada final se alzan del seno de las ansias, las vagarosas frases lánguidas y los giros de nostálgica elegancia. El maestro español Carmelo Calvo, compositor, organista, profesor de armonía y de piano, era en cambio el sabio que imponía la severa escuela de Hilarión Eslava, de quien fuera discípulo personal.

Dejaron aquí por entonces obras valiosas dos escultores, el italiano José Livi y el español Domingo Mora.

Y tres pintores venían imprimiendo su fuerte huella: Juan Manuel Besnes e Irigoyen, español de larga radicación en el país, a quien, por haber muerto muy pocos años antes, aquella sociedad que daba sus primeros pasos en el arte podía seguir contando todavía entre sus contemporáneos, de tal manera se había compenetrado con ella documentando durante casi medio siglo, principalmente en el dibujo, edificios, barrios, ambientes y personajes; Eduardo Carbajal, retratista de garra como lo habían sido ya aquí antes que él el italiano Cayetano Gallino y el francés Amadeo Gras; y, muy

por encima de todos ellos, Juan Manuel Blanes, que sigue siendo todavía hoy nuestro gran clásico y uno de los mayores y más fecundos maestros de América.

En la arquitectura monumental señoreaba el francés Victor Rabu. El insigne Carlos Zucchi, vuelto a Italia después de su radicación en Río de Janeiro, no estaba en Montevideo desde 1842 y había muerto en su patria en 1856. Pero los valiosos aportes de ambos, como los de dos españoles ya desaparecidos pero de imperecedera recordación, Tomás Toribio y Francisco Javier Garmendia; de otros dos franceses, Aimé Aulbourg, de notable actuación en nuestra ciudad, y Eugenio Penot, éste agrimensor de profesión<sup>22</sup> y también personalidad muy significativa por su sentido estético, aunque no tan eminente como aquél; del suizo memorabilísimo Bernardo Poncini, de alta escuela italiana, y de un oriental de fuste, ya por entonces fallecido, y que había estudiado en Italia, Clemente César, seguían enriqueciendo el acervo artístico de la urbe en incesante crecimiento, junto a los de dos connacionales más que estaban en plena actividad: el justamente acatado Ignacio Pedralbes, egresado de la Escuela Central de París, y el por entonces todavía joven Juan Alberto Capurro, formado en Italia, que, ahora en su patria, iniciaba aquí sus triunfos, ya promisorios de un futuro que se aproximaba y habría de consagrarlo. Las obras de todos ellos, como las de otros de menor jerarquía, que, al par de tal o cual de los nombrados, eran, ya arquitectos, ya ingenieros, ya solamente maestros de obras, y hasta uno de ellos agrimensor, según se ha podido ver, eran a la vez testimonios de otras tantas diferencias de épocas y de estilos<sup>23</sup>.

\* \* \*

Puede pensarse, así, que aquellas inquietudes del pensamiento nacional que hemos inventariado por modo somerísimo, todo aquel vago pero incesante surgimiento de luces que le iban dando tan dispares resplandores, y en el que las actividades colectivas venían tomando conciencia de sí, concretándose en esbozos firmes de conciencia política, de conciencia económica, de conciencia jurídica, de conciencia educacional, de conciencia literaria, de conciencia artística, de conciencia histórica, de conciencia sociológica, de conciencia filosófica, eran sin duda ya mucho más que vida orgánica, mucho más que la fisiología social de un pueblo que se nutre y cuyos elementos se mueven y luchan entre sí, pero estaban, no obstante, tan lejos de asumir la categoría de una alta y cabal conciencia cultural que la cifrase en una luminosa síntesis, como, en el individuo, esas mudas, profundas, voces interiores, vagas y asordinadas, que suben de lo íntimo de las entrañas, dormitando despiertas en la cenestesia, están distantes de la vida plena y distinta del espíritu, al cual están, sin embargo, no sólo anunciando y alimentando, sino además suministrando ya las propias luces, que lo penetran, de su sustancia poética y casi pensante.

\* \* \*

Y bien: ni una verdadera plutocracia, no obstante que los sectores más ricos de la oligarquía parecían ir anunciando su advenimiento, como necesario fruto de los avances del imperialismo inglés y del francés que manejaban los hilos del subdesarrollo en que seguían sumidas todas las naciones de Latinoamérica y se cebaban en sus riquezas madres, con la complicidad consciente o la inconsciente ceguera de sus clases dirigentes, porque lo hacían inclusive a expensas de éstas y no sólo de sus sectores más explotados y depauperados; ni una verdadera plutocracia, pues, había podido nacer

sobre la base de un comercio y una industria que, aunque fáciles, carecían de un mercado fuerte, ni formarse abismos de positiva miseria en un ambiente en que la poca densidad de población y la abundancia natural de los medios de vida (la carne era, prácticamente, inagotable) favorecían la baratura del artículo de consumo y hacían relativamente benignos los que eran, en la realidad, duros salarios. Una clase media de posición desahogada, de pequeños comerciantes, pequeños industriales y empleados, era el cemento más compacto de la masa social. Ella servía de puente entre la opacidad de la vida del poverío (como, en el cuadro general de esa modesta burguesía liberal, los estratos dominantes designaban a lo que hoy el sociólogo y el historiador no podrían considerar sino como el elemento humano constitutivo de un futuro proletariado, porque los obreros estaban aún dispersos, eran todavía un conjunto inorgánico y tenían poca conciencia de clase<sup>24</sup>, y cuya falta de horizontes era debida, todavía más que a la escasez económica, a la ignorancia en que vivía ancestralmente sumergido), y las clases que probaban las tentaciones del lujo: el alto comercio, cuyo mejor exponente eran el banquero, el registrero, el barraquero; el grupo digno y respetado de los médicos extranjeros, que suplían con honor la ausencia de los nacionales, no advenidos aún sino cuando esporádicamente llegaba alguno con su título obtenido en Buenos Aires o en Europa, por falta de una Facultad en qué estudiar la carrera; el patriciado, orgulloso del fuste de sus conspicuos letrados, verdaderos señores de una invisible e inconsciente nobleza republicana, o herederos sin luces ni inquietudes de estancias, de saladeros y de antiguas aunque nunca ostentosas mansiones; los pocos generales y coroneles cultos, y los generalotes bárbaros y envanecidos por la gloria impura de sus triunfos en las luchas intestinas o en la injusta y reciente guerra del Paraguay, prepotentes y ávidos de predominio, y que ejercían una fascinación que oscuros coroneles querrían emular, en años que ya se aproximaban, dando zarpazos trágicos con que asaltarían el poder: para los cuales, en la sombra, incubaban acaso ya la fuerte garra.

\* \* \*

Ésa era la trama sociológica de aquel Montevideo, esos los resortes íntimos de su actividad ciudadana: y conforme a ellos eran sus casas, sus costumbres, su vida.

Una ciudad extendida, en que hay espacio para todos. Sobre la planta peninsular, cuadriculada de calles perpendiculares; siguiendo luego apenas algo más sobre la loma que la vértebra, y derramándose desde ella, por ambos lados, hacia la bahía y hacia el mar, lo indispensable para insinuar, en una y otra parte de la costa, el comienzo de un abrimiento en semicírculo, las viviendas se han ido acomodando holgadamente, cada cual al lado de las demás, en vez de trepar apresuradamente unas sobre otras, como cuando el sitio falta. Imagen de reposo, de paz, de bienestar. Hay cuadras de la ciudad vieja en que son más las casas de altos que las de bajos, pero, aun así, es que casi todas ellas tienen comercio o escritorio en el piso inferior, y sólo el principal es de habitación. Con todo, las de una sola planta son siempre mayoría en el conjunto, y, en las calles menos céntricas, donde alternan con algún largo paredón blanco, con algún portón enorme, con algún sucio enladrillado de corral, de barraca, de caballeriza, de cochería, de tambo, las casas bajas son casi unanimidad. Además, son muy pocas las de más de un piso alto, rarísimas las de tres, y no hay sino una o dos de cuatro. Y, no obstante, la impresión de chatura que da la edificación a quien va por la calle, desaparece si se la mira de lejos: una floración de miradores, pocas veces visible desde la acera porque surgían casi siempre del fondo de las azoteas, se levantaba sobre el horizonte, quebrando irregularmente el perfil de la ciudad con prismas cuadrangulares, y alguno

octogonal, de variable altura, y esparcidos a diversas distancias. Lírico vuelo de masas hacia lo alto, en que descollaban algunos campanarios y culminaba en la media naranja y las dos torres de la Catedral. El espectáculo, que desde el barco impresionaba a los viajeros, como un cuadro que se movía sin cambiar de carácter mientras circunvalaban la península, no era menos hermoso si se le dominaba en su quietud, a favor de las perspectivas que ofrecían los declives del suelo, desde los propios miradores, desde la altura de los barrios, entonces alejados, del Cordón y la Aguada, desde las quintas, aún más distantes y más altas, del Cerrito, y hasta desde la cumbre del Cerro. El mirador, ilusión de fuga hacia el cielo, inmersión sérica en las brisas, taumaturgia de panoramas, esparcimiento, vigía, doméstico observatorio, baluarte ocasional en las revueltas de intramuros, refugio para el ensueño, escondido adoratorio del amor romántico, era desahogo de cierto tono, típico de Montevideo desde hacía muchos años. Y, no obstante, la edificación no había permanecido estacionaria, sino, antes bien, se hallaba en fuerte impulso de renovación, y ni tenía siquiera estilos que dominasen hasta imponerle un sello característico, por lo menos en las fachadas. Sólo era poco menos que universal la azotea, cuya baranda de hierro había alabado Sarmiento casi un cuarto de siglo antes, cuando, al describir, precisamente, a Montevideo, expresó que «la azotea con verjas de fierro, a más de dar transparencia i lijereza al remate, hace el efecto de jardines»<sup>25</sup>. Se la veía así en las casas, todavía abundantes, que habían dejado los últimos tiempos del coloniaje, y en las sencillas y severas que, conservando casi todos los rasgos de aquéllas, habían seguido construyéndose hasta mediados del siglo, y que hoy llaman de arquitectura patricia: con aberturas de arco escarzano, como aquéllas, o con los vanos adintelados, como empezó a usarse después, pero siempre de maciza y fuerte desnudez, sin más salientes que el balcón corrido, con su hilada de canecillos, si era de altos, y, en todo caso, las gruesas cejas o una lisa chambrana, y sin más adornos que los rizos de las rejas abriendo por el medio, en toscas flores de hierro, la fila de barrotes, y el rítmico altibajo de recuadros saltantes y casetones que refuerza las puertas. Azotea con baranda, hasta en casas que acusaban las primeras preocupaciones artísticas, en que el gusto italiano se insinúa en el relieve que adorna a una pilastra, en las columnas adosadas, en el arco de medio punto; azotea con baranda, todavía, en construcciones en que todo es francés salvo la mansarda, que falta; azotea, aún, pero ya sin baranda de hierro, en el capricho de alguna suntuosa residencia gótica o británica, y en las netamente italianas, que la cierran con balaustrada, y en las que la puerta de calle es un tallado rico. Sólo falta la azotea en alguna aparición del Montevideo primitivo, del más antiguo colonial, que se precipita sobre el transeúnte desde el fondo de la historia, de una breve historia de poco más de un siglo, en esas pocas casas, ya patinadas de pardusco musgo, de pared baja, hundidas bajo el techo de teja de canalón con saledizo.

Aportes de un cosmopolitismo que ya empieza a ser ambiente en la ciudad, coexisten todos en paz, acusando la diversidad de los períodos que los han determinado, y dan una resultante general modesta pero pulcra. Con todo, el italiano está destinado sin duda a dominar. El italiano, que más tarde irá pervirtiéndose hasta el mal gusto, pero que entonces daba las mejores notas de nobleza: aquellos mármoles que sorprendían al trasandino, aquellas quintas para el veraneo, en que se bebía a sorbos lentos, en la copa misma del cielo, la dulzura de vivir, bajo los pinos olorosos, junto a la geometría gigante de las araucarias y a la maraña de laureles que surgía entre tupidas barreras de boj, mientras en el sopor de los aires dorados se abrían ráfagas de eucaliptus, de glicinas, de magnolias, de azahares, e indefinibles vahos de jardín.



Grandes poetas que no escribían su poesía pero que sabían vivirla, aquellos solitarios señores del mirador y de los meditados parques perfumados.

\* \* \*

Pocos edificios públicos de consideración alteraban la fisonomía de la ciudad. La casa de gobierno, pobre y destaralada, con algo de cuartel y algo de prisión, largos muros bajos y encalados y un cuerpo de altos de ladrillo desnudo, era el antiguo Fuerte, la vieja casa de los gobernadores españoles. Pronto habría de ser abandonada y demolida. Pero ahí están para compensarla, en el centro mismo, a ambos costados de la Plaza Matriz, donde se alzan las cuatro gruesas copas de patriarcales ombúes, los dos nobles monumentos del final del coloniaje: la Catedral, con su gran media naranja cubierta de azulejos sobre el crucero, y, al frente, sus dos torres, rematadas también por pequeñas cúpulas de azulejos, y firmemente asentadas sobre el ancho reposo de una fachada cuyo centro se comba apenas en un calmo frontón que sostienen dos inmensas columnas; y el Cabildo, donde sesionan las Cámaras de la República, severa fábrica de ladrillo revocado y desnuda osatura de piedra, señalada por líneas de armoniosa sencillez, y que sólo tres años antes acababa de ser definitivamente llevada, exteriormente, a lo que es su estado actual. Muy poco más lejos, el Mercado Viejo es la plaza del menudo comercio, tradicional y colorido, que ocupa restos de la antigua Ciudadela, cuyo enorme portón, hermoso y austero, le sirve de entrada. Una larga recova de arcos bordea por un costado este sitio y le presta carácter. El vecino peristilo del Teatro Solís, orgullo de la ciudad, completa el ambiente de la zona.

\* \* \*

Pocas diversiones públicas. Para las clases pudientes, el teatro. Ópera, zarzuela, drama, en tres salas de categoría: el pequeño y tradicional San Felipe, el Solís suntuoso, grandioso, señorial, notable para su tiempo en el mundo entero, el Cibils recién inaugurado, con compañía de zarzuela, sólo tres meses antes del nacimiento de Rodó, pero que no muchos años después entrará a competir con el segundo en los grandes espectáculos de ópera en que tradicionalmente se aplaudía, en el repertorio obligado que giraba en torno a los Verdi, Donizzetti, Rossini y Bellini universalmente dominantes en la época, a los más famosos astros de la lírica mundial. Pero cupo también ya por entonces a Solís, en 1870 y 1871, dar a conocer a Montevideo, vertido al italiano, con los insignes trágicos Salvini y Rossi, a Shakespeare en su auténtica grandeza, que seguramente las temporadas anteriores de elencos españoles no habían dejado sospechar<sup>26</sup>. Para la negrada, el candombe, en que revive el ritual de las tribus africanas y hasta se asienta sobre una tarima el trono de los viejos reyezuelos sobrevivientes, entre el rosado o el celeste fuerte de las desnudas paredes. Allí las danzas interminables y el ritmo monótono del tamboril adquieren una ternura cálida y punzante bajo la solemnidad grotesca con que, sobre la carne de ébano, se contorsionan el inservible frac de color, el sombrero de copa y el largo pantalón claro del amo de 1840. Para todos, corridas de toros, en la lejana plaza de la Unión, donde, si no todavía el Mihura ni el Veragua, de todos modos se lidian animales bravos, de grandes guampas, de las sierras de Minas. Es la ocasión del más grande revoltijo de tráfico, de la más grande salida de gente de la ciudad, en que todos los vehículos se ponen a contribución.

La quinta de las Albahacas, en el barrio de la Aguada, era lugar de romerías, asados e inocentes festejos. Y otro espacio abierto para diversiones pudo verse por entonces en

el Cordón, el otro barrio popular, también por esos años todavía lejano: el «Recreo del Cordón», con sus kioscos, sus glorietas, sus calesitas, sus enjardinados, y del cual *La Paz*, el diario de José Pedro Varela, decía el 19 de noviembre de 1871: «es ya de moda».

En el verano no era frecuentada, casi, otra playa que la minúscula de Santa Ana, la más próxima de cuantas ofrecía la costa Sur. Allí, las bañistas entraban al agua cubiertas con largas camisas. Alejarse hasta la de Ramírez era aventura reservada a pocos, a familias inglesas o francesas, que sabían valorarla hasta el punto de que se arriesgaban hasta ella en carruajes, desafiando los malos caminos, o a caballo. Pocitos era sólo un vago nombre, vinculado más bien al de su pequeño arroyo, utilizado desde tiempo inmemorial por lavanderas, pero su playa, como la maravillosa serie de las demás que de ella siguen hacia afuera, y que hoy son el orgullo de Montevideo, eran un desierto prácticamente desconocido para la población.

El carnaval era en cambio un frenesí, en que la locura colectiva, contenida durante un año, daba dos notas sabrosísimas.

Una era el juego con agua, que se desataba, no sólo por las calles, por donde se veían caer los baldazos desde las azoteas y los balcones y entrecruzarse, en la acera, las palanganadas con los jarrazos o los «huevitos de olor» arrojados en pleno rostro y los chorrillos de los pomos que cosquilleaban traicioneramente en las nuca y los descotes, sino también dentro de las casas, provistas para la ocasión de banaderas y de tinas permanentemente repletas, a cuyo fondo, tras el forcejeo y las risas sin fin, solían caer, juntamente, víctima, victimario y cómplices.

Otra eran las comparsas de negros. Aquel entrecortado contorsionarse rítmico cien veces ensayado en el ambiente encerrado de los candombes, se volvía ahora, en el aire libre, una larga fiesta polícroma de masas que venía anunciándose desde lejos por las mismas figuras sonoras de alternada percusión isócrona hecha a golpes de palma de la mano sobre los parches y los flancos de madera de la resonante caja; llenaba la calle de penachos, de largos trajes de color azul claro con ribetes, vivos y cintarajos rojos y reluciente juego de lentejuelas y espejillos, en medio de los cuales resaltaban los sudorosos rostros retintos, los gesticulantes brazos oscuros y el blanco relámpago de los dientes; y servía de marco, entre monótonas canciones y ramplonas versadas de ocasión, a la epiléptica coreografía individual de los «escoberos», cuya hazaña, infaliblemente exitosa, de lanzar lejos hacia arriba, ágilmente y en increíbles espiras, el palo coronado por la amarilla cabellera rígida, para recogerlo airosamente en un nuevo remolino, era premiada con aplausos, tragos de caña y abundantes cosechas de «vintenes» y de «cobres» para su «nación». Porque la rivalidad entre lubolos, benguelas, congos y otros «pobres africanos», excitaba la emulación, largamente preparada con vistas a esta recaudación de honores y de metálico, entre los diferentes conjuntos en que, conservando la respectiva tradición de su lejana procedencia, continuaba dividida la población «de color», todavía numerosísima, de la ciudad. La rivalidad así exhibida en los carnavales no paraba ahí. El choque de dos comparsas que venían a encontrarse, y aún a buscarse, en la confluencia de dos calles, ocasionando reyertas, no pocas veces violentas, era muchas veces la terminación lamentable, y policialmente resuelta, del espectáculo.

Pocos días después de cumplirse los dos meses del nacimiento de José Enrique Rodó, el 20 de septiembre de 1871, Montevideo conoció la novedad de un espectáculo

público de gran aparato ornamental, aunque destinado a breve duración: la construcción de un gigantesco «arco de Tito» en la Plaza Independencia (mero espacio libre, solamente, todavía, contiguo a aquellos restos de la antigua Ciudadela, ahora mercado, al que se dio en llamar «Mercado Viejo», y hasta el cual ya nos habíamos llegado poco antes en nuestro viaje ideal por la ciudad). La plaza venía siendo, desde años atrás, objeto de sucesivos retoques y nunca terminados planes urbanísticos, pero la idea de ese arco era ajena a esos planes, y puramente ocasional: con él se había simbolizado el entusiasmo de la ciudad que, al impulso de los innumerables garibaldinos sobrevivientes de los tiempos de la Guerra Grande, en que habían luchado, dentro de los muros de la Defensa, o allá lejos, en San Antonio y otros combates, bajo la égida del «héroe de ambos mundos», celebraba el primer aniversario de la toma de Roma, y, con ella, de la unidad de Italia, y daba expansión a sus sentimientos liberales.

\* \* \*

Se estaba en ese día en las vísperas de entrar en la primavera, la variable y ventosa primavera rioplatense de ráfagas y chubascos helados tanto como de aires temperantísimos y hasta de soles cálidos y llenos de perfumes nuevos. Proseguimos recorriendo las calles, y es fuerza recordar cómo, desde los primeros anuncios del atardecer, aún en invierno, como se estaba cuando nació Rodó, cuando el frío y el viento se hacían tolerables, comenzaban a aparecer en los balcones las señoritas de las casas de familia cuidadosamente peinadas y ataviadas, y se mantenían así, mirando la tediosidad del barrio, con los antebrazos apoyados en unas largas «halconeras» de delgado acolchado forrado de seda o de terciopelo, casi siempre de algún rojo oscuro y esmeradamente bordadas, con las que amortiguaban la dureza helada del mármol. Esperaban al novio, al verdadero o al soñado, que debía permanecer en la esquina, «dragoneando» desde lejos, o quizás arriesgarse a pasar, con andar quedo y discreto, por la acera de enfrente, para ahondar mejor en el éxtasis de las lentas miradas. Las mamás las acompañaban muchas veces, y otras permanecían semi ocultas tras ellas, sentadas en la penumbra de la sala, que se diluía apenas en la luz que entraba de la calle, y era entonces, casi siempre, para que el galán se acercase al balcón y pudiera balbucirse poco a poco, a media voz, el diálogo del romanticismo ingenuo y casto.

En verano, a la caída de la tarde, la azotea se volvía lugar de reunión, al que se llegaban hasta las visitas íntimas, para gozar de «la virazón», porque la brisa se ponía del lado del mar y refrescaba la atmósfera. Como sólo un pretil la separaba de la de la casa de al lado, en la que a su vez iban apareciendo poco a poco, hacia las mismas horas, los mismos rostros de todos los días, se reanudaban gratamente los saludos y los temas de ayer. Y por la noche, bien temprano, al terminar la cena, era la familia entera, presidida por el señor de la casa y llevando inclusive a los niños, la que sacaba las sillas y hasta algún sillón de hamaca a la vereda para formar, aquí también, la amplia rueda patriarcal que se tocaba, casi, con la vecina, con que se comunicaba casi siempre y hasta se entremezclaba, y en las que la novedad, el chisme, el cuento, el comentario, el juego, al compás de los grandes abanicos y entre el mar de espumas blancas de los almidonados trajes, los festones, las puntillas y los encajes, y las ráfagas de agua florida y de cosméticos, revoloteaban inocentemente en los abigarrados acordes de las voces. Estas ingenuas expansiones del transcurrir apacible de la vida en que la intimidad provinciana agrandaba sus cuadros acogedoramente, mostrando al aire libre la espontaneidad de su don de la simpatía, que la movía a ofrecer su amistad a los demás, eran un segundo plano, una variante típica, de la sociabilidad de la época, de sus parcos

escenarios mayores: la reunión de los domingos en las quintas, la tertulia nocturna del invierno y el baile de las grandes ocasiones.

El habernos rozado con estas últimas imágenes nos tienta a seguir penetrando con recato en los círculos de la vida íntima. Vayamos, pues, quedamente, a ella.

\* \* \*

El solaz del montevideano está en su hogar; aún el de aquellos que no tienen su quinta de veraneo. Por eso, en lo interior las casas ofrecen la uniformidad que faltaba a sus fachadas. Más todavía que en el mirador, que, al cabo, era sólo de casas ricas, es aquí donde el descendiente del alarife moruno ha triunfado sobre el constructor italiano o francés. El patio es el alma de la casa. Un zaguán, que anticipa el gusto de su sencilla decoración, lo une con la calle. Para trasponerlo no siempre nos será menester abrir una cancel (la de retorcidos hierros forjados, a veces primorosos, o aquella otra, más corriente, cuajada de vidrios de colores -vital ingenuo y toscos- de alargados rectángulos y rombos, azules, blancos, verdes, rojo oscuro, rematada en lo alto por un semicírculo cuyos sectores, pétalos rígidos de una enorme flor mutilada y reseca, filtran luces policromas): muchas veces el zaguán está desnudo, sin puerta divisoria con el patio, que se ofrece entonces con franqueza a la mirada desde la calle. Entremos, pues.

Un patio andaluz, que desde el Perú y de tres siglos atrás ha venido abriendo por en medio la casa de la familia rioplatense y en cuyo centro hasta crece a veces un árbol o duerme un cristal de agua sobre un fondo de azulejos. Paredes claras. Frescor. Azulejos de guardas celestes o de grandes centros violáceos forman zócalo en derredor, revisten el aljibe y quizás algún arriate; otras veces, en casas más antiguas, son de ingenuos florones amarillos con hojas verde claro y adornos de rojo quemado. Alicatados propiamente no se ven, pero los hay que les recuerdan, con su geometrismo decorativo y profuso. Algún zócalo está historiado con molinos de viento y personajes que hacen pensar en Flandes o en escenas del Quijote. En las casas viejas, y, siendo pobres, aún en las modernas, el piso es de roja baldosa, de ladrillo o de piedra, y en las mejores es damero de mármol blanco y negro. Plantas en macetas, enredaderas sobre una pared, y suele verse un loro en su percha. Allí es el reposo doméstico, el centro estable de la vida en la casa, donde se adormecen las horas, plateándose en la limpia luz azul celeste que las baña, con el candor de la lectura ingenua, del bordado y del mate.

El comedor cierra el patio por detrás, y las habitaciones rodean a éste, si la casa es holgada, o corren sólo por uno de los lados hacia el fondo si es estrecha, pero todas abren sus puertas sobre él, y, participando de su vida, lo animan a su vez con las incidencias circundantes. En las casas ricas, todos los pisos son en estas piezas de madera, y a veces alfombrados. Al frente, de cada lado del zaguán, una pieza. La mayor es la sala. Muebles de caoba o de Jacaranda, adamascados o de asiento de cerda o de esterilla, de trabajados respaldares curvos y curvas patas de talladas volutas. Un piano o un arpa, vitrinas con abanicos y miniaturas de familia. En puertas y ventanas, colgaduras rojas de terciopelo o de brocato. En las paredes, pocos cuadros. En las noches de invierno, son allí las tertulias caseras, la rueda tradicional por donde la morena va haciendo circular el mate, que las costumbres siguen todavía haciendo llegar también hasta la sala, aunque empezando a reemplazarlo por el té cuando la reunión es menos íntima. Si la fiesta es más animada habrá chocolate y pasteles. Los días de lluvia, por la tarde, tortas fritas y faríña tostada.

En el fondo de las casas hay un segundo patio donde, cuando el bochorno de los soles de verano, se cobija una tibieza respirable entre el verde de los parrales que filtra la luz, y el rojo amortiguado de la baldosa, y la mirada se hace codiciosa de frescura tentada por el negro violáceo de los lustrosos racimos. La modorra de la siesta lo invade todo por una o dos horas, después del mediodía, y la oscuridad de los aposentos, que se ha cuidado dejar, desde temprano, con las puertas entornadas, ofrece entonces una tregua para la vida sobre la blancura de la almohada.

Cuando la casa es de altos, hay veces en que, simplemente, la escena se transplanta al principal, porque es en éste donde se halla entonces el patio, y no hay más cambios que el del zaguán por la escalera, la contigüidad de las piezas del frente y la ausencia de aljibe, de árbol y de parral. Pero otras veces falta en los altos el patio, que existe entonces sólo en la planta baja, mientras queda en la de arriba, ocupando el sitio del mismo, que sigue abierto al cielo, un vacío rodeado de mampara de madera o de hierro, de altura algo superior a la estatura humana, y circundado por un corredor, abierto también al cielo en su parte superior y por uno de sus lados, en tanto el otro bordea las paredes de las habitaciones. En ambos casos la casa gana un vestíbulo que es, casi siempre, anuncio de una mayor suntuosidad.

La casa natal de José Enrique Rodó es de este segundo tipo, sin patio en los altos, en que vivía la familia, y con el sitio del mismo vacío, abierto al cielo y rodeado por un corredor con su mampara.

Todo eso era el Montevideo que vio abrirse los ojos de José Enrique Rodó.

\* \* \*

Y, singular contraste, que debe quedar señalado. Pocos meses antes de que naciera este que habría de llegar a ser precozmente el predicador, para América Latina, de lo puro, de lo luminoso y de la energía creadora, y cuya siembra florecería de inmediato, se apagaría, pero en París, bien lejos de su ciudad natal, en la que transcurrieron sus trece primeros años, el breve ciclo de vida de otro montevideano, más precoz todavía, Isidoro María Ducasse, el célebre Lautréamont, que estaría destinado a ser el sembrador genial de repugnantes y oscuras, pero satánicamente raras, imágenes y sustancias cuya carga fecunda, aunque aparentemente disolvente, de esencias estéticas y psicológicas, no daría su floración sino en Europa y en sucesivos futuros que nadie columbró en su momento y son, todos, posteriores a la muerte de Rodó, a través del surrealismo, de los teóricos de la dinámica del subconsciente, y hasta de los actuales rebeldes, cuyos cultores más conspicuos, en todos esos órdenes, no son sino sus epígonos, confesos o, donde no, reconocidos como tales por la crítica.

- III -

△▽

Las tradiciones del hogar

En una de esas casas de altos que hemos visto nació José Enrique Rodó. En el hogar de don José Rodó y doña Rosario Piñeiro de Rodó, hogar de linaje culto y adinerado, del cual era el hijo menor. Señalaba esa casa el número 199 de la calle de los Treinta y Tres. Ninguna inscripción recordatoria la distinguía hasta hace pocos años de las demás<sup>27</sup>. Lleva ahora el 1289, y el peso de la agrisada ornamentación «art nouveau» con que desde hace años está desfigurada su fachada obliga a la imaginación a hacer esfuerzos para limpiarla de relieves adventicios y representarse su primitiva sencillez, sus paredes lisas y claras, las simples barandas de hierro de la azotea, del largo balcón central y de los pequeños laterales, y las rejas de las ventanas de su planta baja<sup>28</sup>. Para ubicarla en la memoria de los peregrinos de poesía que hayan andado por Montevideo en tiempos más recientes, pero ya alejados, bueno es puntualizar que ella está situada enfrente, exactamente, de la casa en que vivió sus últimos años María Eugenia Vaz Ferreira: de aquel 1290, santuario de inefables visitas, y que, él también, fue desfigurado, sin aguardar ni el transcurso de un decenio después de la muerte de ésta, y de modo menos reconocible, todavía, con el surgimiento inesperado de un piso alto.

Pero no todo ha cambiado en la casa en que nació Rodó. Desde luego, es casi la misma, desde ella, la visión de la costa Sur, que azotan las tempestades, y que está allí, a doscientos metros, mostrando ahora sobre la rambla enjardinada, como antes por sobre el peristilo y el frontón greco-romano del primitivo Templo Inglés, hoy demolido y que cerraba la calle en declive, «cómo muda de color el mar inmenso». Aún en su interior han sufrido poca mudanza las partes del centro y del fondo de la casa. Y en la del frente, no obstante las transformaciones por que ha pasado, la pieza natal del Maestro, la más próxima al mar, que fue una vez suprimida, volteándole el tabique que la separaba de la más inmediata a la vasta sala central para formar, con otras, un inmenso salón, ha sido reconstruida sin más novedad que el agregado de un balcón de invierno. Pero dentro de sus cuatro paredes, el visitante siente que pisa la alcoba elegida. Y desde la ancha puerta del vestíbulo, es fácil todavía imaginar la amplitud de la antigua sala, que daba el tono de la casa, y sentirse también dentro de ella. El rojo oscuro señorea el ambiente, desde la alfombra al papel de las paredes, que tachonan flores doradas, y luce en la seda labrada que cuelga en los cortinados y tapiza el gran juego de jacaranda y palo de rosa. El ritmo de negras y ondulantes curvas resaltando en el rojo se prolonga desde estos muebles hasta las sillas, de formas más gráciles, de asiento de esterilla dorada y respaldo de jacaranda finísimamente historiado con pinturas e incrustaciones de nácar. Y en el ritmo de las formas rectangulares, al negro lustroso del piano se contraponen, dentro del ancho marco dorado, las tintas amortiguadas, los opacos oscuros, los grises claros, los almendras mates y los rosas discretos del gran retrato de los abuelos catalanes, que, desde el testero principal, domina toda la sala. Es uno de los cuadros del regreso de Europa de Juan Manuel Blanes. El que más tarde había de ser gloria de la pintura uruguaya, era amistad y visita frecuente de la casa de don José Rodó, en especial de su hermano don Cristóbal. Se hallaba en situación precaria, y don José supo ayudarlo, a la vez que honraba el recuerdo de sus padres, encomendándole esa obra, que debería realizar tomando sus modelos de viejos daguerrotipos.

Así, doble motivo hay para empezar por estos abuelos a mirar la familia de Rodó.

\* \* \*

Don Antonio Rodó de Martínez, que aparece de pie junto a su esposa sentada, con su cara redonda, apacible y levemente rubicunda, había nacido en Tarrasa en 1794<sup>29</sup>.

¿Provenía de griegos en lo más remoto de su ascendencia, de aquellos navegantes isleños de Rodas, que en la antigüedad fundaron sus colonias en las costas de Cataluña, como lo pensó cierta vez don Federico Rahola, dándose a conjeturar sobre el origen del apellido Rodó a través de sus semejanzas fonéticas? (Rodas, rodios, Rodo, Rodó)<sup>30</sup>...

Inteligente, afectuoso, de escritura fácil, don Antonio Rodó tuvo fábrica de paños desde 1816 hasta 1845. Recaudador de rentas desde entonces hasta casi cuarenta años más, llegó a tener a su cargo, en 1861, la Administración de los Bienes del Estado en Tarrasa. Aunque se mantuvo siempre ajeno a la política, el haber merecido por dos veces persecución de las autoridades durante las guerras civiles hace pensar que su persona debía tener alguna importancia en la villa: no fue, en efecto, su único destierro el que sufrió cuando, en 1867, fue confinado en Barcelona por el Capitán General de Cataluña, durante un mes, a consecuencia de instigaciones de los Escolapistas, que lo habían contado entre los enemigos del proyecto de establecer en Tarrasa un Colegio de su orden. Don Antonio Rodó tenía sobre todo, para ellos, el pecado de su vinculación con el Colegio Tarrasense, cuya prosperidad era causa de celos y había originado banderías de convento<sup>31</sup>. De los ocho hijos que le había dado su unión con doña María Janer, de Olesa de Montserrat<sup>32</sup>, la pálida y casi melancólica figura del cuadro de Blanes -José, Antonio, María, Pablo, Madrona, Cristóbal, Juan Bautista, Joaquín<sup>33</sup>- si a todos ellos había dado buena educación, alguno hubo que hizo especial provecho de sus estudios de bachillerato en el Colegio Tarrasense, y de éstos fue José. Joaquín será profesor en Río de Janeiro<sup>34</sup>, Pablo se hará notar por su inteligencia, que le hará prosperar en Buenos Aires; pero José llevará las semillas de su cultura a Montevideo, y alguna de ellas habrá entre las que germinen en el cerebro de un hijo que hará inmortal su nombre. Cuando doña María Janer de Rodó baje a la tumba, cuando, muchos años más tarde, y habiendo alcanzado los 91 de edad, la siga su esposo, el hogar de Tarrasa habrá cumplido su misión.

José había nacido en 1813, en las postrimerías de la invasión napoleónica en España, en los días en que José Bonaparte se aprestaba a abandonar para siempre a Madrid: tres meses antes de Vitoria<sup>35</sup>, Concluidos sus estudios, probadas las primeras experiencias del mundo en Barcelona, en la fábrica de su padre, luego en La Habana, partió de allí con destino a Montevideo, a donde llegó el 16 de julio de 1842<sup>36</sup>. Amistades comunes encomendaron su porvenir al doctor don Pedro Somellera, que aquí ejercía la profesión de abogado. Don Pedro Somellera era señalada figura del patriciado rioplatense. Aunque nacido en Buenos Aires, había sido nombrado Asesor Letrado o Teniente Gobernador de la Provincia del Paraguay en 1807, y se hallaba en ese cargo cuando los sucesos le llevaron a ser uno de los actores principales de la revolución que estalló en la Asunción la noche del 14 al 15 de mayo de 1811 iniciando la independencia de aquella provincia. No había olvidado el recuerdo de las prisiones del doctor Francia, que conociera en tiempos inmediatos a ese hecho<sup>37</sup>, cuando, cuatro lustros más tarde, comenzaron a ahondar en Buenos Aires las raíces de la tiranía de Rosas. Don Pedro Somellera abandona su ciudad natal, donde vivía, y desde 1830 es abogado de la matrícula en Montevideo<sup>38</sup>. Es el camino de los unitarios ilustres, que asfixiados por el ambiente de opresión, huyen de la Argentina para buscar el refugio de la ciudad de la libertad. En 1836 el Dr. Somellera será aquí uno de los autores del reglamento de estudios que regirá para las cátedras recién creadas y que funcionaron en el período pre-fundacional de la Universidad, antes de la instalación de ésta<sup>39</sup>. Más tarde, la emigración aumentará, cuando al malestar del ciudadano amordazado siga la persecución personal que hace peligrar la vida. Buenos Aires no es, a los ojos de un



unitario, ambiente que ofrezca perspectivas promisorias para el europeo que llegue al Río de la Plata con ánimo de labrarse un porvenir, y es por eso que don Pedro Somellera será una fuerza más para que quede en Montevideo don José Rodó.

\* \* \*

Don José alquila una pequeña casa de altos en la calle de los Treinta y Tres, donde instala su vivienda y tiene su escritorio en los bajos. Allí comienza a ejercer la procuración. La amistad del doctor Somellera le hace frecuentar lo más ilustre de la emigración unitaria y de los hombres distinguidos del partido colorado. La vinculación de unitarios y colorados había venido haciéndose alianza cada vez más íntima, y desde el 16 de febrero de 1843 es solidaridad en la defensa, en una homérica defensa de nueve años, porque las fuerzas federales de Rosas, unidas a las del partido blanco, han puesto sitio a Montevideo. La ciudad merecerá por ello quedar en la historia con el nombre de Nueva Troya, que le dio Alejandro Dumas. Entre sus muros llegan a su tensión más pura las virtudes austeras. Florencio Varela, Miguel Cané, Juan Bautista Alberdi, si bien éste, notoriamente, sin ser unitario, Manuel Luciano Acosta, todos éstos entre los argentinos; Manuel Herrera y Obes, Andrés Lamas, entre los orientales, son amigos de don José Rodó. El ambiente afectivo y social de esta vinculación nos ha dejado huellas preciosas. Ahí está la miniatura de Florencio Varela que él mismo regaló a don José y que conservaban los últimos hijos sobrevivientes de éste como una viva tradición del hogar, ilustrando las paredes de la misma salita en que se custodiaban dos bibliotecas de José Enrique Rodó, todavía veinte años después de la desaparición del hermano de reverenciada y entrañable memoria; y ahí están, sobre todo, para dar el tono preciso de aquella intimidad, las cartas que don José Rodó escribe a don Andrés Lamas cuando éste se halla en Río de Janeiro representando como Ministro Plenipotenciario ante el Imperio a la República Oriental del Uruguay. Don José Rodó es apoderado general de don Andrés Lamas; le atiende con prolijidad y desvelos mil asuntos fastidiosos; y cuando Lamas le pide que se cobre la comisión que le corresponde, Rodó contesta que ella «quedará paga con una libra de dulce, que espero me remitirá de ésa para comérsola con su señor Padre Político el Dr. don Pedro Somellera». Pero junto con ese tono íntimo de una amistad con prohombres, las mismas cartas dejan ver siempre algo más, del fuero meramente individual y temperamental, de don José Rodó. Si ésta muestra su desinterés, su generosidad, su hidalguía, hay aún otras más que confirman lo sincero de tan altruista desprendimiento: cuando narra, atribulado, que ha sido víctima de un robo en su casa, se serena añadiendo: «felizmente nada me robaron ajeno, y esto me consuela un tanto»; cuando se aflige porque no pagan los sueldos a Andrés Somellera, que es con lo que cuenta la familia de éste para su subsistencia, asegura solemnemente: «daré mi último real para que nada les falte». Otras cartas dicen de su prolijidad y corrección en rendir cuentas, y casi todas revelan un don de escribir bien que, mucho más que por su letra fina y suelta, permiten hablar de don José Rodó como de alguien que sabía manejar la pluma. Véase el laconismo trágico, dolido, con que, sin narrarlo ni nombrar a la víctima, y buscando quizás denunciar veladamente a Lamas un posible peligro, alude al asesinato de Florencio Varela: «Mi amigo, el puñal de Rosas es muy largo -hoy nos alcanza ya en esta; mañana tal vez llegue a esa-; hemos llorado ya a un amigo querido. Quiera Dios que no tengamos que llorar otro!»<sup>40</sup>.

José Enrique Rodó, que no conoció esta correspondencia, porque el fondo del archivo que hoy la contiene estuvo hasta hace algunos años en Buenos Aires, había observado ya, empero, con la sola lectura de escritos forenses de su padre, de época



posterior, lo correcto de su redacción<sup>41</sup>. Debió también, seguramente, haber notado en ella, más de una vez, cierta elegancia de giros, cierto sentido rítmico en la ordenación de las frases, aún al hablar del negocio más prosaico, como cuando dice al juez: «[...] mis representados han recibido de la oficina del correo su correspondencia abierta, roto con esfuerzo el sobre y violados los sellos en la forma que aparece de la cubierta que presento»<sup>42</sup>.

En aquellos mismos viejos tiempos de la Guerra Grande, en enero de 1847<sup>43</sup> y no en junio de 1842 como por error se declara en un asiento de un viejo libro del Consulado de España en Montevideo, el círculo de don José Rodó se ensancha gratamente por la llegada de su hermano Cristóbal, que desde ahora comienza a atender, en un escritorio contiguo al suyo, el negocio de administración de propiedades. La unión de los dos hermanos es ejemplar, pero la superioridad intelectual del mayor es palmaria. Pronto se ha abierto camino la reputación de su dignidad, de su caballerosidad, de su prudencia, de su actividad, que le hace vigilar con celo los asuntos, de su tolerancia y consideración, que le impiden extorsionar al deudor que se halla en situación apremiante. Y ha llegado así, naturalmente, a ocupar puesto de primera fila entre los curiales, al par de los letrados, de cuya alta posición social disfruta. Su preparación jurídica es, por otra parte, tan eficaz, que por poco que su modestia o su falta de vanidad se lo hubieran consentido, habría más tarde obtenido sin esfuerzo título de abogado.

Es, además, apuesto; su frente ancha, la expresión viril, serena, casi pensante, de su rostro, que cierra corta barba corrida de color rubio, hacen su presencia atractiva y denuncian la nobleza de su interior<sup>44</sup>. La casa en que vive es propiedad de la familia de don Bartolomé Nicolás Piñeiro y su esposa doña Manuela Llamas, gente de arraigo y principal en la ciudad desde los tiempos del coloniaje. Ambos han muerto, pero sus hijos viven en casa muy próxima a la de don José Rodó, dando la vuelta por la calle Buenos Aires<sup>45</sup>: Jerónima, Manuel, Tomasa, Luis, José Domingo, María del Rosario... Tomasa ha hecho de madre de los menores, y ha despreciado el casamiento que se le brindó por no apartarse de su cuidado. María del Rosario está en la gracia de la juventud cuando don José es transeúnte cotidiano de su barrio. Pronto inician amores, y el 24 de febrero de 1849<sup>46</sup> se realiza la boda, siendo padrinos don Pedro Somellera, que es ya como un padre para don José, y Tomasa. El regalo nupcial de don Pedro, el suntuoso abanico de nácar y oro noblemente pintado, es otra de las reliquias de estos viejos tiempos, que, guardada en una vitrina por las hermanas de José Enrique Rodó, hacían tangible todavía en la casa, muchísimos años después, la tradición unitaria del hogar.

Rosario Piñeiro tenía veinte años de edad cuando su casamiento. Su ascendencia paterna era gallega: don Bartolomé Nicolás Piñeiro, perito en contabilidad: «balanceador», y hombre de negocios, había nacido en San Lorenzo de Doso, Obispado de Mondoñedo, y sus padres, Antonio Piñeiro y María Cipriana García, eran naturales de San Andrés de Villadonell. Doña Manuela Llamas de Piñeiro, nacida en Montevideo, venía, en cambio, de castellanos viejos: sus padres, Domingo Llamas e Isabel Herrero, eran ambos de Zamora<sup>47</sup>.

El casamiento de don José Rodó y doña Rosario Piñeiro se ha realizado en plena Guerra Grande. La casa en que se instalan es la misma en que vivían don José y don Cristóbal, pero ensanchada. El nuevo hogar ocupa la planta alta, y don Cristóbal vive en los bajos, del lado de la izquierda, con su escritorio, teniendo el suyo don José en las piezas de la derecha del zaguán. El amplio patio del fondo les es común a ambos.

Uno a uno, irán naciendo, a lo largo de veintidós años, los ocho hijos de don José Rodó y doña Rosario Piñeiro: María del Rosario, José, Isabel, María, Alfredo, Julia, Eduardo, José Enrique.

\* \* \*

Entre tanto la vida de la casa va reflejando el sosiego del temperamento de sus señores y de sus severas costumbres. La compañera de don José es digna de él por sus virtudes. Dama de su casa, consagrada a su hogar porque no la atrae la vida mundana, aunque para triunfar en ella le habría sobrado finísima distinción personal, es la consejera eficaz de su esposo en las situaciones difíciles, porque está dotada de gran equilibrio mental, de un aplomado buen sentido, de energía de carácter, de clara inteligencia natural y gran memoria, aunque no ha hecho más estudios que los que forman el bagaje intelectual corriente en las señoras de la época. Doña Rosario es una autoridad moral. Es ferviente religiosa pero no fanática, va poco al teatro y no es muy lectora, pero sus gustos literarios son definidos: si María del Pilar Sinués de Arco y Selgas satisfacen a su sencillo sentimiento estético, repudia francamente a Pérez Escrich.

Don José tampoco se hará notar por sus salidas de la casa: sólo en ocasiones va, por la noche, al Club Libertad, a la sala de lectura, o para conservar el hábito del billar, en que tantas veces se había medido, allá cuando la Guerra Grande, con don Francisco Acuña de Figueroa. Él, viejo vate de los himnos nacionales, de las *Toraidas*, del peregrino ingenio, atiborrado de mitología tanto como de oportunismo lugareño, y de las mil tonterías festivas, había cantado también a don José Rodó:

Rodó a caballo montó  
como un Don Quijote andante.  
Tropezó su rocinante  
y rodó al suelo Rodó<sup>48</sup>.

Esta alusión a una caída de caballo documenta sin decirlo, pero, según lo afirmaba Alfredo Rodó, por modo inconsciente, otra afición, tan inocente como las de sus idas al Club, que en el otoño hace también a veces alejarse por unas horas de su hogar a don José: la caza. Don Ildefonso García Lagos, don Jaime Illa, el escribano don Félix de Lizarza y algún otro amigo le acompañan en la aventura, para la cual van a caballo hasta los campos del Colorado, donde abundan las perdices grandes.

Pero su biblioteca es también atractiva, y encierra piezas de gran interés para quien quiera buscar en ella fuentes importantísimas de las lecturas que, desde niño, pudo haber hecho ya en su casa José Enrique Rodó. Aparte las obras de materia jurídica, las viejas leyes españolas, y una buena copia de comentaristas, están allí los clásicos castellanos, las obras de Castelar y muchas más de moderna literatura, pero son quizás las lecturas históricas las que dominan: el P. Mariana, los Girondinos y la Restauración de Lamartine, y todo el arsenal de polémica unitaria de los viejos amigos contra la

tiranía: las *Tablas de Sangre* de Rivera Indarte, las *Agresiones de Rosas* de don Andrés Lamas, las colecciones de *El Iniciador de 1838*, en que el espíritu del mismo Lamas le seguirá acompañando junto con el de Miguel Cané, y del *Comercio del Plata*, que cede el recuerdo de Florencio Varela. *El Plata Científico y Literario* llega luego también, número a número, a incorporarse a esa biblioteca, mostrando que *la tradición intelectual argentina* perduraría en aquella casa hasta mucho más de 1854, aún cuando no viniese caldeada por el aliento de la amistad y aún habiendo cambiado las personas que la encamasen, porque es ahora Miguel Navarro Viola quien la representa, como su animador, en estos gruesos tomos.

Banqueros, firmas del alto comercio y casas navieras de importancia nombran apoderado a don José Rodó. Después del estudio del doctor Somellera, el de don Manuel Herrera y Obes le tiene como su procurador obligado. Su situación económica se hace cada vez más próspera; pero el bienestar de la familia es mayor porque lo acrecen factores morales: la bondad de los hijos, la de don Cristóbal Rodó, la de don José Domingo Piñeiro, que, aunque no es de la casa como aquél, es frecuentísima visita.

Don Cristóbal es generosísimo; cuando nervioso, apasionado, enérgico, contrastando con el reposo de don José, se le ve entusiasmarse, bien saben todos en la casa cómo son de nobles esos impulsos de su corazón. Cuando le ven por las calles, hundido el sombrero mitrista de grandes alas sobre el fino rostro moruno, de tajante perfil aguileño y cerrado por densa barba renegrada<sup>49</sup>, bien saben todos que, a más de la atención de sus negocios, ellos también halagüeñamente encaminados, alguna otra preocupación más alta brega por dar expansión al sentimiento del bien, haciendo caridad para los pobres, buscando el mimo de los sobrinos, procurando por la familia de España hasta dejar toda su parte en la herencia paterna a una sobrina de Barcelona.

Don José Domingo Piñeiro es figura severa, culta y de inteligencia. No obstante su temperamento tranquilo, se había adaptado a la vida política, pero dejando a salvo, con la entereza de su energía, la integridad de la conciencia cívica: es de los colorados principistas, y sus sobrinos verán en él un ejemplo de ciudadano. Aquel grave señor de sombrero alto, que en el gobierno de Ellauri alcanzará, al ser electo Presidente del Senado, la dignidad de Vicepresidente de la República, tendrá que disfrazarse de carbonero y huir a Buenos Aires la noche del motín, porque preferirá merecer la persecución de Latorre antes que claudicar.

Los otros dos tíos que han estado en la casa, Joaquín Rodó hacia 1855, Pablo Rodó hacia 1861<sup>50</sup>, no arraigaron en ella término suficiente para dejar influencia en la formación espiritual de los niños. Sólo han estado aquí lo indispensable para orientar su vida de América: Joaquín, el profesor, acabará sus días en el Salto<sup>51</sup>, y las huellas de Pablo, el de la aguda inteligencia, se perderán en la Argentina.

Don José Rodó ha pasado los primeros veraneos con su esposa en una quinta de la calle Dayman (hoy Julio Herrera y Obes), hacia la costa Sur. Luego adquiere en condominio con Fructuoso G. del Busto, el marido de una prima de doña Rosario, la hermosa quinta del Camino Larrañaga que había pertenecido al general César Díaz. Allí la magnanimidad de don José tuvo ocasión de demostrarse albergando a un adversario. Don José, si bien no militó jamás en política, era, él también, por afección y por sinceras inclinaciones morales, colorado principista. El general Lucas Moreno, blanco de larga historia en las revoluciones, es perseguido en cierta ocasión por gente del

partido colorado. Su vida peligró. Don José le ofrece el refugio de su quinta, y allí queda escondido varios días, todo el tiempo que cree necesario.

Los Busto y los Rodó disfrutaban de tranquilos veraneos, hasta que José, el hijo mayor, contrae el tifus por bañarse en las aguas del Miguelete, que corre a los fondos de la quinta, y muere de la enfermedad. ¡Cuánta promesa se había perdido con sus dieciocho años! Inteligencia, cultura, latines, aficiones literarias... La desgracia se ceba en los Rodó, llevándose a María menos de dos años después, a los quince de edad, consumida por la anemia. Es el 27 de mayo de 1871.

Faltan apenas dos meses para el nacimiento de José Enrique.

\* \* \*

Sobrevivieron a éste, Eduardo, que fue el primero en seguirlo a la tumba, bohemio dado a las lecturas, que guardaba una amarillenta colección de diarios viejos, y que oficiaba de procurador; y, por muchos años más, María del Rosario, Isabel, Alfredo y Julia.

Se hace grato, para quien conoció a estos cuatro últimos y fue objeto de sus bondades, evocar su recuerdo, que se sitúa en 1931 y 1932.

Ellas, tres damas calmas y dulces, pero de atentas, solícitas maneras. Una educación de antigua cepa, y la austeridad y el recato de su vida, toda para la familia y las prácticas piadosas, han cultivado su aristocracia hasta darle el pulido exquisito de la sencillez. Suave emanación de afecto, nobleza de alma total. Todo les interesa, y para todo tienen la más prudente, la más tolerante, la más exacta comprensión. María del Rosario la acentúa con sonrisa reposada, Isabel con insinuación vivaz; Julia, un tanto más verbosa, la detalla con afirmación serena.

Entre Isabel y Julia, como, más vagamente, lo estuvieron en Eduardo, están repartidos los rasgos fisonómicos de José Enrique. En Julia y en Alfredo se sigue oyendo el eco de aquel timbre gutural de la voz...

Alfredo es señor de toda dignidad y de toda cultura. En los rasgos de su rostro hay también algo del hermano ilustre; pero su silueta espiritual tiene más claro ese aire de familia. Diserto, ático, su lenguaje corriente es, sin él mismo quererlo, correcta y abundante prosa de párrafos redondos, a un tiempo ágil y casi solemne, por momentos jovial, de preciso, variado y rico léxico. Las citas históricas y literarias fluyen naturalmente en su conversación, con una rapidez y una llaneza que asombran tanto por lo oportuno de su sentido como por su prolijidad y exactitud. Es de oírle recitar de memoria un discurso de Castelar, estrofas de Rubén Darío, tercetos de *La Divina Comedia* en italiano, pasajes de *El Quijote*, recordar conceptos de las clases y las conferencias de Vaz Ferreira y referir, animándose con palpitante expresión que les dan vida actual, mil anécdotas del pasado. Porque esto es lo pasmoso de su caso: han transcurrido más de veinte años que no puede leer por impedírselo una grave afección a la vista. Y todo lo recuerda de memoria, y lo hace todo tan rápido, tan vivo, como si lo estuviese leyendo. Los libros más recientes los escucha de labios de los que le rodean, y es así cómo ha debido conocer gran parte de la obra de su hermano. No obstante esto, ¡qué perfecto dominio de ella han llegado a darle la inteligencia y la voluntad, la

admiración y el afecto! Y por su hermano se olvida de sí mismo. Olvida que él ha debido también tener un nombre de escritor. Muchos de sus sonetos, inclusive los que ha compuesto en italiano, están por publicarse; inédito está también (y acaso perdido para siempre) el manuscrito de su libro de anécdotas de Julio Herrera y Obes, recogidas casi todas de labios del propio personaje; y sus artículos periodísticos firmados «El Diablo Cojuelo», de fina sátira de costumbres o breves notas críticas de oportunidad, estimulantes, cultas y espirituales, no han sido nunca recopilados en un volumen. Ha preferido, hasta el final, no ser, para muchos, sino el sueltista y el reporteador ingenioso de varios diarios; el estudiante trasnochado de intento, porque, cuando ya no pudo leer más, comenzó a concurrir, por distraerse, como oyente, a los cursos universitarios, haciéndose camarada de los jóvenes, que le respetaban y estimaban; el profesor designado para aulas de bachillerato que no pudo llegar a aceptar; el orador siempre aplaudido, de circunstancias o de asambleas festivas; el noble amigo, caballero de hidalga prestancia y antigua cortesía señorial.

Quedaron al final sólo ellos. Y con ellos la rama uruguaya de los Rodó se extinguió, porque todos permanecieron solteros. Las demás son todas laterales: las del mismo apellido están en España, en la Argentina (de donde proviene don Pablo D. Rodó, conocido empleado, hoy jubilado, del Banco Comercial de Montevideo), y también en Punta Arenas, es decir, en el Sur de Chile; y las de Montevideo son los Llamas, los Busto y los descendientes de los Piñeiro.

Los cuatro hermanos, «los cuatro hermanos ejemplares»<sup>52</sup>, eran la custodia de las tradiciones del hogar y del tesoro espiritual de José Enrique Rodó. Quien haya ido alguna vez a ellos en demanda de datos y recuerdos con qué sondear en esos mares, les habrá quedado grato por el noble acogimiento que le hayan dispensado. Les deberá, sin duda, además, haber reverenciado en la pequeña salita de la casa a donde se mudaron, de la calle Sarandí 318, que ocupó después el Instituto de Profesores «Artigas», las dos bibliotecas atestadas de los libros dedicados por escritores de ambos mundos a José Enrique Rodó; haber visto las viejas reliquias de la sala grande, quizás haber penetrado en otra salita, más al interior de la casa, donde se guardaban finos muebles antiguos, daguerrotipos, fotografías y objetos, de familia de cuatro generaciones, y hasta haber llegado, mucho más adentro, todavía, a la amplia pieza en que estaban el escritorio y las grandes bibliotecas del Maestro, que llegó a clasificar Julia, rotulando innumerables legajos.

Pero si alguien hubiese insistido en sus pedidos hasta revelar, con la perseverancia, la seriedad del propósito, les habría visto abrir los recintos sagrados; prodigarse cada vez más, sin término concebible, en una generosidad que se traducía ya casi en tareas de colaboración, como lo hicieron con el autor de esta obra: poniendo a su disposición, para largas revisiones cotidianas, todos los viejos papeles de familia, toda la correspondencia del Maestro, todo lo que se conservaba en la casa de los manuscritos gloriosos. Les habría visto escribir a parientes de lejanas tierras, para enriquecer el acervo de noticias sobre sus antepasados, y hurgar cada día más en las reconditeces de la memoria.

¡Y cómo era hermoso ver coincidir en su recuerdo a aquellas cuatro memorias asombrosas! La exactitud del dato era entonces segura. Estos documentos vivientes no eran el falso recuerdo del atolondrado o del inescrupuloso que busca acomodarlo todo a sus deseos o a los caprichos o la curiosidad del interlocutor: no eran testigos interesados

ni testigos complacientes. La probidad con que hablaban, con que decían qué es lo que sabían, qué lo que no sabían, y qué lo que creían saber, acusaba que tenían la conciencia de la responsabilidad que se les había puesto en las manos. Los cuatro hermanos se sabían responsables ante la historia de la humana cultura. La comprobación posterior, hecha, cuando era posible, en el cotejo de los papeles escritos, ha enriquecido mucho, sin duda, el caudal de sus datos; pero ha venido siempre a darles la razón.

## - IV -

△▽

### El niño contemplativo

La tercera inscripción del folio 205 del Libro 36 de Bautismos de la Iglesia Catedral de Montevideo es un documento precioso. Prueba que el nacimiento de José Enrique Camilo Rodó fue el 15 de julio de 1871, y nos da, así, el primer jalón seguro para seguir su vida a través del tiempo. La tradición del hogar decía, pues, la verdad; y el error de tantas noticias escritas que frecuentemente se han dado de él, en este punto, y que lo hacen nacer el 15 de julio de 1872, se patentiza, así, concluyentemente<sup>53</sup>.

Se estaba en la curva del año en que, no obstante irse haciendo sensible el alargamiento de los días, se instala de firme, en el Uruguay, lo más crudo de los fríos del invierno.

Para el bautismo fue elegida la fecha del 5 de octubre, cumpleaños de doña Rosario, y los padrinos fueron don Cristóbal e Isabel.

De las ternuras y el candor del lactante blanco y rubio quedó una huella duradera en el amor entrañable de su ama, María Aguerre de Cortio, la vasca limpia y honrada que seguiría luego paso a paso y con devoción los triunfos de su hijo de leche y guardaría más tarde a su memoria, hasta la muerte, un culto conmovedor. Pero de los dieciocho meses del niño queda un retrato que se diría un pasmoso anuncio del pensador. Espanta ese pequeñito que, vistiendo aún el pollerín de la inocencia balbuciente y retozona, está reconcentrado en un mirar abismado y casi ceñudo bajo la frente alta y amplia, cerrando la boca con seriedad que hace abultar los labios y dejando descansar la cabeza, en un abandono meditativo, sobre una de las manos, mientras apoya la otra en la mesa, como absorto, para mejor inmovilizarse: actitud que tomó espontáneamente, según recordaban sus hermanas.

\* \* \*

Frecuentes debían ser en él esas posturas, porque empezaba a mostrarse ya, desde la primera edad, reposado, serio, poco dado a juegos violentos: desde esos mismos tiempos en que don José Rodó hacía construir su quinta en Santa Lucía, para pasar los veranos.

La pérdida de José había hecho que la familia no pudiese volver a la quinta del Camino Larrañaga, que era volver al cuadro de la desgracia. La muerte, aún más



reciente, de María, hacía recrudescer horriblemente la pena. Santa Lucía era lugar de veraneo, distante muchas leguas de la ciudad, y capaz de proporcionar treguas sedantes y sanas para el dolor.

Era un pequeño pueblo, cándido y quieto, próximo al río, de aguas puras y tranquilas, que le da nombre, y se hallaba en boga entre las familias pudientes, que hacían allí sus quintas amplias a imagen de las de Montevideo, o pasaban la temporada en el hotel de la Llosa, de grandes patios florecidos, situado en una calle interior del pueblo. El primer veraneo de los Rodó en Santa Lucía fue en ese hotel, cuando José Enrique tenía pocos meses de edad. El siguiente se pasó en una casa arrendada, en la acera de enfrente. Ya queda don José vinculado al movimiento social de la localidad. Al amparo del paréntesis de paz, de tan promisorias ilusiones, que ofrece el efímero gobierno de Ellauri, su amigo don Alejandro Magariños Cervantes, el patriarca del pueblo, el poeta de la quinta de apacible encanto, cuya fuente inaugura Rosarito Rodó, preside, desde el 20 de julio de 1873, la comisión del vecindario constituida para prestigiar el pedido de creación de un nuevo departamento, que tendría por capital la villa de San Juan Bautista, oficial designación de Santa Lucía. El nombre de don José Rodó es uno de los primeros entre los integrantes de esta comisión, que fue elegida por unanimidad, y quedará transformada luego en Directiva del Club Libertad y Progreso. Don José dona árboles y plantas de su quinta en formación para embellecimiento del lugar, y los 8 tomos de la *Historia de Turquía* de Lamartine, para la biblioteca del nuevo centro<sup>54</sup>.

Las sucesivas temporadas de la familia en Santa Lucía fueron ya en la quinta propia. No había aún en ella la vegetación tupida que hoy rodea la casa haciendo bóvedas de frescura y dándole prestigios nostálgicos, pero los árboles estaban en crecimiento y el jardín formado, con sus canteros cerrados de boj y de santonina, porque don José había sido cuidadoso desde el comienzo en atender a las plantaciones. Y, sobre todo, la casa era la misma que puede verse todavía, con su color amarillento. No ha sufrido más injuria que el cierre de los arcos de su frente por semicírculos radiados de vidrios de colores, pero el vestíbulo del fondo, totalmente simétrico con el de la fachada principal, los conserva libres, y permite reconstruir idealmente el aspecto que ésta tenía entonces. Bajo la balaustrada uniforme que cierra la azotea por sus cuatro bordes, dos cuerpos paralelos de edificio se acusan claramente por la separación que entre ellos hace, en cada uno de los frentes, un vestíbulo al que da ligereza la serie de tres arcos que se apoya con gracia, en el medio, sobre dos ágiles columnas de hierro, y, a los costados, sobre los muros laterales. Unen ambos cuerpos de edificio, por en medio de la casa, el largo salón, que se abre hacia el vestíbulo del frente, y el largo comedor contiguo, paralelo y homólogo, que da sobre el del fondo. Nada notable en las hiladas de ventanas con rejas de barrote redondo que corren a ambos lados de la casa, a lo largo de los dos cuerpos regulares y sencillos, si no es el saber que la segunda de las de la izquierda, contando desde el frente, corresponde a la habitación en que dormía con sus padres el pequeño José Enrique Rodó: en el costado de la sombra. Nada notable en las pilastras adosadas de orden compuesto que recorren los cuatro lados de la casa llenando los macizos que quedan entre las ventanas. Pero ¡qué delicioso candor en algunos detalles! No sólo el zócalo de azulejos, en los dos vestíbulos, y, en el posterior, el aljibe y las contramarchas de la escalera, de azulejos también: la ingenuidad inigualable (tesoro para documentar la pericia de los viejos artífices del lugar) está en los relieves que adornan la parte superior de las ventanas de la fachada. Uno muestra dos serpientes enroscadas con movimiento duro y vacilante que no han logrado colocar sus cabezas en

posición de reposo, dejándolas desesperantemente invertidas; otros ostentan parejas de caballos que, en vez de alcanzar la corrección que los haría vulgares, han preferido quedar en una zoología indefinida, en un primitivismo de original encanto, con algo de hipopótamos, de tapires, de canguros, de saurios antediluvianos...

La inexperiencia de estos trazos no quita señorío a la quinta de don José Rodó, amplia, firme, reposada, y de noble arquitectura: antes sirven para mejor ambientarla como casa de campo, y hoy sientan bien a su pátina añosa.

Unas descuidadas frases de un periodista español, Eloy Perillán y Buxó, que dictaba, en los propios días en que las escribí, una cátedra de Literatura en la Universidad, sirven para ambientarnos en una evocación de aquel lugar de veraneo y de la por entonces recién construida quinta de don José Rodó. Son de abril de 1874. Recordémoslas:

## «MISCELÁNEA

### Santa Lucía

#### I

Anteayer, de madrugada, emprendí mi expedición Dominguera al vecino y floreciente pueblo de Santa Lucía. Invitado para un almuerzo (aunque lo lleve a mal algún otro cronista) no pude negarme a la deferencia de Andrés Otero [...].

#### III

A orillas del Santa Lucía, había improvisado el dueño del Hotel Oriental, un verdadero *menú* de banquete [...].

Allí estaban los Srs. D. Ángel Méndez, Gefe Político del departamento de Canelones; Deal, Oficial 1.º de la Gefatura; el representante D. Felipe Lacueva, el representante D. Ernesto Velazco, D. Juan Ángel Zaballa; el representante D. Alejandro Chucarro (hijo); el Sr. Rodó, D. Antonio Suarez, nuestro querido amigo Juan Ramírez y otras personas, cuyos nombres desconozco.

[...]

Abandonando la mesa, penetramos en la hermosa villa que yo deseaba conocer.

#### IV

La casa de mi paisano el Sr. Rodó fué el primer punto de escala: había oído hablar de ella como de las magníficas posesiones de los Srs. Magariños y La Cueva, pero hablando



francamente, no esperaba encontrar tan delicioso panorama»<sup>55</sup>.

Sin embargo, no todo fue inocencia y sosiego en aquellos primeros veraneos de Santa Lucía. Una día -seguramente el que siguió inmediatamente al hecho- se recibió allí la noticia del atentado sangriento y vil, consumado por forajidos de trabuco y puñal, que acababa de ocurrir en Montevideo el desde entonces célebre 10 de enero de 1875, y en el que, por defender las urnas en un día de elecciones de Alcalde Ordinario que eran de trascendencia, había muerto un núcleo de jóvenes principistas, y entre ellos un allegado de la casa, Antonio Gradín, primo de los Rodó. Era el prólogo del motín que tendría lugar el día 15. José Enrique no contaba todavía cuatro años, pero la sensación de algo trágico e inicu, una angustia y un terror repulsivos, deben haber quedado desde ese momento vinculados en su sentimiento al recuerdo de la tiranía que estaba por nacer. Comenzó ya a oír junto a sí el gemir por la libertad. La tradición unitaria del hogar y la dignidad natural de su talento harán más tarde el resto. Pero ya el coronel Lorenzo Latorre será un complejo sombrío en el alma del niño.

Las idas a la quinta continuarán por cuatro años más, aunque las malas épocas se han iniciado ya para la familia desde ese año 75, el «año terrible» de la historia uruguaya.

\* \* \*

De tiempo inmediato es un segundo retrato, que muestra a José Enrique Rodó a los cuatro años de edad, casi tan reconcentrado como le vimos cuando más pequeño, pero con un algo más dulce en la expresión. Su traje cuidadosísimo, el rico respaldar de largos flecos en que apoya los brazos cruzados, hacen imaginarlo en la casa de la ciudad, entre los finos muebles de caoba y los grandes espejos lucientes. Sigámosle ahora allí.

Es la edad en que Isabel empieza a enseñarle a leer. El pequeño autodidacta había comenzado por aprender las letras copiándolas de los diarios, pero bajo la dirección de su hermana sus progresos son rápidos, pues revela facilidad extraordinaria. Es curioso, preguntón, y obliga incesantemente a sus padres, su tío y sus hermanos a que le cuenten historias. «La ternura para el alma del niño está, así como en el calor del regazo, en la voz que le dice cuentos de hadas». Perrault arroba su imaginación con tanta fuerza, que el color de sus visiones perdurará hasta iluminar, después de muchos años, la emoción tibia de un plácido soneto. ¿Habrán sido realmente «su primer libro de lectura», como afirma Glicerio Albarrán Puente, ese de fábulas que obsequió al hoy profesor Carlos Lacalle?»<sup>56</sup>

Don Cristóbal ha sido siempre pródigo en regalar a sus sobrinos los más hermosos juguetes, y en ser su proveedor obligado de revistas para niños. El turno de José Enrique llega, pues, ahora, pero él prefiere las revistas a los soldados, a los muñecos, a los carritos, a los animales, a los yesos y cartones pintados. Encontrará, desde luego, «Los niños», que año a año, desde la infancia de los hermanos mayores, el buen tío ha venido haciendo encuadernar cuidadosamente: bien ilustrada, y con sus narraciones amenas y sencillas, pero de pobrísimo estilo, no obstante incluir traducciones de Perrault; con sus

versos insípidos, las biografías de niños célebres, los ejemplos de moral edificante, penetrados de intenso espíritu religioso, y las lecturas instructivas.

Cuando, llegado a los seis o siete años, tomen para él también como maestro a don Pedro José Vidal, que ha enseñado ya a Alfredo y a Eduardo, José Enrique tendrá una atmósfera espiritual de sugerencias entrevistas y una base de nociones adquiridas que le harán adelantar en sus estudios con seguridad asombrosa. El preceptor es de antigua escuela, muy concienzudo, muy exigente, y enseña la gramática de Codina, aritmética, geografía, urbanidad, caligrafía: casi todo de memoria, pero luego explicando cuando lo cree conveniente. Don Pedro José es colérico, aunque bien educado; mas no es sólo por esto que José Enrique no motiva las explosiones de aquel carácter: es, ante todo, porque el niño es dulce, sosegado, y a más de poseer privilegiada inteligencia, estudia con amor. Pero mira más lejos que el círculo de sus lecciones. Adora a Robinson, y dialoga con su libro, al que hace confidencias. El viejo ejemplar que fue testigo de esta amistad se conserva aún, con sus tapas negras y raídas, tal como él lo describió después con vivísima y emocionada pintura. Y están también los grandes tomos ilustrados por Gustavo Doré: *El Paraíso Perdido*, que le enciende inquietudes febriles trayéndole soplos del más allá en tempestades de luces y de formas, y *Los Ecos de las Montañas*, de José Zorrilla, que le estremecen de bosques oscurísimos y de castillos solitarios, de reyes bárbaros y doncellas ideales. Los domingos se lee, en rueda de hermanos, *El Correo de Ultramar* y *La Ilustración española y americana*: y éstos también han sobrevivido, con sus secciones de actualidades y de literatura y sus finos grabados, que muestran toda la tierra, el salón regio y la miseria, la calle hirviendo de humanidad, la guerra, escenas de Oriente, y un infinito de paisajes con alientos del trópico y de la selva virgen.

Sin duda es en esta época cuando don Cristóbal, venciendo, por condescendencia y por su amor al niño, las costumbres de su indiferentismo religioso, ha llevado a José Enrique a la iglesia, alguna vez que no ha podido hacerlo doña Rosario: porque Hugo D. Barbagelata cuenta de los que recuerdan cómo el pequeño iba entonces de la mano de su tío, «moviendo su cuerpo sobre sus delgadas canillitas y luciendo valioso traje de terciopelo con cuello de blancos encajes, al que realzaba un sombrero, que el tierno adolescente<sup>57</sup> echaba con donaire hacia atrás para dejar descubierta la frente»...

La educación religiosa en que su madre lo viene iniciando es afirmación de amor para su bondad, calor de leyenda para su imaginación, y creencia con qué saciar su asombro ante el misterio. Doña Rosario lo lleva a misa y lo arrulla con historias piadosas. La Noche Buena, el niño Dios, el retablo de Navidad, hacen nacer, en el alma del pequeño, poemas interiores, mudos poemas de meditación candorosa, amanecidos, entre la diafanidad de los nimbos, de la efusión del inocente amor. Pero un día el asno del retablo abre el camino de la duda, que poco a poco irá minándole la fe. Oigamos cómo se le aparecerá, en el alejamiento de los años, y cómo lo meditará, el recuerdo de este comienzo de su descreimiento, con su tono moral que se adivina intacto, todo cálido todavía, todo húmedo de ternura:

«Asno del pesebre donde el Señor vino al mundo: yo te quería y te admiraba. Tú eras, en aquel espectáculo, el personaje que me hacía pensar. Iniciación preciosa que te debo. Tú, abanicando con los atributos de tu sabiduría, diste aliento a la primera chispa de libre examen que voló de mi

espíritu. Tú fuiste mi Mefistófeles ¡oh Asno! Por amor a tí, por caridad y compasión con que me inundabas el alma, me hiciste concebir los primeros asomos de duda sobre el orden y arreglo de las cosas del mundo, y aún sospecho que, por este camino, me llevaste, con ignorancia de los dos, a los alrededores y arrabales de la herejía.

Verás cómo. Yo, prendado de la gracia inocente y dulce que hay en tí, y que no suelen percibir los hombres porque se han habituado a mirarte con la torcida intención de la ironía, me interesaba por su suerte. Viéndote allí, junto a la cuna de Dios, me figuraba que te era debido algún género de gloria. Entonces preguntaba cuál fué tu destino ultratelúrico, y me decían que para los asnos no hay eternidad. Para los asnos no hay en el mundo sino trabajo, burla y castigo, y después del mundo, la nada... La Nueva Ley no modificó en esto las cosas. El sacrificio del Hijo de Dios no alcanzó a tí. El viejo esclavo de Pompeya que debió de trazar, bajo tu imagen dibujada, en la pared, la inscripción de amarga ironía: *Trabaja, buen asnillo, como yo trabajé, y aprovéchete a tí como a mí me aprovechó*, dijo la desventura del asno pagano y del cristiano. De poco te valió estar presente en el nacimiento del Señor, ni, más tarde, llevarlo sobre tus lomos, en la entrada a Jerusalén, entre palmas y vítores. Ni mejoró en la tierra, ni, lo que es peor, se te franqueó el camino del cielo. A mí, este privilegio de la promesa de otra vida para el alma del hombre, con exclusión de la candorosa alma animal, capaz de inmerecido dolor remunerable y capaz también de una bondad que yo no había aprendido todavía a discernir de la bondad humana, porque aun no había estudiado libros de filosofía, se me antojaba un tanto injusto y me dejaba un poco triste. ¡Cómo! El perro fiel y abnegado que muere junto a la tumba del amo, acaso torpe y brutal; el león hecho pedazos en la arena infame; el caballo que conduce al héroe y participa del ímpetu heroico; el pájaro que nos alegra la mañana; el buey que nos labra el surco; la oveja que nos cede el vellón, ¿no recogerán siquiera las migajas del puro festín de gloria a que nos invita el amor de Dios después de la muerte?... De esta manera me acechaba la pravedad herética tras el retablo de Navidad»<sup>58</sup>.

Entre tanto, los veraneos se seguían pasando en la quinta de Santa Lucía. Los primeros viajes se hacían en ferrocarril hasta Las Piedras, y desde allí en diligencia. Pedro Leandro Ipuche recogió de labios de Isabel detalles de uno que dice haberse hecho en el coche familiar cuando José Enrique tenía cuatro meses de edad. Oigámosle:

«En cierta ocasión, rumbo a la granja de recreo, venían

pasando el Canelón Grande.

Algo les hizo gracia. Y se pusieron a reír fuerte.

El patriarca, recordando que solían aparecer forajidos en los pasos les ordena y advierte: Guarden silencio. Miren que andan matreros.

Aquella voz de padre catalán apagó la algazara. Y como Josesito tomara la posta de la risa con sus vagidos, Isabel le tapó delicadamente la boca, meciéndolo con las tonadas de cuna en uso.

La escena rodante nos da al benjamín con cuatro meses de edad en las faldas de la madrina»<sup>59</sup>.

El viaje en ferrocarril, con su continuación en uno de esos coches, era la primera alegría de estas salidas. Las largas llanuras y el ondular moroso de las cuchillas, verdes y blanqueadas por el nimbo velloso de la flechilla o amarillentas y terrosas si eran tiempos de sequía, se aspiraban, entre las ásperas ráfagas de humo, junto con el olor a campo. Hacían por momentos más intenso el atractivo el estruendo del puente y el agua del arroyo tajando el verde de la maraña salvaje, y las mil curiosidades a la vista del ganado, del rancho, del arado, del molino de viento, del zancadeo zigzagueante de una fuga de ñandúes, hasta que la duración del viaje iba haciendo poco a poco más monótono todo aquello, y el niño caía rendido por el sueño.

Se llegaba por fin a la quinta, y allí era la nueva vida. De día eran las alegrías a la vista de los pájaros, que le atraían con pasión: seguir su vuelo, extasiarse frente a la gran pajarera que había en el fondo, y era el divagar por el jardín, aspirando las flores, cortándolas, deshojándolas, observando la trayectoria de las hormigas, o eran los otros juegos sedentarios: modelar casitas de barro, acariciar a León, el perdiguero color chocolate con rabo de punta blanca, que a él lo prefería entre todos. Luego llegaba la hora de hacerse arrastrar lentamente por las calles del pueblo con los hermanos mayores, en el pequeño coche tirado por carneros. ¡Inocencia tierna de los lomos mullidos y redondos! De noche, sus miradas al cielo eran tan hondamente absortas, que cuarenta años más tarde podrá todavía exclamar:

«¡Oh, limpia estrella de Régulo!, la mayor y más hermosa del León, que cuando niño escogí por mía, mirando al cielo, al sentir por primera vez la preocupación del misterio; limpia estrella que desde entonces evocas invariablemente en mí la imagen de la ventana de donde te miraba, el trepar de una enredadera claudicante y la forma de dos manchas de musgo»<sup>60</sup>...

Y otras veces eran las salidas en break por el campo. Alfredo va a caballo en su petizo moro, pero José Enrique nunca aprenderá a montar. Cuando los paseos eran al río Santa Lucía, ¡con qué feliz embebecimiento gozaría el niño reposado y contemplativo el lento embeleso de viajar con los suyos en la balsa, sobre las aguas remansadas, hasta la orilla opuesta, donde el monte era espeso y casi virgen, y hundirse luego allí, en el frescor de la penumbra verde y húmeda!

\* \* \*

En 1879, a consecuencia de malos negocios en especulaciones, don José Rodó se verá obligado a vender su quinta. Y así acabarán los veraneos en Santa Lucía. En adelante, la vida del niño será ya exclusivamente en ambiente de ciudad. Pero guardará en las reservas de la memoria y del subconsciente, manando fuentes secretas para su sensibilidad estética, ocho años impregnados de naturaleza y de sol, y ocho años de sueños hundidos en el inmenso croar del silencio en las noches del campo, que entraba por la ventana abierta: en esa quejumbre sordamente crujiente y chirriante que tantas veces oyó jadear con sus mil pequeños silbos y soplidos entrecortados. Y en más de una parábola de su madurez hablarán los juegos del jardín lejano, y, más oculto, todavía, meditará el sosiego de sus noches.

Don Pedro José Vidal ha estado también algún verano en la quinta, alojándose en el cuarto de huéspedes. En la ciudad, el contacto del maestro con el niño sigue siendo asiduo, pero el horizonte mental del pequeño estudioso se ensancha cada día más por su propio desenvolvimiento interior al estímulo de lo que oye y ve en la vida de la casa, y, sobre todo, de lo que lee por su sola cuenta, en los aislamientos que busca quizás sin proponérselo, cuando se engolfa en aquellas ilustraciones, en los libros, los diarios y los papeles. Se le ve mucho callado, pensativo, sumido en sus adentros. Y sus juegos siguen siendo sedentarios y contemplativos: en la azotea remonta cometas, aquellas magníficas cometas, las más grandes de todas, que don Cristóbal gustaba regalar a sus sobrinos. Con la mirada prendida en lo alto, en el hilo que se alarga casi hasta perderse de vista, en los colores que van alejando cada vez más su alegría sobre la luz del cielo, la imaginación del niño tiene toda la holgura para hundirse en el infinito.

- V -

△▽

El niño pensador y escritor

El escenario de estos estudios y estos recogimientos ha cambiado. También la casa de la ciudad ha debido ser vendida en 1879, y la familia se ha instalado en una propiedad de don José Domingo Piñeiro, en la calle Pérez Castellanos<sup>61</sup> 120: en otra casa de altos, de azotea y sin mirador, como la que se acaba de dejar. La obligación de separarse de don Cristóbal, que alquila otra casa en la calle de los Treinta y Tres, más hacia el mar, es un motivo de tristezas, que la frecuencia de las visitas logrará apenas amortiguar.

El niño aspira ahora a ser periodista. Tendrá su diario: «-¿Como *El Ferrocarril*?», le pregunta su madre, para provocar una reacción que adivina, sabiendo que, compenetrado del ambiente de civismo principista que le rodea, repudiará el modelo que se le ofrece, de obsecuencia candombera al mal gobierno. «-No, como *El Siglo*, un diario serio!», exclama él. Y la repugnancia por la tiranía militar, que con Latorre había sido sombría y de terror para la seguridad personal del ciudadano pero constructiva en lo administrativo y austera en el manejo de las rentas, tomará en José Enrique Rodó una nueva perspectiva durante los períodos del predominio y del gobierno del general Máximo Santos, en que el despilfarro administrativo se pone al servicio del fausto oficial. Un Estado Mayor reluciente y cortesano, unos festines pantagruélicos, una escolta y un batallón de *compadraje* y de crueldad -el «Quinto»- que son el nervio pretoriano del poder, unos hacheros de híbrido exhibicionismo, entre francés y tropical, trajeados con altos morriones de piel, cueros de tigre y pantalones rojos con polainas blancas, eran los síntomas de aquel régimen, que no estuvo privado, sin embargo, en otros aspectos, como el que le precedió, de verdaderos alientos de progreso.

Aún no ha comenzado Santos a gobernar directamente por sí mismo, porque está haciéndolo todavía como Ministro de la Guerra bajo la cómoda y dócil máscara del Presidente de la República don Francisco Antonino Vidal, cuando José Enrique Rodó, niño de nueve años, entra en la crisis de la creación. Poco a poco empieza a quemarle la mente y la imaginación un fuego que le impulsa a escribir, que irá aumentando sin cesar hasta llegar a hacerse obsesionante y se adueñará definitivamente de su espíritu para no abandonarlo mientras viva. La vocación es impetuosa e inequívoca: José Enrique Rodó será escritor.

El anhelo periodístico, estimulado por el repudio de la mal disimulada tiranía, es el despertar de la vocación literaria del niño. Sus juegos preferidos serán, desde ahora, componer pequeños diarios manuscritos de oposición, divididos en secciones, con su editorial, su gacetilla, su revista de la prensa, su correspondencia, sus crónicas y variedades, todo dividido en columnas, y sin olvidar los anuncios, que a veces son ilustrados. Se conserva intacto y casi totalmente inédito el tesoro del enorme trabajo acumulado de este asombroso niño escritor desde sus nueve hasta sus catorce años: esa pequeña montaña de manuscritos, esos dos kilos de papel de los que nada, casi, se ha escrito ni hablado hasta ahora, porque nadie, salvo la familia de Rodó, conocía, hasta hace pocos años, su existencia. Y, sin embargo, estuvieron largo tiempo allí, en el mismo cajoncito de lata en que el amor materno los cuidaba, los doscientos cincuenta y dos pequeños diarios manuscritos, totalmente rellenos de caracteres casi jeroglíficos, de trazos finos, someros y muy desparramados. Porque no sólo no era conocida por los extraños la existencia de ese tesoro, sino que su lectura misma había sido casi totalmente imposible aún para aquellos que sabían de él, aún para los propios hermanos del escritor. Una imitación convencional del tipo de imprenta, en que se complacía el capricho del niño, se tradujo, en efecto, prácticamente, en un curioso alfabeto de signos semi herméticos, con cuyo sistema, casi constante por otra parte, es menester familiarizarse para descifrarlos. La emoción de este descubrimiento, el paso del deletreo a la lectura casi corriente, de las sorpresas triunfales al temor reverencial en este nuevo género de heurística, estaban reservados al autor de este libro. Pero todo el material, en el que ese convencional tipo de imprenta acabó por ser reemplazado por una letra cursiva que pretendía ser corriente pero que no es de menos torturante difícil lectura, por lo pequeña, apretada y descuidada, ha sido ya desbrozado. Espiguemos en él<sup>62</sup>.

¡Qué riquezas inauditas encierra! Toda la pedantería de la psicología infantil vulgar, todo el armatoste de los tests usuales, se estremecen y caen a su lectura. La medida de esta clase de súper-normales, que no son el manoseado niño prodigio de los prontos desengaños, sino el hombrecillo precoz, la seriedad precoz, la dignidad precoz, se adivina imposible, rompe todas las fórmulas, escapa siempre hacia arriba.

Desde el primer número de su primer diario, que lleva por nombre, como el de Carlos María Ramírez, que tomó sin duda por modelo, *El Plata*, y por indicaciones: febrero 2/1881, año I, n.º 1, 1.ª E, sus inquietudes dominantes son abstracciones morales y temas de orden público. Su artículo inicial, que se titula *Introito* y es brevísimo, espanta por la seguridad y la concisión con que plantea su posición en el problema que le obsesiona:

«El bando constitucional: eh ahí el bando del Plata diario que acemos hoy entrar a la arena del periodismo uruguayo.

El bien y la justicia será nuestro objeto supremo.

Y combatiremos El mal y todo lo que sea contrario al bien y la razón que será nuestro programa».

Sólo la ortografía peregrina, la ingenuidad del trazo de la pluma y alguna vuelta pesada de redacción, dentro de la seriedad de las ideas y la fundamental desenvoltura de la expresión, serían, si no bastara lo insospechable de la procedencia, capaces de disipar la inevitable incredulidad con que tiene que ser mirada la atribución de estas frases a un niño de nueve años.

Pero el lector acaba por habituarse y hasta por encontrar naturales, a fuerza de ser abundantes, párrafos y conceptos tan extraordinarios como estos, que aparecen ya en los días casi inmediatamente subsiguientes:

«Atrás, los viejos partidos, que es lo mismo que decir: atrás el crimen!» [...]

«Las revoluciones civiles son el fruto de los viejos partidos: los odios políticos y la confusión y desbarajuste de la patria. Y eso es lo que produce no unirse, no levantar la bandera de las instituciones; no aver unión, ni bien, ni justicia». [...]

«No le contesté entonces. Callaba y meditaba, pero hoy voy a contestarle y a publicar mis pensamientos».

Comentando un imaginario libro de un Dr. Candy creado por su fantasía, *Del Canadá a la Tasmania*, el estilo comienza a henchirse de rítmica elegancia:



«Repetimos: es una joya literaria. Bello libro para entretenimiento; útil para el geógrafo; de necesidad para el viajero la obra del Dr. Candy será siempre un modelo literario».

Es ésta la primera aparición de un motivo de literatura pura moviendo la pluma del niño escritor. Lleva por fecha 18 de febrero de 1881. Hasta entonces su preocupación casi única había sido política. Su primer verso, En el mar, que compondrá el 5 de marzo, no será sino una exaltación de la misma inquietud política: anatema a la dictadura y esperanza en la libertad. Es la despedida de un deportado, el Dr. Candy, en la que debe verse, como fuente indudable de inspiración, el relato, tantas veces oído en el hogar, del viaje de la barca *Puig*, en que fue infamemente deportado a La Habana, por la tiranía del año 75, un grupo de los mejores ciudadanos del país. Mucho ha debido hablarse en el hogar del niño de ese viaje de los principistas desterrados, desde los días mismos en que se consumó el atentado, y nuevamente varios meses después, porque a su regreso los deportados eligieron precisamente a don José Rodó para hacerle portador de una misión de singular belleza moral. Le dirigieron, en efecto, una carta en la cual le rogaban presentase a sus coterráneos catalanes los señores Puig, dueños de la barca, su agradecimiento por haber tomado éstos a su costa, en los días previos a la partida de la flotante cárcel, los trabajos de reparación que le permitieron llegar con felicidad a Charleston<sup>63</sup>, puerto en el cual desembarcaron al fin, y no en el de La Habana, al cual los había destinado inicialmente el tiránico gobierno. Precaución sin la cual la nave no habría tenido, acaso, las necesarias condiciones de navegabilidad, pues el rumor público aseguraba que, precisamente, se la había elegido por hallarse en mal estado, para que naufragase con su preciosa carga. Véase ahora el verso:

«Adios Montevideo-  
Adios querida patria-  
Un bruto tiranuelo-  
Nos hace estar aquí.-  
Pero oh mis compañeros-  
Consuélense- no lloren-  
Que algún dichoso día-  
emos de pisarte- sí!»

Las estrofas que siguen son aún más cojas que el final de esta primera. Falta aquí la soltura que había en la prosa. La mano del niño es todavía inexperte para el manejo de la materia nueva.

Y un nuevo devaneo literario, que asoma el 8 de marzo, en donde está la primera evocación de paisaje, tiene, no obstante su sentimiento poético, también un pretexto político. Es una descripción que hace el Dr. Candy desde la barquilla en que navega hacia el exilio:



«La luna rielaba en las plateadas ondas de la laguna.

Los pajarillos cantaban volando de rama en rama y el silencio de la noche mezclado con el ruido de las olas del frondoso mar y el canto de los grillos convertían aquello en un verdadero paraíso... en fin era tan hermoso aquel espectáculo que parecía ser nuestro consuelo en aquellas horas de profunda tristeza».

¿No es éste el influjo de Agustín de Vedia olvidando por momentos, hechizado por los cielos del trópico, en la cubierta de la barca *Puig*, el drama de su destierro?<sup>64</sup>

En estos números de *El Plata* de los nueve años, no todo son muestras de esa asombrosa precocidad. Mil menudencias baladíes, simplezas y chanzas inocentes, revelan bien al niño que no es un monstruo de madurez y de seriedad, sino que sabe también reír y retozar e incurre en repeticiones fastidiosas e infantiles desbarros. Pero los temas, con ser variados, no son todavía universales. El fuego central que todo lo anima es la propaganda a favor del partido constitucional y la execración de los bandos tradicionales. Es curioso que las inventivas del pequeño Rodó sean más frecuentes contra el partido colorado que contra el blanco, siendo así que su familia era colorada, como él mismo lo fuera en su más corta edad por el influjo del hogar, y como volverá a serlo desde muy pocos años después hasta el final de su vida. Y es esto mismo lo que explica en buena parte, si bien se medita, que se especializara, abundando en la crítica, en justificar por qué no quería ser colorado: esto tenía que demostrarlo con empeño porque era lo contrario de lo que reputaban natural y mejor aquellos que le envolvían con su cariño y con su ejemplo; lo contrario de lo que él mismo había admirado y querido hasta poco antes. En cambio, lo otro, no había por qué extenderse en razonarlo ni en ejemplificarlo: lo más lejano de su memoria le hacía saber que él no era blanco ni tenía por qué serlo, y aún mejor que él seguirían sabiéndolo los suyos. Su actitud crítica estaba determinada, además, por una sollicitación directa de los hechos: el partido colorado era el que estaba en el gobierno. De él dimanaba, pues, el mal concreto y actuante.

\* \* \*

El credo constitucional, de que venía haciendo profesión desde el primer renglón escrito de su primer diario, era la nueva fe del niño, el ideal revelado, el refugio seguro que se le ofrecía en medio de las zozobras de que se sentía rodeado. ¿Cómo no serlo para él si lo era ya, desde el año anterior, para los mejores, los más puros y más ilustrados talentos de la época, aquellos grandes discípulos de don Plácido -y aquí es donde puede medirse el árbol por sus frutos- de don Plácido, sí, a quien no contarían, con todo, en sus filas, porque él seguiría siendo colorado: José Pedro, Gonzalo y Carlos María Ramírez, Pablo De-María, Juan Carlos Blanco, Luis Melián Lafinur, José M. Sienna Carranza, Domingo Aramburú, astros de fulgurante y magnetizador influjo en cuya luz se embebecía?<sup>65</sup>

El desengaño había de ser tardío, y producido, no por culpa de estos cruzados del nuevo ideal, sino porque éste era ineficaz en aquellos momentos, y así veremos

explicarlo en 1898 al propio José Enrique Rodó en carta al doctor Domingo Aramburú que éste publicó<sup>66</sup>. Mientras tanto, en este 1881 en que nos habíamos instalado, el atentado, el crimen, los turbios negocios administrativos, las cínicas maniobras políticas, el gobierno de la prepotencia y la postración de la fibra cívica de la masa, venían haciendo crónico el estado de violación de la constitución en que se vivía, y el remedio del mal no podía ser otro que la restauración constitucional y la pujante entonación de la abatida conciencia ciudadana. Pocos, muy pocos, de los jóvenes de alta inteligencia, de saber y de honor (y, de esos pocos, dos, entre los colorados, Julio Herrera y Obes y José Batlle y Ordóñez, y uno entre los blancos, Eduardo Acevedo Díaz, cuyos nombres vendrán a mezclarse, con los años, o se han mezclado ya, a la historia de José Enrique Rodó), creían posible que esa obra pudiese surgir de la acción de los partidos tradicionales, agotados en la barbarie o en la corrupción, y en cuya capacidad de regeneración política parecía, por lo mismo, insensato esperar. Se buscó, pues, crear una fuerza nueva, y ella nació bien pronto con ardimiento de convicción y de pasión allí donde había cerebro y voluntad desinteresada, en magníficas minorías cultas, pero no logró arrebatar a las multitudes, por entonces casi totalmente analfabetas, y, donde no, ineducadas e ignorantes, y, por lo mismo, todavía incapaces de pensar, de sentir ni de obrar por ideología, por principismo, incapaces de pensar, de sentir ni de obrar sino por *blanco* o por *colorado*.

El niño pensador y purísimo tenía que estar, en cambio, no obstante sus nueve años, en las alturas de aquella convicción y de aquella pasión. Es con el fuego de ellas que escribe sus diarios, pero no con el realismo del periodista de verdad, sino con la ficción del niño, y, más aún, de un niño dotado de portentosa imaginación literaria. La realidad ambiente le sugiere un mundo de creación interior, que, no obstante, la refleja en su total sentido y hasta con absoluta precisión de detalles: un mundo oprimido por mandones y militarotes que insultan y atropellan, que invaden las imprentas, coaccionan al elector, derrochan la hacienda pública en su provecho y se regalan con opíparos banquetes sin cuidar del atraso del pago de los maestros y las viudas. Los tiranos imaginarios, presidentes o ministros blancos y colorados, comenzarán a sucederse vertiginosamente, desde ahora en adelante, en la mente del niño: Goods, Jorge Washington, José A. Silva, Torino, Godoy; habrá una tregua de buen gobierno en abril de 1881, y la serie proseguirá con Beks, Goshnel, con retornos de alguno anterior, hasta que tres o cuatro años más tarde llamará al fin a Santos por su nombre...

Frente a los dictadores de ese mundo oprimido están los ciudadanos dignos y cultos, los tribunos del pueblo, alguna vez proscriptos y perseguidos. Son ellos quienes organizan las fuerzas de la resistencia activa y elaboran ideales de justicia y de progreso. (José Enrique Rodó les pondrá por nombres, cómo a sus tiranos, los que sus hermanos mayores daban a los juguetes, o los de personas reales que hubiesen sorprendido a su curiosidad, e irá inventando la geografía de esta ilusoria región: además del Montevideo y el Salto de la realidad, habrá un Monte Caseros que no es el de la historia, un Arrabal, un Grande, una civilizada Selva Virgen, unas islas Yaguarí...). Las psicologías de los personajes de bien, con los cuales convivirá toda su infancia y que comienzan a ir apareciendo desde ahora, son simples. El Dr. José Eugenio Candy, el deportado que no tarda en repatriarse, es el espíritu más rico y vario. Es el primero de todos, aquel en quien el niño ve realizados sus propios anhelos de perfección, prefigurándose sin duda en su edad adulta, abogado, periodista, dirigente político, modelo de civismo, literato, poeta, en un autorretrato inconsciente e ideal, que en buena parte los años habrán de realizar de verdad, magnificado hasta lo inverosímil: es el director de *El Plata*, es decir,

el autor de los pequeños diarios manuscritos... Los otros ciudadanos del bando de los buenos, todos ellos, por consiguiente, también constitucionalistas, Carlos M. y Víctor Candy, hermanos del anterior, Ossorio, Guido, Garibaldy, Pedro y José R Conejín, Diego García, Zoze, Carcolló, Caracciolo, son almas de una sola faz, que accionan de un modo casi constante: Zoze es el naturalista, Diego García el literato... Todos colaboran en *El Plata*.

Se reconoce claramente, a través de los cambios impuestos por el infantil capricho, en el trío inventado de hermanos notables constituido por José Eugenio, Carlos M. y Víctor Candy, dentro del cual, y en el sitio del primero, se ubicaba el niño, al verdadero que formaban, en orden decreciente de edad, José Pedro, Gonzalo y Carlos María Ramírez. Sólo el nombre de Gonzalo aparece totalmente sustituido por otro bajo el nuevo apellido común. Y si el del primero de los imaginarios remeda, a la vez que, notoriamente, el suyo propio, y, más disimuladamente, el de José Pedro, el de Carlos María quedó intacto, aunque la dilección de *El Plata*, que, como hemos visto, ejercía éste en la realidad, corresponda en la ficción al primero, con su nombre un tanto alterado para aproximarlo, por la segunda de sus iniciales, al del pequeño periodista.

Por lo demás, es patente, en el léxico y no solamente en la tesis, que la influencia de Carlos María Ramírez sobre el impúber José Enrique Rodó de entonces no procedía solamente de la propaganda que el eminente publicista realizaba desde las columnas de *El Plata*. Venía ya de las páginas ardientes y severas de su impactante folleto, al que nos hemos referido ya más lejos, La guerra civil y los partidos.

Oigamos la voz del Dr. José E. Candy en un discurso que es representativo, por la amplitud con que están expuestas las ideas del pequeño Rodó y por ser quizás lo más enjundioso y serio del pensamiento y del estilo de sus nueve años, aun cuando pueda reconocerse en él, hurgando en la prensa de la época, la fuente de donde proviene tal o cual párrafo que se ha deslizado intacto con su redacción de origen:

«Como Presidente de la Comisión nombrada para presidir el Partido Constitucional es mi deber pronunciar unas frases de aliento a la patriótica obra que hemos emprendido (aplausos). Los partidos tradicionales tienen la culpa de que vayamos soportando las sangrientas tiranías durante los últimos 12 años. El Constitucional es el que viene hoy joven pero decidido a levantar una bandera estropeada durante muchos años: la bandera del bien y la justicia!!... (aplausos, vivas, murmullos) aliamos reunidos en el Partido Constitucional: entre los abogados los mejores: Gambetta, Ossorio, y otros. Entre los que siguen la carrera militar sucede otro tanto=Fichena, Campos, etc. Y mientras tanto ¿quienes son Torino, Amarillo etc. que figuran en la 1.<sup>a</sup> fila de los partidos tradicionales (aplausos). Y esta es la única clase de gente que en ellos existe: la chusma y el caudillaje. Queremos, nosotros, hacer revivir aquellos gloriosos días en que todo el pueblo iba a las plazas públicas y todos los defensores del bien y la justicia, se confundían en las olas populares: los patriotas de junio. Y los patriotas de junio están retratados en los patriotas de agosto (aplausos, vivas,

fuertes aplausos). Decía yo al caso en las columnas editoriales de *El Plata* del 22 de febrero: las revoluciones civiles son el fruto de los viejos partidos: los odios políticos y la confusión y desbarajuste de la patria y eso es lo que produce no unirse, no levantar la bandera de las instituciones; no haber unión, ni bien, ni justicia». Eso lo decía ayer, y eso es lo que vuelvo a repetir hoy.

Don Enrique José García, que apesar de su CORTA INTELIGENCIA... (aplausos y vivas) ha comprendido que no deben existir los viejos partidos, se ha unido después de estar años y años sosteniendo con sus manos la bandera colorada llena de errores y manchas que estarán escritas no con tinta sino con sangre en una página de la historia patria. A D. Julio Beks y Ekis le sucede lo mismo. Y otro tanto a su padre D. Juan Carlos Beks que más de una vez juró ser nada más que colorado (aplausos). Volviendo a tomar párrafos de mi artículo de febrero diré que el partido de las instituciones libres es el de la paz y la libertad de la Rea, como que los partidos tradicionales los son del mal de ella y violando la Constitución y el bien ponen en el sillón presidencial sea el ladrón sea el asesino. Lo que dije en febrero se cumplió en marzo= pusieron de Presidente a Juan Beks hombre oscuro y sin antecedentes y ese gobierno lo ataca como que era colorado Enrique García!! Y antes en *el Patriota* de estos últimos meses lo elevaba a los cuernos de la luna. Esto hace creer que algún interés lo hace ser constitucional. D. Julio Beks y Ekis fué constitucional D. Enrique García cuando salió de este partido... (aplausos, vivas, murmullos, felicitaciones) lo aplaudía y hoy ambos son constitucionales!!... ¿Qué hombre honrado procede así?... (vivas) Quiere decir que el Sr. Beks fué constitucional, fué colorado y ahora en el día - qué?... ostenta otra vez la divisa constitucional!!... Pasemos ahora a el partido blanco= Torino: su principal miembro bastante nos oprimió!!... (aplausos) mientras los blancos decentes, pocos, por cierto, se han unido: Víctor Marengo, Pedro Gómez, G. Méndez, A. M. Fichena!!... (aplausos y vivas). Seguía yo diciendo en febrero sobre este partido: que tanto el blanco como el colorado tienen sus errores.

Queda avierta la sesión. He dicho. (Aplausos, vivas, felicitaciones, fuertes aplausos!!...)>».

El crecimiento del espíritu y de la cultura del niño va quedando estampado en los pequeños diarios que, sin cesar, continúa componiendo a lo largo de su infancia. No oculta lo que escribe, pero tampoco se ufana de ello y ni siquiera lo muestra a sus padres ni a sus hermanos. Menos aún les consulta dato alguno, pues prefiere buscar por sí solo

todo el saber que necesita para documentarse, manejando cada vez con más seguridad los libros, las revistas y los diarios.

En abril de 1881 aparece el primer tema americano: la tiranía de Francia en el Paraguay y su sucesor Carlos Antonio López. Al mes siguiente José Enrique revela haber leído con entusiasmo *Atala y René*, y llama «inmortal cantor del cristianismo» a Chateaubriand. A los diez años recién cumplidos -20 de julio siguiente- vuelve a mostrar su preocupación americana celebrando el aniversario de Colombia; y el mismo día, para escarner a los situacionistas, que pisotearon la libertad, cita la frase de Mme. Roland. Menos de tres meses después transcribe una estrofa de Espronceda, y los primeros asomos de crítica literaria sobre materia verdadera se ensayan ingenuamente: en unos *Diálogos* que sirven para hacer el paralelo entre las obras de Lamartine y las de Hugo, y en el comentario de una imaginaria antología americana en la que figuran Gertrudis Gómez de Avellaneda, Bartolomé Mitre y Ricardo Palma, a quien el capricho del niño atribuye unas coplas cuyo rancio sabor del siglo XV es demasiado conocido para que pueda suponerse que la atribución haya sido creída de verdad.

\* \* \*

En marzo de 1882 ingresa a la escuela Elbio Fernández<sup>67</sup>, el primer establecimiento laico de enseñanza primaria que existe por entonces en el país: es la fundación modelo de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, que en una casa holgada de la calle Dayman (hoy Julio Herrera y Obes), acera oeste, entre Uruguay y Paysandú, conserva y acrecienta el movimiento renovador de José Pedro Varela.

Tiene diez años, pero su matrícula, que lleva el número 27, indica una edad de nueve. ¿Venía ya de antes este error? Hay que suponer más bien que se trate de una confusión del momento, padecida por su primo Luis E. Piñeiro, que en su condición de miembro de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular se ha ofrecido sin duda para hacer la presentación del niño en la escuela, pues figura en una inscripción, aunque él también con un error, recaído esta vez en la inicial del segundo nombre, como la persona que lo tiene a su cargo, hasta que una segunda anotación, hecha en otro libro, pone las cosas en su verdadero sitio indicando como padre del pequeño a don José Rodó<sup>68</sup>. Pero de todos modos es curioso señalar que, desde entonces quizás, y, con seguridad durante todo el resto de su vida, José Enrique Rodó creerá que tiene un año menos que su edad real.

La clase B, a la cual se le destina, corresponde al segundo año de estudios, y está a cargo de la señorita Ángela Anselmi, que dirige al propio tiempo la escuela. ¡Oh, con qué lúcida nitidez supo captar entonces ella a su alumno en su totalidad para hacerle revivir en el recuerdo, medio siglo más tarde, con calor de realidad presente! Doña Ángela Anselmi de Laborde volverá a ver todavía en su memoria, reconcentrado en su interior y absorto, al niño rubio, pálido y muy blanco, flacucho, alto y de piernas delgadas, de aspecto fino y delicado. Ella iluminaba, todavía entonces, los mejores fuegos de su expresión vivaz y fresca, bajo su blanca aureola de abuela dulce y sonriente, al evocar animadamente, con su decir fino y espontáneo, al escolar extraordinario. Era vehemente al afirmar que José Enrique Rodó era el mejor alumno que haya tenido en su vida, habiéndolos contado muy notables. Recordaba con amor al niño callado, quieto, que parecía no atender en la clase, cuando de golpe se levantaba, pedía la palabra, y exponía sus ideas para ampliar o refutar; recordaba su enorme

memoriación en geografía, su poca vocación para la aritmética, que, no obstante, comprendía bien; recordaba el día en que Quintino Bocayuva, el gran republicano y periodista brasileño, visitó la escuela y quedó pasmado escuchando a aquel niño de diez años que sin previa preparación respondió amplísimamente a cuantas preguntas quiso hacerle sobre el Brasil, ocasión que fue -confirmaban las hermanas de Rodó- para que el pequeño fuese más tarde premiado en el colegio con mate; recordaba cómo, cuando irrumpía en el aula un examinador e interrogaba algo que a todos los dejaba callados, se ponía de pie José Enrique Rodó, contestaba y sabía refutar con convicción, escuchaba con reposo las réplicas e insistía, explicando y razonando serenamente; recordaba cómo la incredulidad de uno de esos examinadores, a quien leyó una composición, que acababa de hacer y parecía imposible fuese obra del niño, se rindió ante las pruebas que éste dio de ser su autor, superando con demostraciones las objeciones y dificultades que se le pusieron para hacerle ahondar en el tema; recordaba que esas composiciones eran las más extensas de cuantas hacían los escolares; cómo descollaba en los asuntos morales y patrióticos, unas veces impuestos y otras libremente elegidos; recordaba que la más extraordinaria, quizás, fue una que hizo sobre la caridad. Y decía que aún las conservaría en su poder, devotamente, como las tuvo hasta hacía algunos años, si el rodar de las cosas no la hubiera obligado a destruirlas, porque el desgaste del papel las había vuelto ilegibles<sup>69</sup>.

Pero los pequeños diarios de esa misma época sirven para hacernos saber cómo debían ser esas composiciones. Volvamos, pues, a ellos.

En el curso de los meses, la nota de política doméstica va dejando de ser la predominante; crónicas de teatro y comentarios de mil sucesos hacen inmenso el panorama que abarcan los escritos del minúsculo periodista. Tiene ahora once años; pero el fiar alguna vez estas cosas a la memoria le hace padecer trabucaciones que denuncian su corta edad. Llegará, aún bastante más adelante, a llamar a San Martín «Héroe de Ayacucho y de Junín», a asegurar que los aztecas eran incas, a confundir a Moctezuma con Maximiliano. ¡Felices errores, porque confirman la autenticidad de estos papeles! No obstante, desde ahora mismo, esta infantil miscelánea periodística va dando un revuelto reflejo del mundo, con todas sus inquietudes: la política internacional europea y americana comienza a ser seguida en muchos puntos paso a paso, y es curioso confrontar las fechas de sus diarios con las de los sucesos de la realidad, y poder comprobar cómo coinciden, cómo ellos iban, de verdad, impresionando el espíritu del niño.

Los remesones de la duda, aquellos que el asno del retablo comenzó a poner en movimiento, le han ido socavando en lo hondo de la zona religiosa. Su labor demoledora sigue haciéndose en la sombra, pero por momentos la grieta queda abierta en lo claro de la conciencia. Súbitamente estalla su anticlericalismo. En un mismo día, el 18 de octubre de 1882, escribirá dos sueltos para darle expansión, en uno de los cuales arremeterá contra «los cuervos, la gente negra, los clérigos», que «gritan desde las columnas de su órgano diciendo que les dan poco dinero en el presupuesto». (El pequeño Rodó ha inventado un diario, *La Fe*, para polemizar con él sobre religión). Más de una vez declara palmariamente su racionalismo. Otro día, sin pronunciarse en materia de dogma, disputa sobre enseñanza laica, defendiéndola para las escuelas del Estado, porque no considera justo que los que no profesan creencias religiosas o las tienen diversas de la católica sean obligados a contribuir al sostenimiento de ideas contrarias; pero con amplia tolerancia admite que la religión sea enseñada en colegios

privados... No es osado atribuir a la influencia del ambiente laico de la Escuela Elbio Fernández la iniciación de estos procesos espirituales.

Su pluma se agiliza. Son unos trozos de novelas, donde el diálogo tiene cierta animación y se adivinan argumentos de intriga; o es un filosofar sobre el tiempo, «la cosa más rápida que se ha conocido» pero también «la cosa más calma que se ha visto», aquella que todo lo trae y todo lo lleva, las alegrías y las penas... O son unas poesías amorosas, no se sabe si sentidas de verdad por inspiración de alguna pasión precoz, pero, en todo caso, ya rítmicas y plásticas:

### A...

«Son tus ojos clarísimas estrellas  
hebras de oro parecen tus cabellos  
tu cutis fino cual el terciopelo  
y son tus dientes que el marfil más bellos.  
Sólo una cosa tienes fea, niña,  
y ésa es el alma de Luzbel que tienes.  
¿Por qué Dios al dotarte de hermosura  
no dio a tu alma del rostro la dulzura?».

Su alma logra a veces el momento de gracia en que, casi despojada de ataduras, vierte en su prosa todavía añorada la fluencia de poética meditación del venero naciente: morosa y ya casi densa, como un anuncio de la que andando los años cuajará en los ensayos y las parábolas. Son de tales momentos «El Sol», compuesta en octubre de 1882, y «Noche de luna», dos meses posterior.

### «El sol

Abandono hoy para juzgarte, la lira en que te canté ha tiempo. ¡Oh, sol! Lámpara que nos alumbras, estufa que nos abrigas, beneficiosa estrella que nos proporcionas todas las bellezas de la Naturaleza, todos los elementos necesarios para nuestra vida! Y no solamente de la nuestra -de los vegetales también- la savia no correría por el tallo, la raíz no regalaría a sus compañeras los alimentos, la semilla no germinaría, en una palabra no existirían tampoco las bellas plantas, sin tu auxilio brillante y benéfico sol! [...]

Cual la Naturaleza muerta y horrible del invierno polar

serían nuestros veranos tropicales, si tú no les proporcionaras el verdor, la vida y la belleza!

Cual el aspecto horrible del alejado Neptuno, sería el vago retrato de tu aspecto de la tierra, si tú no formarás los bosques, no dieras vida a las lindas lomas y las dilatadas llanuras.

Sin tí, sol, tampoco existirían los ríos, sin tí no se contemplarían los espectáculos imponentes de tu aparición y entrada, ni los diferentes grados porque pasan antes de ser de noche o día y que tienen el nombre de crepúsculos.

Sin tí, en fin, no habría nada de lo bello que existe en nuestro astro y todo lo horrible, y monótono que se pueda pensar! [...]

Qué bello es contemplarte cálido astro, cuando venciendo la oscuridad apareces en el horizonte o cuando declinas tus rayos hundiéndolos en el mar!

¡Qué bello es ver como caes y como te levantas siempre grandioso e imponente como el soldado que vencido o vencedor da muestras de su valentía!

Tú también bello y benéfico sol enseñas al hombre cuan ínfimo es! Cuando se atreve a levantar la cabeza para contemplarte tu brillo se la hace bajar, como diciéndole: "Atrevido mortal! tú eres demasiado ínfimo para apoderarte de los secretos [...] <sup>70</sup> [...] Pero se los <sup>71</sup> [...] al sabio, en premio de haber inventado el telescopio y tantos instrumentos útiles de la Humanidad".

Como vemos, pues, el sol es también un pensador».

### «Noche de luna

El cielo no puede ofrecer espectáculo más bello: la luna destácase sobre un fondo azul con su séquito de plateadas estrellas que forman grupos más o menos grandes y algunos tan apeñuscados que ofrecen la vista de una nube blanca. Allí, Venus esa viajera de las noches de verano, que parece el page del sol; pues aparece con él y anuncia, apareciendo, su entrada. Más allá las 3 Marías rodeadas de puntos luminosos, estrellitas de la menor magnitud visible. Y más para acá Neptuno brillando con una luz dorada e intensa, acompañado de una mancha blanca, reunión de estrellas tan pequeñas y reunidas que forman una constelación.- Y si se toma un



telescopio? Lo bello pasa a la categoría de precioso. Lo admirable a la de increíble. Qué confusión de Mundos, qué aglomeración de satélites, astros, soles, estrellas, constelaciones, planetas, mundos y lunas!- El cielo deja de ser azul.- Es más bien plateado -tanto es el número de estrellas.- Y si miramos a la tierra?- Otro espectáculo grandioso: un bosque lleno de murmullos, de ruidos, de melancolía. Los árboles mezclados con los pájaros y estos con las serpientes. Estas con los insectos que lo están con los más imperceptibles zoófitos.- Todos que buscan vida: alimento, habitación devorándose mutuamente.

Un arroyo desliza sus aguas sobre los arboles de ese bosque y su corriente suave y dulce arrastra las hojas secas de los arboles y los cadáveres de los animalitos ahogados.

Y en lontananza una colina cubierta de un manto de esmeralda que se presenta con sombras más o menos oscuras, cuanto menos o más las alumbra los rayos pálidos de la luna.

Y en medio de todas esas admirables obras de la Naturaleza, bajo yo la frente y considero la inferioridad del hombre en medio de ellas».

Con semejantes riquezas dadas ya en el espíritu, y en trance de incesante germinación, es llano que fuese él quien mereciese, al final del año, la medalla de plata correspondiente al mejor alumno de la clase. Ella siguió testimoniándolo muchos años más tarde todavía desde el reposo polvoriento del cofre familiar. Por otra parte, la señorita Ángela Anselmi había hecho respecto de José Enrique Rodó una anotación especial, que ningún otro de sus discípulos mereció entonces: «Este niño se ha distinguido todo el año no sólo por su buena conducta, sino también por su aplicación»<sup>72</sup>.

Comienzos de 1883. Antes había ensayado ya un paralelo entre la literatura francesa y la italiana. Ahora da una noticia de «la literatura del mundo», en la cual el autor se declara atemorizado por la magnitud del tema. Menciona en ella a Lamartine, Hugo, Voltaire, Mirabeau, Calderón, Larra, Cervantes, Dante, entre los europeos: y, pasando a los americanos, luego de exaltar a José Eugenio Candy, son citados Avellaneda, Mármol, Mitre, Palma, Montt, Vicuña, para terminar con una invocación profética al triunfo de las letras en América «que han de librarla del yugo ignominioso del tirano».

Es de estos mismos días otro momento de quieta meditación poética, dada en forma de verso: «La gota de agua y la arenilla». Lo infinitamente pequeño y la amistad -forma de amor- son concebidos y sentidos ya aquí como fuerzas creadoras: modalidad de pensamiento que será tan netamente rodoniana con el andar de pocos lustros más.

## «La gota de agua y la arenilla

En medio del Atlántico oceano -una gota de agua se encontró- con una arena que hasta allí llevaron- las olas que formara el aquilón.

Juntas vivieron de la mar en fondo- sin que nada turbara su amistad.- Pasaron años y pasaron siglos- y nada vino a interrumpir su paz.

Las olas a su lado conducían- otras gotas de agua, otras arenas.- Y al cabo de años, lustros y hasta siglos eran ya tantas que formaron islas.- Y luego éstas grandes continentes.

¡Oh, noble, y santa amistad -cuán grande es vuestro poder- que haces lo que humilde ayer- hoy de ser grande capaz!».

\* \* \*

En febrero de 1883 entra en la clase C<sup>73</sup>, y dejará de su paso por ella una huella imborrable. No importa que casi medio siglo más tarde, en 1927, el correr de los tiempos hubiese alterado algunos datos en al memoria del viejo profesor de matemáticas don José Gugliucci, que fue su maestro en aquella clase, haciéndole ver «negrísimo» el rubio cabello de su alumno y referir a 1881 los hechos de 1883; no importa que el viejo profesor sólo haya destacado entonces en el recuerdo, como rasgos notables del pequeño, que «en la composición brillaba al par de los mejores»: ¿no había escrito él mismo diez años antes, teniendo más cercanas las impresiones que rememoraba, que en la escuela José Enrique Rodó «fué siempre primero entre los primeros»?<sup>74</sup> Y, con todo, la misma evocación hecha en 1927 por Don José Gugliucci es precisa en otros puntos:

«Ahí, en el fondo de la clase, en el último banco, por él mismo elegido, estaba el niño José Enrique Rodó. Bien trajeado, meticulosamente ceñido el cuello almidonado, el cabello negrísimo siempre perfumado por cariñosa mano materna. Silencioso pero nunca rebelde. Parecía vivir sin ambiciones, modesta y oscuramente. Las distinciones que merecía las aceptaba como una molestia [...] Debido a su carácter cerrado, no manifestaba lo que en su interior se ocultaba. En la resolución de los problemas aritméticos era lento, produciéndole fugitivos disgustos. Acertando no se inmutaba su semblante por cierto, regocijo inherente a los niños. Siempre sereno, calladito, impenetrable [...] Si alguna vislumbre se notaba en sus ojos, esto acontecía cuando, hablándose de Grecia geográficamente, se acoplaba un hecho histórico o biográfico. Me pedía a menudo consultar el Diccionario Biográfico que siempre me acompañaba en la

mesa de clase»...

Y el viejo profesor explica luego a su manera el hecho, que bien recordaban todavía, en ese mismo 1927, los condiscípulos del pequeño alumno, de que éste «casi nunca jugaba», porque, estando como absorto en sus meditaciones, no se interesaba por los juegos. Le era de tal manera indiferente la algazara infantil, estaba tan ausente en medio de ella, que por más que «todos los niños eran sus amigos», que «todos lo estimaban», «nadie quería jugar con él» porque en los juegos «siempre había que repetirle dos veces la misma cosa para que comprendiera»<sup>75</sup>. Era la defensa automática de una mente que no quería desviarse del curso de sus pensamientos. De ese modo, sin proponérselo quizás, lograba que le dejaran solo, durante los recreos, en el salón de clase, entregado a pensar, a leer y a escribir.

El rendimiento de estos momentos de su espíritu vale para compensarle todos los ratos que robó entonces a los saltos, las rondas y el bullicio, porque la huella más profunda del paso de Rodó por el colegio ha quedado, precisamente, en papeles escritos en tiempos de la clase C. El niño introduce desde ella en la Escuela Elbio Fernández la novedad de los periódicos infantiles. Su juego preferido se hace ahora más serio porque adquiere publicidad y es ejemplo que cunde. Busca, además, generosamente, la colaboración de otros, y su modestia hace que, siendo él quien enseña en algo que es lo suyo propio, ocupe muchas veces lugares secundarios.

El primer periódico que se publica en la escuela se titula *Lo cierto y nada más*, y está litografiado con hermosa caligrafía cursiva, que no es la de nuestro niño y que anuncia: «Redactores J. Rodó, J. Colinas, M. Beretta»<sup>76</sup>. Lleva la fecha del 27 de marzo de 1883. Rodó tiene once años. Milo Beretta, que siente ya ansiedad de pintar el paisaje nativo con su luz, su atmósfera, sus tonos vivos y auténticos, como tan finamente llegará a hacerlo más tarde, mira con su pupila de plástico lo que Rodó traduce a ideas o busca poetizar. Durante el curso del año próximo, cuando estudien con don Jeremías Panizza en el aula de los altos, mientras uno esté concentrado sobre el banco de clase, el otro mirará por el ventanal del fondo las movientes escamas luminosas que hace el agua en la bahía. Pero desde esta misma clase C, y aun cuando su amistad venía del año anterior, los dos niños serán inseparables por todo el resto de la infancia. Estudian alternadamente el uno en casa del otro. En el refinado ambiente doméstico; sobre el patio de roja baldosa de la escuela; o entrando desde éste, por la primera puerta de la izquierda, al sencillo salón de clase, Beretta ve a su compañero, alto, flaco, algo caído hacia adelante, con los brazos flotando sobre el aire con movimiento de vaivén, como los remos en el agua. Admira su inteligencia, su enorme amor a la lectura y lo correcto de su lenguaje, circunstancia que encuentra aún más notable en Rosarito, Isabel y Julia Rodó, a quienes gusta grandemente escuchar. José Enrique le confía muchas veces su preocupación por escribir bien, pero él prefiere ilustrar los diarios en que colaborarán desde entonces, y atender sus secciones de charadas y logogrifos. En este primer número no hay nada nuevo que señalar para los que conocemos los dos años de periodista inédito que llevaba ya José Enrique Rodó. Buena parte del material está dedicado a polémicas con otros diarios infantiles, que, antes de publicarse éste, circulaban manuscritos en la escuela, al influjo de nuestro niño. La poesía «Espero», que aparece ahora con su firma, había sido insertada antes en *El Plata* bajo la de Diego García: es una nostalgia de emigrado, y aunque de menos sazón artística que otras que

había logrado ya en meses anteriores, merece ser transcripta, por ser la primera producción literaria que publica Rodó, y por haber quedado los ejemplares de la época prácticamente ignorados hasta hoy.

## Espero

«En medio del desierto  
está el hermoso oasis  
que al viajero descanso presta  
satisface su miserable hambre  
y su insaciable sed.

En medio a la tormenta  
cuando en la mar desátase  
y a la infeliz barquilla  
las bravas olas baten,  
el faro entre las brumas  
el navegante vé.

Lo mismo yo, de mi patria proscrito,  
a días placenteros  
vislumbro con afán  
en que las dulces ondas  
del magestuoso Plata  
a sus hermosas playas  
feliz me tornarán».

Las inversiones son violentas, y hay algún verso mal medido, pero no importa: es un niño de once años que aparece ante el público mostrando verdadera imaginación poética, y, a través de una sucesión simétricamente ordenada de simbólicas evocaciones, sostiene una unidad de sentido, de carácter más intelectual, sin duda, que ensoñado, pero que es traducción de un sentimiento. En las tres imágenes, en efecto, hay siempre una situación de angustia y la confianza en un refugio salvador, y es esto lo que da toda su fuerza a la tercera, que condensa el estado del poeta. La edad del escolar hacía increíble que él fuese el autor de esos versos, y hubo, así, quienes llegasen a acusarle de plagio. La respuesta indignada de José Enrique estalló en el tercer número del periódico: «Desafío a esos calumniadores a que presenten las pruebas de sus infundados insultos»...

En el segundo número comienza la inserción de un largo artículo sobre Franklin, que continúa en el tercero, y que ampliará y retocará hasta hacerlo casi enjundioso y orgánico en el inicial de otra publicación, más seria: *Los Primeros Albores*, en que

también trabajan juntos los dos amigos. Su portada, en efecto, luce así: «*Los Primeros Albores*. Periódico quincenal. Alumnos de la Escuela Elbio Fernández (Clase C). Director F. Herrera. Redactores J. Rodó y M. Beretta. Administrador F. Guglielmetti (hijo)»<sup>77</sup>.

La nueva hoja, que es impresa, nace el 18 de julio de 1883: el material del primer número ha debido ser compuesto, pues, necesariamente antes del 15 de ese mes, en que cumplió Rodó sus doce años. Es, pues, todavía labor de los once. Y, ésta, sí contiene valores de enorme importancia. El niño ha cuidado su trabajo como hasta ahora no lo ha hecho, porque empieza a sentir la responsabilidad de la letra de molde. El editorial, que firma *La Redacción*, y que, por si no bastaran para denunciarlo las ideas y el estilo, Beretta reconocía, además, ser de Rodó, es quizás el germen de *Ariel*: se habla ya en él, en efecto, del progreso moral e intelectual de la juventud, de llevarla por medio del estímulo, al amor al estudio y al trabajo; por medio del entusiasmo, a la senda del bien y de la educación. Y todo su sentido de progreso, de germinación, de adelanto insensible ¿no será, todavía, la célula infantil del reformarse es vivir de *Motivos de Proteo*? Oigámosle, en su pura e inocente gravedad.

### «Lo único que ambicionamos

Al publicar nuestro infantil periódico solo nos impulsa el deseo de cooperar, si es posible, con nuestros débiles esfuerzo sal desarrollo del progreso moral e intelectual de la juventud; haciendo germinar en ella por medio del estímulo, el amor al estudio y al trabajo; haciéndola adelantar insensiblemente por medio del entusiasmo, en la senda del bien y de la educación.

No se crea que al lanzarnos en la carrera del periodismo abrigamos ideas ambiciosas que harían recaer sobre nosotros la burla y el ridículo, nuestras aspiraciones son modestas, pues comprendemos la insuficiencia de nuestros conocimientos y de nuestra edad; pero esperamos que nuestros esfuerzos nos hagan dignos de ocupar un lugar, más ínfimo y modesto entre nuestros colegas infantiles.

Como somos niños todavía, esperamos que nuestros lectores tendrán indulgencia para con nosotros por los errores que podríamos cometer; pues si los sabios mismos se equivocan y muy frecuentemente, ¿como no equivocarnos nosotros que recién pisamos los umbrales de la ciencia?

No concluiremos sin enviar antes un atento saludo a nuestros amables colegas, esperando se dignen honrarnos con su aprecio, cumpliéndose así nuestros deseos».

Del artículo biográfico sobre Franklin se destacan ya, en el comienzo, estos párrafos, que dan, por el ritmo de la frase y la madurada comprensión, ordenación y jerarquización de las ideas, un anticipo inconfundible de la voz del futuro Maestro:

«Entre los hombres que más profundas huellas han dejado de su paso por este mundo se encuentra el célebre norteamericano Benjamín Franklin. Pocos hay que como él hayan reunido a la austeridad del ciudadano, el talento del publicista y la ciencia del sabio. Nació Franklin en la ciudad de Boston en el año 1706».

En el segundo número publica *El centenario de Bolívar* que transcribe Víctor Pérez Petit en su *Rodó*<sup>78</sup>. Es bueno reproducirlo aquí por salvar las erratas con que aparece allí, y que el niño se apresuró a denunciar en el número tercero, que no ha sido conocido hasta ahora:

«El 24 de julio de 1883 será un día glorioso en los anales de la historia americana, historia que consignará en sus paginas el justo regocijo con que los pueblos, los pueblos del nuevo continente acudieron en ese día a celebrar en masa el centenario del prócer de su libertad el inmortal Bolívar.

Los inspirados acentos del poeta, las dulces armonías de la rima se unieron en ese día con las palabras elocuentes de los oradores, para agregar nuevas flores a la brillante diadema que ciñe la frente del valeroso héroe de Junín.

Estos tributos pagados por la posteridad al guerrero más grande de su siglo, son honrosos, no sólo para él, sino también para los que los dirijen; pues prueban que el reconocimiento es un sentimiento innato en el corazón de los que se honran en llamarse sus descendientes; de los americanos en fin.

Sin embargo, ¿quedarán con esto suficientemente pagados los esfuerzos del inmortal libertador?

Creemos que no.

Celébrese en buen hora los festejos tributados a su memoria; pero no basta esto. Continúese la obra por él comenzada -no se desperdicien sus esfuerzos- límense, en fin, los hierros que aún sujetan a varios pueblos de la América, esclavos todavía de la dominación de un poder extranjero, y entonces podremos decir: «Hemos pagado a Bolívar la deuda con él contraída. Sigamos bendiciendo su memoria».

*Los Primeros Albores* terminan con el número tercero; el artículo sobre Franklin queda inconcluso en él. Pero Rodó ha compuesto en la escuela otros periódicos manuscritos: con Beretta y algún compañero más de la clase C, *La Democracia*, *El Defensor* y *El Pampero*; con Federico Morató, *El Patriota*; como único redactor, *El Ideal*, satírico-burlesco, en verso, para detractar a Artigas, de quien se muestra en un principio contrario en absoluto, aunque muy luego aparece dispuesto a esperar las revisiones desapasionadas. ¿Qué de extraño hay en ello, por más que se avalore el artiguismo del Rodó adulto, si la rehabilitación del prócer uruguayo, sobre quien pesaba todavía la leyenda negra, no se iniciaría para el gran público sino en septiembre de 1884, con la polémica de Carlos María Ramírez, y si, por el contrario, en la Escuela Elbio Fernández prevalecía la enseñanza del doctor Berra, una de las columnas de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular y fundamental enemigo de la figura del gran caudillo?

\* \* \*

Entre tanto, en su casa, continúa, él solo, escribiendo sin cesar la interminable serie de *El Plata*. Pero antes de volver a ella, que es el diario íntimo del niño, sepamos de la resurrección de sus creencias religiosas. La grieta abierta en su conciencia se ha cerrado por ahora. El minar del descreimiento volverá a seguir siendo sordo y quedará ignorado por un tiempo para él. El 3 de mayo de 1883 había ingresado ya a la juvenil Congregación de San Estanislao de Kostka, que tiene su sede entre los muros quietos de la Catedral. El 15 de agosto entra a formar parte de su primera Junta Directiva, con el cargo de Celador, que desempeñará durante el período de un año. En el siguiente será Secretario, y en otros dos consecutivos, Consiliario y nuevamente Celador<sup>79</sup>... Pero estos tiempos no han llegado todavía. Estamos al final de 1883, y ya *El Plata* ha reflejado este cambio espiritual. El sol es ahora la «admirable obra de la providencia», y si su brillo nos hace bajar la cabeza, es para hacernos «comprender la superioridad de Dios sobre los hombres».

¿Cómo seguir en adelante el vertiginoso crecimiento del espíritu del niño, su avance a saltos en el dominio de la expresión literaria, la densificación de su cultura? Sabemos, por la huella de gratitud que dejó en su recuerdo hasta muchos años más tarde, que amó los versos de Ricardo Gutiérrez<sup>80</sup>, el poeta sincero y sin artificio a quien no conocía aún cuando bosquejó *La literatura del mundo*. Pero se hace ya imposible identificar sus otras lecturas de estos tiempos.

El veredicto escolar, que ha sustituido los premios materiales por la práctica democrática del voto de los alumnos, los maestros y los examinadores para indicar los tres discípulos más distinguidos de cada clase, no ha dejado, en este primer año de su implantación, no obstante la resonancia que la fiesta obtuvo en la prensa, huella escrita de sus resultados concretos: pero las palabras de don José Gugliucci concuerdan con el recuerdo de los hermanos de José Enrique Rodó para que pueda afirmarse que éste fue «primero entre los primeros» en la clase C.

Tiene aún doce años -febrero de 1884- y escribe estas frases de impetuoso aliento sobre la Revolución Francesa:

«La revolución Francesa, epopeya gloriosa que la Francia fija con fundado orgullo en las páginas más brillantes de su historia nacional. Esfuerzo heroico de un pueblo de titanes, que forzando el hierro despótico de la tiranía, se proclama libre e independiente de toda dominación autoritaria que pretenda imponérsele.

Alborada resplandeciente del día de la libertad -que envió sus rayos vivificantes del uno al otro polo- proclamando en mil hechos inmortales, los derechos del hombre, violados, escarnecidos, pisoteados por la planta alevosa del tirano y destruyendo con segura mano la desigualdad entre el hombre y el hombre, como si todos no fueran hijos de una misma raza y no estuviesen dotados de una manera análoga por la Naturaleza, ese rasgo heroico de un pueblo giganteo, no fué solo una epopeya de la Francia, fué un acontecimiento puramente europeo, que tanto influyó en la vida política de uno como otro país.

El orador de la Gironda, pues, el insigne Mirabeau y el tartajoso, son personajes históricos que pertenecen a la Europa entera: son más: son reformadores políticos que llevaron al dominio de la realidad, la idea sacrosanta de la república, legando a la posteridad una herencia inapreciable, que administró más tarde el malogrado Gambetta contra los vanos ataques de los enemigos de la libertad».

Es ahora un apunte de costumbres aldeanas de la Cataluña de 1842; es de esta época, también, quizás, un proyecto, curiosamente detallado y sistematizado, de fundación de un Instituto de Medicina, con estímulos para la producción científica, en el cual el espíritu de tolerancia del niño se empeña en hacer fraternizar a la alopátia con la homeopatía, montando sus respectivas secciones con perfecta igualdad, pero dejando abiertos la posibilidad y el deseo de la polémica razonada y culta, en la revista mensual y en la discusión académica.

Ha ingresado a la clase D de la escuela, en la que llega a componer con sus compañeros un nuevo diario manuscrito, *El Aquilón*, pero el veredicto de fin de año lo honrará como alumno extraordinario de la clase F. ¡Ha debido, pues, saltar en su solo año sobre las clases D y E, y llegar a la F para todavía descollar en ella como el mejor! Obtiene el primer lugar en el voto del maestro, que lo era don Jeremías Panizza, y el segundo en el de los alumnos, entre los tres más distinguidos por su conducta moral; el primer lugar también, en el voto de la mesa examinadora, y el segundo en el de la clase y en el del maestro, entre los tres más distinguidos por su aplicación al estudio<sup>81</sup>.

\* \* \*

Tiene ahora trece años. Está por dar su primer examen en la Universidad, el de Geografía, pero le sobra tiempo, en los días anteriores, para escribir un asombroso juicio



de censura implacable pero serenamente meditado sobre el general Santos, y un largo artículo en conmemoración de la batalla de Caseros, que por ser quizás el más vasto y completo de cuantos llegó a componer en su infancia, aún cuando haya dejado inconclusos en él algunos puntos de mera documentación, merece ser reproducido íntegramente aquí.

## «MONTE CASEROS

### **Narración histórica**

Hacía 20 años que D. Juan Manuel Rosas ejercía sobre la patria de San Martín y Belgrano, sobre la nación libertadora de la América, sobre la nación del 25 de mayo - la tiranía más omnímoda y odiosa que registran los anales de la historia americana.- Desde Jujuy hasta Buenos Aires, desde los Andes hasta el Plata, no imperaba más voluntad que la de Rosas, que a nombre del partido federal ejercía el gobierno más exageradamente unitario que pueda imaginarse. La ilustración, la inteligencia, el patriotismo, del gran pueblo de Rivadavia, representados por personalidades de la talla de Florencio Varela, de Miguel Cané, de tantos otros, se habían refugiado en Montevideo, que sitiada por los sicarios del déspota, resistía con perseverancia admirable y heroica fortaleza el ataque del tirano. En 9 años de sitio constante y poderoso, la valentía de la Nueva Troya no desmayó un instante,- y aunque en el pacto que dió fin a tan encarnizada lucha entre los sitiadores, los satélites de Rosas, y los sitiados, los defensores de la libertad platense, se constató que no hubo vencedores ni vencidos, toda la gloria de aquel sitio memorable corresponde a los que se sostuvieron 9 años consecutivos sin desmayar un instante dentro de los muros de la histórica ciudad.

En la provincia de Entre Ríos gobernaba en representación de Rosas D. Justo José de Urquiza, que rebelándose más tarde contra el déspota, hizo a la América entera el servicio eminente de derrocarlo del poder,- que tan odiosamente ejercía.

---

Llegó el momento en que las Provincias Argentinas debían mandar a Rosas la delegación de las Relaciones Exteriores.

Urquiza,- inspirado en parte por sus sentimientos patrióticos, que le impulsaban a combatir al tirano, inspirado en parte también por la ambición de poder y gloria,- se negó a mandar a Rosas la delegación de las R. E. de su provincia.

Esto equivalía a una declaración de guerra.

Buscó Urquiza el concurso del Uruguay y el Brasil, enemistados, como se sabe, con el déspota argentino.

Se organizó un ejército compuesto de orientales, brasileros y argentinos;- para combatir al tirano que durante 4 lustros había reducido bajo su pie despótico, al mismo pueblo que años antes tuviera valor y audacia suficientes para pelear y vencer al león ibérico.

La voz elocuente y entusiasta que se levantaba contra la tiranía del otro lado de los Andes y en la opuesta margen del Plata, la voz de Florencio Varela, de Miguel Cané, de Adolfo Alsina, de Bartolomé Mitre, de Juan Carlos Gómez, de Domingo Sarmiento, contribuyó muchísimo al desprestigio y la caída del tirano. Puede decirse que la pluma hizo en aquellos tiempos memorables, desde Chile y desde Montevideo -otro Monte Caseros que precipitó la caída del Nerón Argentino.

[...]

¡Oh fuerza irresistible del pensamiento! tú también tiras tus rayos impetuosos, con que abatir la frente del tirano, con que redimir a los pueblos esclavos!

[...]

El ejército de Rosas y el ejército libertador componían un total de 50.000 combatientes; correspondiendo 23.000 a las fuerzas del tirano, y 27.000 a los defensores de la libertad.

Los orientales que tomaron parte en la gloriosísima acción que había de inmortalizar el nombre de César Díaz y sus denodados compañeros,- iban al mando de este esforzado militar,- y componían un total de<sup>82</sup> hombres. Las fuerzas brasileras tenían por jefe al<sup>83</sup> los argentinos al general Urquiza.

---

En Monte Caseros se trabó el combate,- que había de decidir la suerte de Rosas y de los pueblos del Río de la Plata.

El<sup>84</sup> mandaba las fuerzas rosistas.- Rosas contemplaba el combate desde un mirador lejano.-

Se trabó la lucha, encarnizada, terrible!

En los primeros instantes la victoria se mostraba indecisa.-

Las fuerzas orientales hacían verdaderos prodigios de valor.

La bandera del batallón Resistencia, al mando del malogrado capitán<sup>85</sup>, hecha girones por una bala de cañón; con la imagen del sol completamente destrozada, permaneció flameando al frente del valeroso batallón,- desde el principio hasta el término de la lucha.

Caía al empuje impetuoso de esa bala, pero momentos después volvía a levantarse hecha girones infundiendo con su presencia,- serenidad y valor a los soldados que la llevaban por insignia.

Al fin, la victoria más completa y espléndida coronó el noble y patriótico propósito del Ejército Libertador del Río de la Plata. Una nueva era de libertad y paz se inauguraba para la patria que baña y fecundiza el anchuroso río.

Terribles eran los efectos de la tiranía: millares de cadáveres servían de base a su derruido trono; el crédito de la Confederación, en los países extranjeros, era nulo, por no decir negativo, la barbarie había echado profundísimas raíces en toda la inmensa extensión de la campaña,- pero en las tiranías vuelve a crecer la libertad:- hoy eliminado Rosas en la patria de Belgrano, de San Martín, de Rivadavia,- el crédito del país aumenta de día en día, la civilización se difunde por la extensísima Pampa, la inmigración acude en inmenso número a las fértiles playas argentinas.

Fijemos ahora nuestra vista en la margen opuesta del gran río! Fijemos nuestra vista en la nación oriental - en nuestra desgraciada patria!

Que decir ante las vergüenzas por que atravesamos?

Sólo creemos oportuno reproducir lo que decimos en nuestro artículo editorial:

Olvidemos en este día memorable, las desgracias de nuestra actual situación política,- para recordar el glorioso acontecimiento que hoy se conmemora, tan glorioso, de tan profundos y felices resultados para las 2 naciones que baña y fecundiza el anchuroso Plata!

¡Sírvanos la batalla de Monte Caseros en esta época de calma como una elocuente prueba del valor y la virilidad de la noble raza oriental!

¡No olvidemos que ella, en aquel día glorioso, tuvo valor y abnegación bastantes para derrocar al tirano más poderoso y execrable que registra la historia de América!

No olvidemos que el pueblo que resistió 9 años el ataque de la odiosa tiranía, el pueblo que supo conquistar su libertad y la libertad de un pueblo hermano, a costa de su sangre generosa no ha podido perder completamente su virilidad y su energía,- ante el espectáculo del militarismo prepotente,- de la fuerza entronizada!

No olvidemos -en fin- que sobre pueblo tan heroico,- no puede pesar por mucho tiempo más el despotismo que lo subyuga desde hace algunos años!

[...]

Gloria a los valientes defensores de la libertad platense, a los derrocaadores del tirano, a los héroes de Monte Caseros!».

Los vacíos de documentación que el niño ha dejado en el correr de la pluma, sin duda para compulsar más tarde los datos omitidos, son un índice precioso de la preocupación de su mente por los valores del espíritu y su desprecio por los otros: necesitará averiguar detalles de historia militar, nombres de generales y número de soldados, pero en la enunciación de escritores, pensadores y tribunos demostró que poseía ya de antes una seguridad muy diferente. No es ésta una infantil composición de colegial: son ya reflexiones de un joven. Y en la interpretación de los hechos, no se ve, ni aquí ni en su arrebatado por la Revolución Francesa o en su fulminatoria a Santos, sino cómo se ha reforzado de pensamiento e inflamado con una exaltación más general y humana a través de algunos años, su medular criterio de libertad, de dignidad, de resistencia a la opresión.

El examen universitario de Geografía General, 1.º y 2.º años, que prestó en un solo acto, tuvo lugar el 14 de febrero de 1885, y en él fue aprobado con 24 puntos sobre 30: calificación bien satisfactoria para un buen estudiante, pero harto insuficiente para Rodó en materia que era de su fuerte. Cuantos le han conocido aseguran que no era temperamento para exámenes. «La idea de que pudiera salir reprobado me llenaba de espanto», confesó cierta vez a Pérez Petit<sup>86</sup>; y esto ha tenido que inhibirle naturalmente para desenvolverse en la prueba<sup>87</sup>.

El resultado ha sido, con todo, decisivo. José Enrique Rodó, que ha culminado, con la clase F, el plan de estudios de la Escuela Elbio Fernández, inicia este año sus cursos en la Universidad. Al final de ellos, el 17 de diciembre de 1885, en el examen de

francés, obtendrá 27 puntos sobre 30<sup>88</sup>; dos días después, en el de primer año de Física, 23 sobre 30<sup>89</sup>: aprobaciones nuevamente satisfactorias, pero tampoco bastantes para él.

Rodó tiene en estos momentos catorce años. Sigue formando parte de la congregación de San Estanislao de Kostka. Es su Consiliario. Sin embargo... En uno de sus diarios manuscritos, que titula *La Época*, y es del día siguiente al de su examen de Física, exalta un imaginario partido liberal, al cual, por el sentido del artículo que ocupa el lugar de editorial (hermosísima pieza de brillante estilo oratorio) podríamos creer sólo el partido de la libertad política, enemigo de las tiranías; pero que deja asomar apuntamientos de rebeldía religiosa, haciendo pensar en un liberalismo que signifique posición de libre examen, en estas frases del suelto final, donde, junto con el elogio del cristianismo primitivo, se hace una cita en loor del martirio de los albigenses y los hussitas, y se siente la simpatía por la Reforma:

«El crimen es la afrenta, pero el cadalso no!

Como decíamos ayer... no importa que sucumba una personalidad en aras de una idea: la idea brillará más vigorosa al ser fecundada por el Martirio.

Así el Cristianismo primitivo se engrandeció cada vez más, agigantándose en las sangrientas hecatombes de sus neófitos hasta llegar a constituir la religión universal; dejando por la tierra, en todas partes, el rastro de su paso. Antes de la Reforma, ha dicho un escritor, perecieron los albigenses y fueron martirizados los hussitas.

El partido liberal del Río de la Plata ha crecido también con el riego de sangre del martirio: Florencio Varela es nuestro honor y nuestra gloria: es nuestro triunfo moral contra los sicarios y los tiranos...».

Este escrito evidencia que el catolicismo de Rodó vuelve a hacer crisis en lo subconsciente, y está ya destinado a durar poco. Pero muestra a la vez que su principismo político, que se retempla en el recuerdo del ilustre emigrado argentino, es en cambio el mismo.

Sin embargo, sus afectos banderizos hacen crisis también en estos tiempos. Bien está que no claudique de sus principios: pero sin quebrantarlos para nada, siente que los viejos amores por el partido colorado recobran en su espíritu el arraigo. Se adelanta, con esta reafiliación al bando originario, al camino que seguirán, tarde o temprano, casi todos los miembros del constitucionalismo. Y nos deja el testimonio de este regreso. El papel rayado, de libros comerciales, en que ha venido componiendo sus diarios, se le ha agotado. Ya no hace más de esos periódicos. Se ve obligado a utilizar los viejos números de *El Plata*, cuajados de sus signos jeroglíficos, para escribir ahora en sus huecos las notas críticas del presente, más meditadas, más densas, más pulcramente dichas, con letra suelta que se reconoce por el cotejo con la de los artículos que llevan

fecha de 1885 en adelante. Y es con esta letra de ahora que estampa, al dorso de una vieja página, esta nota, que documenta su retorno al viejo partido:

«*La Bandera Colorada*.- Anuncia este colega su próxima desaparición. Desde ya la lamentamos».

\* \* \*

Mientras Montevideo aventa apresuradamente sus musgos polvorientos de aldea grande para iniciarse en sus pretensiones de ciudad moderna y ostentosa, José Enrique Rodó irá entrando, pues, a la vida, a través de esos últimos años de una infancia de crisis ideológicas, en que sus ideas religiosas y políticas se han hundido y vuelto a levantar después de lentos procesos de renovación, cuya síntesis es: de la fe al racionalismo, y del racionalismo regreso a una fe vulnerada en lo subconsciente; del coloradismo al constitucionalismo, y del constitucionalismo regreso al partido colorado.

Pero de entre este inquietante deshacerse y rehacerse, quedarán firmes para toda su vida, integrando un decálogo vivo y armonioso, estas tendencias de su niñez, que irán acrecentándose y llegarán con el tiempo a definir totalmente su personalidad:

1. Una bondad de alma, un reposo de talento, una pureza de carácter, una sencillez de vida, un pudor y una modestia para ocultar su interior.
2. El culto de las ideas, y dentro de ellas, las del bien, la verdad y la justicia.
3. La aptitud de renovarse siguiendo el llamado de la sinceridad, y el ideal del perfeccionamiento en el cambio.
4. La actitud crítica para vigilar las propias convicciones.
5. El sentimiento democrático y liberal, la altivez del ciudadano principista, el odio a los gobiernos tiránicos o prepotentes.
6. El sentimiento americano.
7. Un cristianismo que es independiente de la religión y podrá, así, quedar intacto cuando desaparezca ésta.
8. Cierta vago ideal de llevar a la juventud por la educación hacia el bien.
9. El amor universal, la tolerancia y la amplitud en la afirmación de la propia convicción frente a la ajena.
10. Y, por encima de todo, la pasión de la literatura, en el triple aspecto de una enorme vocación de escribir, una enorme afición por las lecturas, y, realizando ese amor de escribir, una maravillosa aptitud innata del estilo, más llamada a la prosa que al verso, y, no obstante, consubstanciada con un don poético y un sentido rítmico y plástico de la frase que crecen impetuosamente cada día, un equilibrio en la composición que se complace en ordenar y enriquecer períodos de largo desarrollo.

En suma: un germen, integralmente activo, de escritor artista, de pensador, de esteta, de crítico, de moralista, y de político americano<sup>90</sup>.

## La grave y severa juventud

Al final de la infancia de Rodó sobrevienen dos grandes acontecimientos para su historia afectiva.

El inicial es sin duda el que podemos adivinar como el comienzo de su primer amor: el purísimo que profesó por Luisa Gurméndez, que llegaría a ser durante varios años una persistente y enraizada presencia viva en su alma, como se verá, y del cual el propio Rodó nos dejó una prueba escrita de su mano de que lo embargaba ya por lo menos en mitad de sus catorce años: el canto a «Lu...», fechado en febrero de 1886. No mezcló esta página secreta con sus pequeños diarios. ¿En qué lugar la habrá escondido, de esa creciente montaña de papeles, pequeñas hojas sueltas y cuadernos, sobre los que iba descargando cotidianamente el enorme torrente nervioso de que actualmente, al recorrerla, puede comprobarse, por la multiplicidad de los temas, signos, fragmentos, pequeñas grafías y trazos indescifrables, era incesante presa su adolescencia?

Hoy nos es dado, sin embargo, leer ese poema en el Archivo Rodó de la Biblioteca Nacional de Montevideo<sup>91</sup>, a donde vino a parar cuando se incorporó a ésta, por donación de doña Julia Rodó, toda la inmensa papelería del Maestro. Y hasta podríamos ahora sacar ese canto a «Lu [isa]» a la plena luz sin temor de cometer una grande profanación, porque el secreto mayor ha sido ya violado, por tan inevitables como valederas razones de investigación científica, por otras manos, sin duda muy altamente reverentes: las de Roberto Ibáñez, al hacer éste pública revelación de la identificación, que alcanzara en sus búsquedas, de que era aquella la persona en quien encarnaban el amor, y con él, el hasta entonces enigma, de Luisa<sup>92</sup>. Y es más: corroborando esta atribución de Roberto Ibáñez, creemos oportuno consignar que, por nuestra parte, hemos podido leer el nombre de Luisa Gurméndez trazado con letra clara, artificiosamente dura pero que es inequívocamente la de su adorador de entonces, en una hoja suelta existente en esa papelería, y debajo de ese nombre la firma manuscrita de José Enrique Rodó<sup>93</sup>. Ahora bien: aunque ese canto a Luisa ha permanecido y permanece inédito, sin duda debido a su escaso valor literario, su existencia y su texto se hicieron notorios desde que una vitrina de una exposición oficial lo exhibió al público en diciembre de 1947, y figura además fichado en el catálogo de la misma<sup>94</sup>. Pero no hemos considerado oportuno, aun no dudando de la autenticidad del texto que poseemos en la copia mecanografiada a que nos referimos en la nota 91, sacarlo aquí de su ineditez por estimar que su factura es puramente convencional y literaria, carente de valor poético, y sin que deje tampoco siquiera testimonio de un rasgo o matiz psicológico que permita penetrar en algo de los estados de espíritu por que atravesaba Rodó en los tiempos en que fue compuesto. Tan distante de la realidad estaba, en efecto, el poema, que, por un inexplicable artificio, meramente retórico, Rodó llega hasta celebrar en él el «áureo cabello» de su amada, siendo así que ésta, y desde niña, lo tuvo siempre renegrido<sup>95</sup>.

En cambio, lo largo y fuerte del arraigo de esa pasión que el Rodó adolescente sintió por Luisa Gurméndez han sido evidenciados en dos noticias, bellas y sobrias, con las que Roberto Ibáñez se refiere, en una de ellas sin dar todavía el apellido de la niña, a una carta a Luisa, de 18 de febrero de 1889, y en otra a «un cuaderno de adolescencia

con renovada confianza de amor (Luisa- Suiza. 1890)». Esas notas dicen relación con las fichas 112 y 113, respectivamente, del catálogo citado.

Oigamos ahora cómo nos da Roberto Ibáñez esas dos sucesivas noticias.

En la que se refiere al borrador de la carta a Luisa dice:

«Luisa fué, para el Maestro, el gran amor de su adolescencia» (V. *Anotaciones y glosas*, 20, así como las fichas 63 y 113)<sup>96</sup>. En distintos papeles, entre 1886 y 1890, Rodó la nombra o la disimula, evocándola o cantándola.

La carta comienza de repente, sin encabezamiento; pero un nombre -el de Luisa- aparece y reaparece en el texto, incluso tachado (ver la línea decimoquinta de la carilla que se expone). Creemos que interesará hondamente el conocer, por vez primera una de las cartas de amor escritas por el Maestro. Sus diecisiete años tímidos y graves, desbordaban de pasión (esa pasión secreta que hemos certificado repetidamente en el curso de esta obra y que es clave de la serenidad verdadera, donde se esconde pero no se elimina el cuerpo de la llama, y donde la luz visible y sosegada es fuego distanciado, no extinguido).

Como se advertirá, la carta no es precisamente un floreo de la imaginación ni un juego de madrigal ni una escaramuza de la audacia (Rodó ni siquiera llega al tuteo). Pero es el conmovido testimonio de un alma intensa y delicada, segura al menos de su destino creador. Empieza: «Debo ante todo pedirle disculpa por la demora-, injustificada para V.-, con que contesto a las líneas por mí mil veces leídas y un millón besadas, con que usted ha querido proporcionarme uno de los momentos más llenos de puras emociones de mi vida». Luego, sin anécdotas la palabra del joven se esfuerza por desvanecer las dudas de la mujer que ama. «Luisa, qué necesita V. para creer en mi amor...» [Hay líneas materialmente ilegibles, pero cuyo sentido se alcanza. Así, dejamos en blanco una palabra en el pasaje siguiente:] «Mi inteligencia... desde hoy se consagrará a luchar con más fuerzas, con más arrojo que nunca, porque habrá para mi [...] de sueño sobrehumano, e deseo de arrojar a sus pies las ofrendas que arrebaté a la gloria». Todo lo haría por ella. Afirma: «[...] aunque hubiera de costarme un pedazo del alma o de la vida [...] la vida entera». Y añade, con unción becqueriana: «¡es que yo le diría [...] teniéndola a mi lado, o de rodillas a sus pies, estrechando una de sus manos entre las mías, que la amo, que la adoro, poniendo mis labios sobre su frente pura».

«La carta está signada por una inicial: J»<sup>97</sup>.

En la relativa al cuaderno de adolescencia de 1890:

«He aquí otro cuaderno que también integra el conjunto descrito en la ficha 109 y comentado en *Anotaciones y glosas*, 20. Su contenido, en general, no difiere del que determinamos en los anteriores, aunque en los trozos íntimos se observa un tono de extraña y creciente desolación.

Las páginas que exhibimos permiten verificar esa tristeza y confirman la pasión del adolescente por Luisa (v. ficha precedente). En la carilla de la izquierda, el joven escribió



estas palabras (a los dieciocho años): "Todo lo he perdido, todo /s/ me han abandonado, nada me queda de mi felicidad mas que el recuerdo - pero sólo una ausencia..." Y estampó entonces en grandes caracteres, demasiado visibles: "Luisa! Luisa!". No obstante, como se observará, enmendó después la 'L' y la 's', intentando mudar esas letras, respectivamente, en una 'S' y una 'z' larga. Así, temiendo acaso con el recelo de los tímidos que el cuaderno cayese en manos extrañas, quiso dar gráfico y geográfico disfraz al nombre amado, sorbo de soledad, para que se leyera: "Suiza! Suiza!". No advirtió, empero, como lo acredita un simple examen, que los trazos primitivos ("Luisa! Luisa!") habían dejado sus huellas en la página complementaria (entre los renglones sexto y octavo) sin rastros de la inicial usurpadora ni de las zetas largas y tardías.

(En 1890, según sabemos por otras cartas, Luisa se alejó de Montevideo y cesó de escribir a su enamorado. Rodó, varias veces, procuró inquirir las razones del silencio, sin que al parecer las obtuviera. En este mismo cuaderno, fuera de confesiones sueltas y de una carta en borrón, constan las siguientes palabras: "¡Adiós, Luisa! Adiós. Sum umbra". Ya nadie volverá a suponer que el corazón del elegido estaba en blanco]»<sup>98</sup>.

Agregamos por nuestra parte que Luisa Gurméndez era hija de don Rufino Gurméndez y doña Luisa Muñoz de Gurméndez. El viaje que la alejó de Rodó en 1890 ocurrió cuando la familia se trasladó por un tiempo a Paysandú<sup>99</sup>. Posteriormente ella contrajo enlace con el Dr. Amaro Carve Urioste.

\* \* \*

El otro grande acontecimiento que signa, sin duda ahora como final definitivo, la infancia de Rodó, es su «primer austero dolor»: la muerte de su padre, ocurrida el 5 de mayo de 1886. Don José Rodó cayó en la calle, fulminado, de un ataque cerebral<sup>100</sup>. Llevado de allí, ya sin vida, a lo de don Cristóbal, para dar tiempo a preparar el ánimo de la familia, la llegada posterior del cuerpo a la casa, en donde había de ser velado, no fue por eso menos cruel. Todo lo que sigue es horror o pesadumbre: el entierro, el vacío de la casa, la tristeza de los suyos...

José Enrique Rodó no tiene aún quince años. La crisis espiritual que sufre su adolescencia es recia y profunda: el súbito anonadamiento, la aguda sensibilización de los afectos, unas ondas de amargura que suben de las entrañas inundándole de desgano y enervándole todo, el peso extraño de la ausencia, la pérdida de uno de los ejes sobre los que giraba la vida, el doloroso recrudescimiento de recuerdos olvidados, de vagos estados de espíritu vividos, mil cosas que dejan de tener sentido, graves problemas morales que se plantean, y la angustia del más allá que se hace presente de golpe, al reclamo de la realidad, con una fuerza de abismo, de tragedia, de duda, que hasta

entonces nunca había probado en los fríos devaneos metafísicos del libro ni en los verbalismos rutinarios del púlpito o de la congregación.

Con esta honda conmoción anímica queda marcado el comienzo de su juventud. Su iniciación en ella es, así, aún más severa. Hunde su vida en el gris de los interiores: en el escritorio que ha sido de su padre, o en el de don Cristóbal. Medita sobre los papeles. Antes de un mes y medio ya ha vuelto a escribir. El sentimiento religioso no se ha rendido aún, pero el desprecio por la gente eclesiástica reaparece: el mismo día en que aluda, en *El Plata*, a «la causa santa de la Iglesia», representará en un personaje de novela, D. Procopio, a «nuestro clero, vergüenza de nuestra sociedad».

Pero su tolerancia se afirma en otra dirección. Su republicanismo y su sentido de la libertad se ven heridos por el rigor con que, llegando a extremos que cree contraproducentes, han defendido la causa anti-monárquica, en Francia, las Cámaras y el gabinete, al aprobar la ley de expulsión de los príncipes:

«En tanto, lo que conseguirá el Gobierno de Mr. Freycinet con complacencias y medidas como las que mueven nuestra pluma, será rodear de una aureola de infortunio, siempre simpática, el nombre de los que son objeto de la expulsión. ¿Faltan esos Sres. a las leyes vigentes? ¿Se llaman Reyes y Soberanos de Francia en documentos públicos? Pues aplicarles el castigo que las leyes vigentes fijan y así, nivelando su condición ante la ley a la de todos y cualquiera, haréis verdadera democracia y humillaréis los falsos títulos de los delincuentes».

Es ese mismo tono equilibrado de su sentimiento democrático el que le mueve a escribir una carta a Santos, mero desahogo subjetivo, porque ella no llegó a ser enviada a éste, pero índice relevante de belleza moral, cuando el Presidente sátrapa fue herido gravemente de un tiro en el rostro con bala explosiva, al entrar al Teatro Cibils para una función de ópera, la noche del 17 de agosto de 1886, por el teniente Gregorio Ortiz, quien se inmoló casi en seguida de un balazo en la sien. La carta condena el atentado pero llama a la reflexión sobre sus culpas al gobernante herido y hasta avanza que por ellas llegara a conocer el arrepentimiento, aun cuando piensa que si éste alcanzara realmente a producirse, «en la esfera de los hechos no podría hacerlo palpable», es decir, que no podría ser creído, y se pregunta entonces, para terminar: «¿Será ése su castigo?»<sup>101</sup>.

No es un autorretrato el artículo inconcluso de estos mismos tiempos, titulado «Yo»: Rodó fue siempre notablemente alto y de ojos casi negros, y habla aquí, en cambio, un personaje de estatura baja y ojos claros. No puede, pues, tomarse como confesión, sino seguramente como ficción que había de formar parte de un capítulo de novela, el misticismo que expresa este extraño monólogo.

«Yo

Dicen los que me conocen, no sé si con razón o sin ella, pues no tengo por costumbre la mundana y anti-religiosa de consultar al espejo, - que mi estatura es baja, mi andar reposado y tranquilo, mi apariencia llena de religiosa unción y cristianísima mansedumbre, mis ojos claros, pequeños y medio entornados, mi cutis delicado y transparente, mi boca pequeña como la de aquellos que no pagan tributo a la abominable y anti-religiosa Gula, mi...».

\* \* \*

Las idas a la Universidad han sido también reanudadas después de la muerte de don José Rodó. Desde la calle Pérez Castellanos, por 25 de mayo, donde las vidrieras exhiben los modelos de moda y los artículos de lujo, luego por Uruguay, en ambiente más ancho, más modesto y más soleado, hasta llegar, en los primeros años, a la esquina de Convención, en los últimos a la de Queguay (hoy Paraguay) y doblar por ésta a la izquierda casi hasta Cerro Largo, el trayecto cien veces repetido a pie se vuelve monótono y permite a la mente meditativa proseguir abstraída en su interior. Pero el ambiente tibio del escritorio de don Cristóbal, con el brasero cubierto de ceniza, la añosa biblioteca y la amplia mesa de Jacaranda con sillones de esterilla continúa siendo su sitio preferido. Allí hay más holgura y mayor aislamiento que en la propia casa.

Más de una vez, cuando faltaba Eduardo, que era el encargado de atender a los que ocurrían allí por propiedades para alquilar, se ha visto a José Enrique, pálido y silencioso, alargado y flaco, cerrar el libro que leía, entregar el manojito de llaves de la casa solicitada al que venía por ellas, y volver a su lectura: quizás a su Valera, a su Galdós, a su Hugo, a su Lamartine, más que al texto universitario, quizás, sobre todo, a los artículos de *El Iniciador de 1838*, cuya decisiva influencia en su formación espiritual desde los primeros tiempos es bien conocida, especialmente por el calor con que prendió en él el contagio espiritual de Juan María Gutiérrez, uno de los ilustres emigrados argentinos que colaboró allí con Andrés Lamas y Miguel Cané: escritor de ideas, ático y pulcro, cuya estética se nutrió con deleite de los jugos de la tradición americana y que, reobrando a su vez sobre ellos para superiorizarlos, se hizo él mismo una potencia actuante de cultura sobre el medio.

Pero no obstante estos largos desvíos impuestos por la pasión literaria, el fin de año estudiantil de Rodó será honrosísimo. Después del examen de primer año de Química, en que obtendrá 24 puntos sobre 30, en el de Física, segundo curso, la Universidad le hará por primera vez cabal justicia, premiándole con 30 sobre 30<sup>102</sup>.

Comienza 1887. Hace su último diario: *El Nuevo Pueblo*. Un Emperador imaginario (¿quizás pensaba en el del Brasil, cuyo trono veía hundirse ya?) impone a las calles de su capital en construcción nombres entre los cuales están el de Jesucristo y los de las tres virtudes teologales. Pero el 27 de agosto se alejará para siempre de la congregación<sup>103</sup>. José Enrique Rodó no es más creyente.

La amistad, algo posterior a la tan entrañable que le uniera a Milo Beretta, pero que venía también de la infancia, con Baldomero Felipe Correa, fue mucho más que

meramente anodina, mucho más que un simple nombre que su correspondencia nos ha transmitido, porque sabemos hoy, gracias a las investigaciones de Roberto Ibáñez, que en 1886 Rodó leía con él «los mismos libros, redactaban obras en colaboración, coincidían en la voluntad de ser periodistas, en la abominación a Santos y en el entusiasmo por la filatelia»<sup>104</sup>. Además, esa correspondencia nos ha dejado, con fecha 6 de abril de 1889, el justamente señalado, en razón de su excepcionalidad, por Ibáñez<sup>105</sup> y por Benedetti<sup>106</sup>, como rasgo de humor de Rodó, consistente en recomendar a su amigo, que iba a Buenos Aires, que visitara allí a Santos y le prendiese fuego a su fábrica de velas<sup>107</sup>.

Debemos decir, con todo, que, no obstante esa rareza así denunciada con acierto, los rasgos de humor no estuvieron ausentes por modo absolutamente general en la vida de Rodó. Es oportuno, para comprobarlo, recordar que envió desde Italia al Dr. Cesáreo Villegas Suárez, entonces estudiante de Derecho y funcionario de la Biblioteca Nacional, una postal con una vista de la torre inclinada de Pisa, en la cual, por alusión al reciente veredicto popular del 30 de julio de 1916, le decía: «Así quedó el colegiado después de las elecciones»<sup>108</sup>.

Con el atinado comentario que, al recogerla, le hace Mario Benedetti, damos a nuestra vez aquí noticia del descubrimiento que Roberto Ibáñez hizo de la que nos atrevemos a decir que fue la primera, y sin duda precocísima, vinculación contraída por Rodó con ambientes intelectuales de otros países de Hispanoamérica, vinculación que corresponde al período que estamos historiando, y precisamente a los mismos días de su últimamente citada carta a Baldomero Correa.

Sostiene Benedetti que «es posible que entre 1883 y 1895, o sea entre sus infantiles colaboraciones de *Los primeros albores* y las más formales de *Montevideo Noticioso*, Rodó haya publicado otros trabajos»; y expresa, en abono de ello:

«Cierta breve esquela, dirigida por Rodó el 24 de abril de 1889, a un tal Nemesio Escobar, director de *El Autógrafo Americano*, de Santiago de Chile, autoriza esa conjetura. Al parecer, Escobar había solicitado a Rodó, que por entonces tenía 17 años, alguna colaboración para su periódico. El joven estudiante de Secundaria le responde, con austera formalidad: "Puede Ud. contarme en el número de sus colaboradores, en la seguridad que haré lo posible por atender dignamente a la participación que me confía en su periódico -y que, aun cuando no puedo comprometerme a mandarles originales en determinados plazos-, trataré de hacerlo con la mayor asiduidad"<sup>109</sup>. Tanto el pedido de Escobar como el tono de la respuesta, parecen sobreentender la existencia de por lo menos un módico prestigio de Rodó. Por menos exigencias que tuvieran para sus colaboradores. *El Autógrafo Americano* o el tal Escobar, es razonable imaginar que nadie iba a pedirle desde el extranjero una colaboración a cualquier muchacho de diecisiete años que sólo tuviera en su haber impreso dos composiciones escolares»<sup>110</sup>.

\* \* \*

Su cultura, como la fuerza de su espíritu, se centuplican. Es ya rico de alma y de saber, y su frecuentación anhelosa de los libros comienza a hacerle descuidar el método ordenado en sus estudios. Es ahora estudiante libre.

Además, su tío Cristóbal le ha puesto a practicar en el bufete de abogado de su cliente y amigo el doctor Alberto García Lagos. Era un viejo conocido de José Enrique Rodó: era el mismo señor que, unos años antes, había permanecido incrédulo ante la precocidad del pequeño alumno de la Escuela Elbio Fernández. Si pudiese ahora volver a escudriñar en la mente de su practicante, el asombro llegaría al deslumbramiento. Pero a la reserva natural del temperamento de José Enrique Rodó la timidez de la adolescencia ha añadido un nuevo cerco que hace difícil alcanzar lo que encierra su abismo psicológico.

El joven practicante no gana sueldo, pues el deseo de su familia es sólo interesarle en la frecuentación de un ambiente que pudiera decidirlo a seguir la carrera de Derecho.

La pieza interior, chica y angosta, contigua al amplio estudio del doctor García Lagos en su casa de la calle Zabala, es llamada desde entonces «el escritorio de Rodó». Allí se le deja solo, todas las mañanas, y hay orden de no distraerle pues «está estudiando literatura». Llega siempre, correcto, fino, puntual, con su saco oscuro y sus pantalones grises, trayendo de su casa algún libro bajo el brazo. Por la tarde, que es la hora de trabajo en el estudio, alguna vez el doctor García Lagos le llama junto a sí para dictarle, y en cuanto queda libre, él vuelve a su escritorio, al libro que ha dejado abierto sobre la mesa. Las niñas de la casa juegan en la misma pieza en que él se halla engolfado, y comprueban con curiosidad cómo no hay modo de sacarle de su lectura o de los apuntes que escribe en papeles y hasta en la madera de los cajones, que dejará cuajados con indeleble tinta, hasta que los años destruyan el mueble, de datos, nombres, frases... El armario de los juguetes, de donde irrumpen torrentes de bullicio, está frente a él. Las niñas todo lo intentan para sacudir su atención: le sueltan algún verso, alguna chanza, algún súbito ¡Rodó! Él prosigue inmóvil en su silla, con los pies alargados por debajo de la mesa, con la frente sujeta en las manos sobre el libro. Le ponen entonces naranjas en los bolsillos, y él, sin impacientarse, sin moverse ni mirar a las pequeñas, sonrío suavemente y les da las gracias: ha sentido en la ofrenda ingenua un toque de candor y un vaho de aroma eglógico. La escena se repite cada vez que han traído fruta de la quinta. Si la remesa es de toronjas, hinchen con ellas entonces los bolsillos del sobretodo de Rodó, que pende de la percha: y él, nuevamente, sin moverse ni mirar a las niñas, sonrío, da las gracias y prosigue la lectura. Sin embargo, más de una vez le han visto apartarse de ella para recitar algún verso...

La casa es de hidalga tradición. Doña Faustina Gómez de García Lagos insiste en que Rodó haga rueda con la familia, en el comedor, a la hora del té, pero él declina sin remedio la invitación. Acepta sólo que su té le sea servido en su escritorio, sobre la propia mesa en que trabaja, y allí se le ve colocar verticalmente el libro detrás de la taza para poder seguir leyendo mientras bebe<sup>111</sup>.

\* \* \*

Es más reconcentrado y más solitario que nunca.

No obstante, en el examen de Matemáticas que dará en diciembre habrá otra vez quien logre valorarle, pues obtendrá la nota de sobresaliente con un voto de Bueno<sup>112</sup>. (El régimen de calificaciones ha cambiado en la Universidad, la palabra ha sustituido a la cifra). El alumno desganado o moroso en Matemáticas, descuella ahora hasta en esta misma materia, como lo hizo el año anterior en Física: disciplinas ambas tan alejadas, no obstante, de la vocación literaria, pero llamadas al razonamiento recio y ceñido, en el cual, con tanta fuerza, tendían ya a desatarse sus facultades lógicas.

Desde ahora, todo en él es vida interior. En varios años más no dará exámenes. Es imposible seguir el trance de su crecimiento espiritual. Lo que escribe en los tiempos que siguen ya no lo guarda más. Nos quedan apenas unos borrones ilegibles de versos de marzo de 1888, en los que se adivina, como tema, un drama del amor filial y del materno. Imposible es, también, seguir sus lecturas. ¿Será ahora cuando, después de Cervantes, su alma busca «sensación más ruda» en Balzac? ¿Será ahora cuando ha conocido a Gautier, ahora cuando «este sol» le «tenía deslumbrado», haciéndole probar esa embriaguez estética que confesará más tarde como cosa de su pasado, en el cual sólo podía gustar belleza desinteresada y despreciaba el arte cargado de ideas, de tesis, de sentido moral? Su reconcentramiento no le impide alguna vez tener explosiones de entusiasmo admirativo, leer para él solo en alta voz, con arrebató, como se lo hará hacer a Albatros en páginas de su madurez.

La figura de este voluntario recluso de los escritorios y las bibliotecas circula a veces, pálida y desgarrada, también al pleno sol de la calle, y habrá quien le recordará después llevando la bolsa en que ha cobrado los alquileres que administra su tío, sujeta por uno de los brazos, que pasaba por detrás del cuerpo y enganchaba en el otro<sup>113</sup>.

Rodó ha visto hundirse el poder del santismo: la partida en derrota del dictador herido, el gobierno de transición de Tajes, la disolución del «Quinto», que inician la evolución civilista del país. El 1.º de marzo de 1890, el ascenso a la Presidencia de la República de Julio Herrera y Obes colmará de esperanzas que parecen seguras a su conciencia cívica y su admiración por la cultura y el talento.

Pero no le tienta ahora la actividad política. Menos aún las disipaciones juveniles. Está todo para la vida del espíritu. Busca como un obseso la lectura. No le basta la que encuentra en su casa, ni en la de don Cristóbal, ni en la Universidad, ni en los libros que adquiere. Frecuenta la biblioteca del Ateneo y la Biblioteca Nacional, y allí, comienza su relación con Carlos Martínez Vigil que estaba empleado en ella. Se anota como suscriptor de la Escuela Elbio Fernández, lo que le da derecho a llevarse los libros a su casa. Allí vuelve a encontrarse con su maestro don José Gugliucci, pero su compañía predilecta en las búsquedas bibliográficas que junto a él le llevan, son los hermanos Daniel y Carlos Martínez Vigil, con quienes ha contraído una íntima amistad. Su primera vinculación fue la que hemos recordado, la de Carlos, y ella arranca de 1889 o 1890. Por esos años confió a éste el pensamiento que abrigaba de escribir una obra fundamental sobre historia literaria rioplatense, para lo cual iba preparando ya los artículos sobre Juan María Gutiérrez y su época y sobre el americanismo literario, que maduraría hasta publicarlos en los tiempos, que se aproximaban, de la *Revista Nacional*<sup>114</sup>. La bohemia de estudiantes de los tres amigos no es tanta como para hacer que Rodó piense en dejar inconcluso el bachillerato. No obstante lo desorganizado de sus estudios, proyecta una preparación extraordinaria para su examen de literatura, y la va haciendo, en efecto, con incalculable exceso, a través de sus lecturas copiosísimas,



que avalora su luminoso sentido crítico, en los recogimientos reposados y en las discusiones estéticas con sus cultos amigos. Paralelamente, su formación histórica se va haciendo no menos profunda.

Intentaremos determinar dónde y cuándo fue que Rodó, según informa, sin precisar fechas, Juan Carlos Gómez Haedo, estudió Filosofía con José Pedro Massera, e Historia Universal con Miguel Lapeyre<sup>115</sup>. El primero, ser admirable por múltiples motivos, mentalidad amplia, espíritu finísimo, jurista, músico, conciencia desvelada, probo e infatigable estudioso, que más tarde reaccionaría contra el positivismo orientándose hacia Bergson, y que consagraría, precisamente, a Rodó, después de la muerte de éste, uno de los mejores estudios que sobre él se hayan escrito<sup>116</sup>. El segundo, vocacionalmente llamado a la enseñanza, en cuyos cuadros llegaría a alcanzar el decanato de Enseñanza Secundaria, y que había sido formado desde joven por don Luis D. Destéffanis, de quien recibiera, junto con los tesoros de su biblioteca, que generosamente le hacía frecuentar, conceptos renovadores, como que, superando las estrecheces de la historia fáctica todavía prevalente en la docencia, le inició en el estudio de la por esos años recién llamada historia de la civilización, por el nombre de la conocida obra de Ducoudray, que maestro y discípulo tradujeron, editaron e impusieron en las aulas.

Y bien: los estudios de Filosofía con Massera ha debido realizarlos Rodó en la Universidad, cuando aquél fue designado, en 1890, para dictar esa materia<sup>117</sup>; y los de Historia con Lapeyre no habrán sido propiamente de Historia Universal, como afirma Gómez Haedo, sino de Historia Americana y Nacional, porque a Lapeyre se le confió esta materia, que se creaba separándola de la Historia Universal, mientras ésta debía continuar a cargo de Destéffanis, al solucionarse en esa forma, en 1889, el célebre conflicto suscitado unos años antes por las opiniones contrarias a Artigas del ilustrado profesor italiano<sup>118</sup>.

Refiriéndose a períodos de su juventud que no precisa pero que llegan probablemente a 1897, año de una de sus profundas crisis de tristeza («no la primera, no la última»)<sup>119</sup>, dice Emir Rodríguez Monegal:

«Abundan también en este período los poemas con que llena José Enrique un cuaderno pulcramente copiado a dos tintas (azul para los textos, roja para los versos) e ilustrado con inhábiles viñetas y dibujos. Estos poemas no fueron publicados. La timidez o la segura autocrítica impidió una difusión que hubiera resultado seguramente imprudente»<sup>120</sup>.

\* \* \*

En el devaneo fecundo y sin medida de aquellos juegos del espíritu a que -lo acabamos de ver- se entrega mientras tanto Rodó, y en los que una parte inmensa está consagrada a escribir, pero a los que ya desde 1890 su ingreso como empleado al Banco de Cobranzas, Locación y Anticipos<sup>121</sup> retacea diariamente largas horas para consagrarlas a prosaicos menesteres, sobreviene un nuevo llamado brusco a la realidad: don Cristóbal enferma gravemente en agosto de 1893<sup>122</sup> y muere el 24 de ese mes<sup>123</sup>.

Otra sacudida anímica traída por el dolor, otra nueva crisis de disciplina y de severidad. Con todo, sólo el próximo año dará sus exámenes de Historia Universal y de Literatura. El 17 de noviembre de 1894 debe reiniciar su expediente de estudiante, para matricularse. Tiene 23 años, pero el error en que está desde su infancia le hace declarar uno menos<sup>124</sup>. El 22 de ese mismo mes comparece, ya hombre, cargado de saber, de talento, de ideas, a prestar, en un solo acto, el examen de Historia Universal 1.º y 2.º cursos. El tribunal, aun cuando está presidido por el probo y erudito profesor don Luis D. Destéffanis, no sabe verle y le aprueba con la nota anodina de bueno por unanimidad<sup>125</sup>. Rodó, no obstante su modestia, sufrió una decepción, y en su casa se quejó de la injusticia. Pero dos días después sacudirá el espíritu de los examinadores en la prueba de Literatura 1.º y 2.º años, que rendirá igualmente en un solo acto. Estaba allí otra vez don Luis D. Destéffanis, pero la mesa tiene una mentalidad nueva: es presidida por Samuel Blixén y la integran dos miembros más: Carlos Vaz Ferreira y Ángel C. Maggiolo<sup>126</sup>. Blixén y Vaz Ferreira son también dos jóvenes; aquél es apenas cuatro años mayor que Rodó, el otro es aún menor que él, pues no tiene más que 22 años. Pero son un sensorio sutil para percibir el aliento del espíritu. Blixén es ya el esteta refinado que, corriendo los años, será consagrado después de su muerte, por el mismo Rodó, como «maestro en el culto de las cosas bellas, delicadas y amables de la vida»<sup>127</sup>. Vaz Ferreira es todavía estudiante, pero es ya un abismo de profundidad y de originalidad. Sus compañeros de estudios se asombran ante él, y hay entre ellos, precisamente, dos notorios talentos, que recordarán años más tarde, conservando frescas sus impresiones de entonces, lo extraordinario de su personalidad. Para uno de ellos, «subía la escarpada cuesta del saber como un globo sin lastre mientras los otros jadeaban o desvanecían, y sin querer apartarse de nosotros estaba siempre por encima de nosotros», agregando que, cuando su aparición en las aulas, habían sentido que «las primeras explosiones de su vigoroso talento produjeron ese singular estremecimiento con que en el mundo físico se ha de anunciar la aparición de un planeta nuevo»<sup>128</sup>. El otro le consagrará sencillamente así: «[...] a breve lapso de su iniciación estudiantil llegó a conquistar general admiración, siendo unánimemente reconocido como el primero entre los primeros... el condiscípulo pasó bien pronto, desde el primer curso, a maestro de sus compañeros»<sup>129</sup>. El porvenir deparará a Vaz Ferreira el destino de culminar, en las zonas del pensamiento puro, entre los grandes espíritus de América, y de compartir con Rodó el magisterio de muchas generaciones. Pero ni Blixén ni Vaz Ferreira conocen aún a Rodó: éste no frecuentaba ya la Universidad desde hacía varios años. Don Luis D. Destéffanis sólo conserva de él, seguramente, la impresión descolorida del examen de Historia Universal de la ante víspera. Y, sin embargo, esta prueba, de Literatura no será una revelación deslumbradora, como sin duda lo habría sido si hubiese existido entonces parte escrita en los exámenes. Rodó diserta sobre autores italianos contemporáneos. Vaz Ferreira recordará mucho después, todavía, cómo, al discurrir sobre D'Azeglio, sobre De Amicis, habla con una corrección superior a la de todos los demás examinandos, y, especialmente, cómo es de personal y directa su convicción de lo que dice. Se siente, bajo aquella apariencia de joven tímido e inexpresivo, algo totalmente diverso de lo que desfila ante las mesas de exámenes: algo interior, una sustancia, un espíritu. No es alguien que ha venido preparado para un examen: es alguien que es, que ha hecho sus lecturas en las fuentes originales, y las ha meditado. Hay en su modo de decir una manera de Renan en ciertos pasajes que pueden quedar confundidos con la prosa de un buen periodista para quien no sepa ver que en su fondo hay otra cosa: pero esta otra cosa la percibe de inmediato Vaz Ferreira en este examen de Rodó. Blixén también la ha percibido. La nota de Sobresaliente por unanimidad no



es ni siquiera discutida<sup>130</sup>. Blixén llegará más tarde, para satisfacer su asombro, a preguntar a Rodó con quién ha estudiado. Él responderá que se ha preparado solo<sup>131</sup>.

\* \* \*

Con todo, es seguro que esta prueba puramente oral, ese vuelo de la palabra obligada a concretar de improviso todo un complejo de conceptos y emociones largamente vividos, no puede haber dado la medida de ese Rodó de 1894 que era ya el estilista sin igual en el país, el crítico ya grave, sabio, maduro y con autoridad personal, y de quien sabemos ahora cómo escribía, cuánto sabía y cómo juzgaba entonces sobre literatura. Es de ese mismo año, en efecto, su artículo sobre «Dolores» de Balart, donde nos hace algunas confidencias de su estética. Sabemos así que no ama ya más el arte por el arte, y que coloca «sobre la poesía que es contemplación y recogimiento la poesía que es acción, la que orgullosa de los timbres de su antigua tradición civilizadora, aspira a representar en las sociedades humanas una fuerza fecunda y efectiva»: aunque, no obstante esa preferencia, se apresure a declarar que «uno y otro género de lirismo se dan la mano en cuanto signifique reivindicar para el fondo esencial de la poesía la superioridad que sobre lo puramente externo y material se le desconoce por las escuelas que prevalecen».

Por este mismo artículo, que tenía inédito aún, nos es posible catar hoy los primeros jugos de precoz madurez de aquel estilo que no volvíamos a probar desde sus muestras de los catorce años, cuando era sólo tempranísima promesa. Reconocemos la voz del niño pensador y escritor en esta entonación y este acento que empiezan ya a ser magistrales. Pero ¡qué finísimo adiestramiento, qué constante ejercicio de la pluma se adivina operado en esos nueve años, durante los cuales ha venido sin duda destruyendo o dejando perderse lo que escribía! No podemos, por ello, hurgar ahora en las intimidades de su laboratorio de artista de todo ese tiempo, y topamos de golpe con la forma ya lograda. Los largos períodos se han hecho aún más extensos; la interferencia de los conceptos, jerarquizados por una razón ordenadora, más nutrida y prolija; más vigoroso y señor el gobierno del ritmo, que hace a la vez severo, rico y armonioso el proceso sonoro de la frase:

«No es ciertamente la cuerda del sentimiento íntimo, delicado, que se manifiesta en la penumbra de resignadas tristezas, de suaves melancolías- que presenta atenuada la intensidad de los dolores considerándolos en el recogimiento de la meditación o en la perspectiva serena del recuerdo, y expresa las emociones del amor con menos fuego que ternura; la poesía que busca por natural afinidad el consorcio de la forma sencilla y opuesta a todo efectismo de estilo y de versificación, el género que da la nota dominante en el concierto de la lírica española de nuestro siglo»<sup>132</sup>.

Pero también es este artículo, del cual lo que queda transcrito es solamente el párrafo inicial, señal del estado espiritual de Rodó en este momento. Tienta ya en él la inquietud de un renacer idealista en el mundo: no en el sentido religioso, pues su falta de fe se ve bien clara cuando alude a «los halagos de la esperanza de la inmortalidad

que finje un término a la ausencia» y cuando, para señalar la singularidad del misticismo de Balart en la lírica de esos días, confiesa que «la nota de suprema idealidad, la del amor de lo absoluto», la hubiera tenido, antes de leerle, «por incapaz de hallar ambiente propio en nuestro espíritu». Es «en el sentido más amplio e indeterminado» donde busca el «indicio de una nueva e inesperada tendencia de los espíritus en este nuevo ocaso de siglo, tan lleno de incertidumbres morales, tan angustiado por extrañas vacilaciones»..., tendencia «que sólo se manifiesta por la vaga ansiedad, por la medrosa indecisión de quien investiga horizontes y tienta rumbos, brillando trémula y apenas confesada en ciertas almas descontentas de lo presente, como el toque de un reflejo crepuscular...».

\* \* \*

Dará a la luz este artículo en marzo de 1895, en el primer número de *La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*<sup>133</sup>. Es indudable que cuando él fue escrito había nacido ya el propósito de fundar esa publicación, porque Rodó llama a su juicio sobre Balart «la primera de estas crónicas de vulgarización bibliográfica», y lo destina «a aquellos de nuestros lectores que desconozcan el libro que la ocasiona». Estando, pues, escrito en 1894, el propósito que revela de hacerlo integrar el primer número de la revista que estaba por nacer, induce a suponerlo compuesto en los últimos meses de aquel año: quizás en los mismos días del examen de Literatura, porque hemos visto más de una vez que las épocas de exámenes le eran como estimulantes para escribir artículos de aliento.

Pero ¿es que sabemos algo de lo que ocurría en tanto en sus abismos en este mismo 1894 en que su interior hermético venía sangrando sordamente desde antes, y todavía desde antes más, y volvería a sangrar con recurrencias traídas por indefinibles pero no siempre inexplicables angustias?

Pesquisando en otros papeles del niño, del adolescente y del joven, «sus sorprendentes diarios íntimos» (que no son ahora los números de *El Plata*), Roberto Ibáñez ha develado también «cómo se manifestaba un Rodó profundo, sensible hasta el desamparo, entregado en cerrada soledad a la desesperación y a las lágrimas»; y, refiriéndose a esos diarios íntimos, menciona «el de 1891, cuando cree cerradas las puertas de su porvenir, el de 1894, cuando padece la obsesión de la locura» y, entrando en períodos en que no corresponde ya a esta obra seguir el curso de los días del Maestro, pero iluminando sobre hechos posteriores que confirman su predisposición a los estados depresivos y sobre el secreto en que los hundía, «el de 1905 y el de 1906, cuando -en plena gloria- esconde hasta de sus familiares el drama de una quiebra que durante diez años lo transformó en víctima secreta de usureros profesionales»<sup>134</sup>.

\* \* \*

Ah, es desde esos pozos sin salida del yo, transidos de desolación, y con este peso horrendo sobre el alma, que acomete una empresa en que ha de poner todo el entusiasmo que puedan darle los alientos de su fe literaria.

Víctor Pérez Petit cuenta cómo surgió la idea de fundar la *Revista Nacional*, y dice que Rodó tenía ya, antes que los que habían de ser sus colaboradores, el deseo de crear

un órgano que llegase a «ser el centro de la cultura nacional e irradiarla a todos los puntos cardinales de América».

Su amigo atribuye al ejemplo de *El Iniciador de 1838*, que Rodó había conocido algunos años antes, el carácter de *fiat revelador* para este hecho, como también para el nacimiento de la propia vocación literaria del Maestro. Pero sabemos ahora que hay que ir mucho más lejos para encontrar las fuentes de ambos acontecimientos. Todo está allí, en los tiempos de *El Plata*, desde los nueve años del niño: la vocación de escribir que no se apaga más, y que surge al impulso de su indignación contra las dictaduras vivas y concretas que vienen oprimiendo a su país y no contra lejanas tiranías leídas en el papel; y el anhelo de incluir en su periódico la colaboración de las plumas mejores y más dignas: las de José Eugenio Candy, de Diego García, de Caracciolo, de Zoze... Pero la publicación de Lamas y Gané fue sin duda, en el período de la juventud, la influencia que precipitó en formas serias y verdaderas aquellas predisposiciones ya ejercitadas como juego cotidiano en el diario íntimo de la infancia; y las propias confesiones de Rodó a Pérez Petit así lo abonan.

Con todo, no es Juan María Gutiérrez su maestro espiritual en estos momentos. Los temas del admirado colaborador de *El Iniciador de 1838* son sin duda propicios para ulteriores desenvolvimientos, y sus tendencias hacia la tradición racial y el color del pasado nativo explicarán bien pronto los artículos sobre el propio Gutiérrez y sobre *El americanismo literario*. Pero esas inquietudes de conciencia del Rodó de estos días que, sin amar la religión, columbra el alborear de una nueva luz ideal en el agotamiento mortecino del siglo que se va, son reemplazadas en la dulce claridad de Renan. Y hay también dos influencias, la de don Juan Valera y la de Clarín, que en estos momentos se adivinan robusteciendo sus tendencias innatas de escritor artista en un sentido nuevo, de crecimiento, de enriquecimiento del idioma, de pureza estética lograda más por la maduración interior y viva del concepto que por la miope meticulosidad y el rebusco de amaños rutinarios. Por eso, si la primera idea de hacer de un grupo actuante de juventud la avanzada de las nuevas inquietudes literarias en el ambiente se orientó hacia la institución de una Academia Nacional que cuidase la lengua, el propósito se transformó en el de crear una revista quincenal que fuese órgano vivo de producción e irradiación superiorizadora. Eran pocos los amigos con quienes forjaba o comentaba Rodó estos proyectos de su profética ensoñación: los hermanos Martínez Vigil, Félix Bayley y Eduardo Pueyo le habían acompañado en lo de la Academia, cuya acta de fundación llegó a firmar aquel cenáculo de una bohemia limpia y culta. Cuando se trate de crear la revista, estará sólo con Daniel y Carlos Martínez Vigil, pero Rodó propone incluir un cuarto redactor cuyo nombre posea cierta notoriedad: su modestia le hacía suponer más necesaria esta etiqueta externa, para imponer la publicación en el ambiente, que la sola fuerza interior de su propia calidad literaria, cuyo valor acaso él mismo no había sabido medir totalmente todavía. Daniel Martínez Vigil indicó a Víctor Pérez Petit, de quien el público conocía artículos de crítica, una novela y un drama, pero fue preferido Benjamín Fernández y Medina, autor también leído ya en libros y en la prensa. La embajada ante éste, que fue introducida por Víctor Arreguine, otro de los buenos espíritus jóvenes ya notorios, fracasó, y se volvió entonces a pensar en el candidato primitivo.

Pérez Petit acogió con calor una idea que no hacía sino revivir proyectos propios anteriormente acariciados: había pensado ya él también en fundar revistas, una vez con Carlos Travieso, otra vez con Arturo Santana, otra vez con Juan Torrendell. «Quedó

desde luego establecido que todo el material debería ser inédito; que los trabajos irían siempre firmados, excluyéndose los anónimos y los rubricados con un pseudónimo; que se concedería a los colaboradores la más amplia libertad para exponer sus ideas y doctrinas, no exigiéndoles más que la cultura de forma; finalmente, que procuraríamos reflejar en nuestra publicación todo el movimiento intelectual del país, sin distinción de círculos o banderías, sin reparar en simpatías o antipatías personales; y hecho esto, propender a la más estrecha vinculación espiritual de todos los pueblos de América»<sup>135</sup>.

Es Víctor Pérez Petit quien nos ha narrado toda la época de la *Revista Nacional* desde estos mismos instantes preludiales, dando sobre muchos de sus aspectos, infinitos detalles<sup>136</sup>; pero lo ha refractado todo, seguramente sin quererlo ni notarlo, desde puntos de vista casi autobiográficos y, en todo caso, egocéntricos, deteniéndose con delectación en reavivar recuerdos de su juventud, trabajando casi exclusivamente sobre datos de su memoria sólo por él confrontados e interpretados...

Es fuerza, pues, ahora, mirar estas mismas cosas del lado de Rodó.

La *Revista Nacional* aparece el 5 de marzo de 1895. Sus redactores son Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil, José Enrique Rodó. Son cuatro promesas. En aquel momento no le es fácil a cualquiera hacer profecía sobre los valores que había de dar cada uno de ellos en el futuro. Los tres primeros son bachilleres, estudiantes de Derecho y tienen más aplomo que él. En la nómina de los redactores el sitio de Rodó está, pues, fatalizado: será el último. Hasta su propia modestia habrá contribuido a escogerlo quizás. Su artículo sobre Balart ocupa el decimosexto lugar entre los del primer número, y quedan muy pocos más, después de él, para llegar al final. Pero ya hay quien sepa percibir, desde el primer momento, al escritor de raza que acaba de surgir. Carlos Reyles vuelve de Europa, joven, apenas tres años mayor que Rodó, ya inquieto *de ímpetu* renovador, rico de espíritu, hurgador de psicologías, diestro de pluma, armado para la polémica, tajante como un filo, con su incipiente experiencia de la tertulia literaria, en la que ha conocido a Valera, a Castelar, a Galdós, a Clarín... Algún amigo, algún colaborador de la *Revista Nacional*, le piden su impresión sobre el periódico: ¿Ha visto usted mi artículo? ¿Qué le parece la *Revista*? ¿Qué me dice del trabajo de Fulano?». «Sí, sí -responde Reyles-: pero, ¿quién es Rodó?». Es lo que le había interesado verdaderamente allí<sup>137</sup>.

\* \* \*

Y, sin embargo, la *Revista Nacional* era un hermoso esfuerzo de conjunto. La aparición de su primer número fue saludada por toda la prensa de Montevideo como un acontecimiento, en largos y alentadores comentarios. La reimpresión de este número inicial se hizo necesaria, en tanto se iba preparando el segundo. Desde ahora, José Enrique Rodó es nombre que empieza a entrar en el dominio público, aunque pocos sean quienes alcancen aún a valorar la calidad de su contenido, y comenzará a llegar al extranjero: a la Argentina, a las otras tierras de América, a España... La *Revista Nacional* irá penetrando cada vez más en los ambientes literarios del continente. Nombres que llegarán a ser famosos aparecen firmando sus colaboraciones: María Eugenia Vaz Ferreira y Carlos Reyles entre los uruguayos, Leopoldo Díaz, Enrique Gómez Carrillo, Leopoldo Lugones, Rubén Darío, José Santos Chocano y Rufino Blanco Fombona entre los americanos. Ricardo Palma, ya declinante, envía unas páginas olvidadas a esta promisoría revista de jóvenes.

Mucha hojarasca muerta entre cien notas de verdadero interés llenan gran parte de sus columnas; pero los artículos de Rodó van señalando en ella, casi número a número, casi sin tregua, en el ritmo de su quincenal aparición, intensas notas de pensamiento estético, de cultura orientadora y de belleza escrita. Ha adoptado decididamente una única actitud para crear: la de crítico literario. Sus veleidades de novelista, que apuntaron fragmentariamente en la infancia y la adolescencia, han pasado ya. Sus inquietudes poéticas, de las que él llegara a mostrar públicamente, todavía dos meses antes, cómo había intentado un largo vuelo de altura con la oda a *La Prensa*<sup>138</sup>, están adormecidas por ahora.

Digamos de todos modos que si esta oda vino a resultarle ampulosa de forma, hay en ella pensamientos de fondo que exaltan la pasión de «la Libertad», de «la Idea», y del «Civismo», pensamientos que, no solamente cifra, en un comienzo, en el recuerdo de Moreno, y, después de mayo, en Varela y en la execración de la tiranía del «Tiberio de América», sino que, más lejos, exhiben un credo democrático y una avanzada filosofía social que deben ser destacados.

Reconoce, en efecto, a «la plebe», al «vulgo», que «es necio pero paga», ser el «numen» de la prensa, y no teme afirmar que «al terminar el Siglo Diez y Nueve» no hay quien se atreva, porque «ya suena a aristocrático resabio», a

«tener por menos lúcido y profundo

el parecer del vulgo que el del sabio».

Ni teme tampoco, para rematar el poema, revelando desde ahora que no tiene prejuicios, y como para mostrar por qué se desató la lengua popular, «la sin hueso plebeya», «en perorar rotundo», afirmar que «ya obedece al Comunismo intelectual el Mundo»<sup>139</sup>.

Sin embargo, su pluma no fue hecha para el verso, y él seguramente lo sabe. Se da afanosamente a su prosa, juiciosa y reposada, doctoral y grave, pero en la que el sabio ordenamiento de las ideas, de que está henchida, parece efecto de una fluencia espontánea y cálida del lenguaje, entregado a complacerse en la efusión de un desenvolvimiento deleitoso, más que del curso de la razón operando por el rigor de los procesos lógicos. Y no obstante, cada palabra es allí la necesaria exteriorización de un concepto que pugna desde adentro por ocupar su lugar en el conjunto a que concurre a dar sentido, precisión, medida: sea por su densidad intelectual, si es elemento significativo, sea por su fuerza de sugestión, si es expresión de imagen o entraña de emoción. En cada uno de sus largos párrafos están, así, consubstanciados, ideación compleja, cimienta de erudición y una calidad poética que va de lo delicado y lo tierno a lo potente, pero sin jamás dejar percibir ni sutileza de mórbido extravío ni golpe en las sienas de latidos violentos. Muchos trozos de estos artículos seguirán viviendo junto a sus mejores creaciones, y el inventario que en pleno goce de su gloria haga de toda su producción, para incluir en *El Mirador de Próspero* una selección de lo mejor de su crítica, salvará, no obstante los necesarios retoques y las refundiciones, amputaciones y ampliaciones, más de una página intacta de la *Revista Nacional*.

La crítica es ya en él de una amplitud total: omnicomprendiva, tolerante y alentadora, no por debilidad que se atemorice ante el repudio de alguna tendencia, sino porque tiene la fuerza de admirar, las necesarias potencias de intuición y simpatía con qué penetrar los conceptos y las sensibilidades ajenas, aún los más opuestos o desemejantes, aún los intentos mal logrados, que aprecia entonces por lo que vale la inquietud que los ha movido. Sin apartarse nunca de particularizar lo característico y personal de los autores que comenta, gusta extraer de ellos lo que tengan de representativo y general, el valor de categoría estética o social que puedan traducir, y explayar sobre él su adoctrinamiento orientador y fecundo.

Son, después de «Dolores» por Federico Balart<sup>140</sup>, dos capítulos sobre «Juan Carlos Gómez»<sup>141</sup>, que da como introducción a un estudio sobre literatura colonial, y otros dos sobre «La crítica de Clarín»<sup>142</sup>. Y aquí, ya en abril de 1895, sabemos por el primero de ellos que el *Calibán* de Renan ha comenzado a trabajarle en la conciencia, porque escoge, precisamente, esta obra para señalar por ella a su autor, al referirse al comentario de Leopoldo Alas sobre la forma dialogada de «Le Prêtre de Nemi». Las meditaciones sobre el ideal y lo impuro, que llevarán a *Ariel*, están, pues, fermentando desde ahora, dando quizás un principio de concreción a aquellas vagas ansiedades del año anterior.

En el sexto número de la revista, el del 20 de mayo, ocupa Rodó por primera vez el sitio inicial con su artículo magistral sobre «Juan Carlos Gómez»<sup>143</sup>; luego, vuelve a los lugares secundarios, con notas tan hermosas, no obstante, como Los «Poemas cortos»<sup>144</sup> y los capítulos sucesivos de «El americanismo literario»<sup>145</sup> y «Un libro de crítica»<sup>146</sup>.

En tanto, conserva el ánimo de estudiante. Prepara su curso de Filosofía 1.º y 2.º años con Daniel Martínez Vigil, quien se hace lenguas de la solidez con que va a presentarse su compañero y alumno<sup>147</sup>. El 29 de octubre, Rodó solicita rendir este examen en la Universidad, y como ha vencido el plazo para la inscripción, paga la multa necesaria: tan decidido estaba a someterse a la prueba. Se le concede la autorización<sup>148</sup>, llega el día del examen y no comparece. No hay explicación que justifique esta deserción, más que la resolución que debe haber adoptado a última hora de abandonar los estudios universitarios para consagrarse por entero a la vida literaria. Si no nos bastara para suponer, por el conocimiento de su mentalidad y por el precedente de su examen de Literatura del año anterior, hasta dónde fuese de profunda su preparación filosófica en estos días, el testimonio de Martínez Vigil sería concluyente. La majadera interpretación según la cual no dio el examen porque, si dominó la, metafísica, la lógica y la moral «no pudo aprenderlas»<sup>149</sup>, es un gratuito absurdo. Es el llamado de la vocación, es quizás el sentirse ya maestro y no estudiante, lo que decide del bachillerato de Rodó. Desde ahora no pensará ya más en exámenes. De las doce materias que formaban el plan de estudios de 1884, que era el que venía siguiendo, ha dejado aprobadas cuatro en ocho exámenes, y no le preocupará ya, en adelante, el saber que le faltan otras ocho, que habrían debido, normalmente, traducirse en muchos exámenes más<sup>150</sup>.

¿Acaso en lo íntimo no empieza a tener una total conciencia de sí mismo? ¿Acaso Clarín no se ha detenido ya a señalarle, en estos precisos días, como «espíritu escogido y serio»?<sup>151</sup> ¿Y sus propios camaradas no le respetan, desde este mismo 1895 que se extingue, como el mejor? Víctor Pérez Petit escribió entonces sobre él páginas que revelan la admiración y la justa valoración en que ya en esa época tenía a su amigo<sup>152</sup>. Y

es de abril de 1896 su primera producción, publicada en Buenos Aires: «Por la Unidad de América», carta a Manuel Ugarte, que aparece allí simultáneamente con su edición en Montevideo, en la *Revista Literaria*<sup>153</sup>, y a la que pronto seguirá, en la misma revista, *Crítica*, al mes siguiente<sup>154</sup>. Entre tanto, los hermosos artículos de Rodó siguen apareciendo en la *Revista Nacional*. De dos poemas<sup>155</sup>: «Notas sobre crítica»<sup>156</sup>, «Menéndez Pelayo y nuestros poetas»<sup>157</sup>, «Por la unidad de América»<sup>158</sup>, en donde la visión de la fraternidad racial, que venía preparándose en él por una predisposición simpática de sus afectos desde los tiempos de su infantil americanismo y será en adelante uno de sus más fuertes ideales, toma ya conciencia de su método y de su fórmula concreta: «por la unidad de los espíritus, el triunfo de la unidad política vislumbrada por la mente del Libertador». «Sobre un libro de versos»<sup>159</sup> y el soneto «Lecturas» van jalonando el camino que lleva a *El que vendrá*. El poema muestra un proceso de contención y afinamiento de la esencia lírica, que tan ampulosamente había dejado derramar en la oda a La Prensa. Ha logrado después justa y feliz divulgación, pero no es ocioso reproducirlo, por ser los únicos versos que insertó en la *Revista Nacional*:

## Lecturas

*A Daniel Martínez Vigil.*

De la dichosa edad en los albores,  
amó a Perrault mi ingenua fantasía.  
Mago que en torno de mi sien tendía  
gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores,  
fué Lamartine mi cariñoso guía.  
*Jocelyn* propició, bajo la umbría  
fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda  
al corazón, que austeridad entraña.  
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,  
Amé a Cervantes. Sensación más ruda  
busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña!  
vuelvo a Perrault, me reconcentro, ¡y río!<sup>160</sup>...



En el número 30, el del 25 de junio de 1896, se da por segunda vez la rareza de que sea de Rodó el artículo inicial de la revista. Y el honor era indisputable como nunca hasta ahora lo había sido: *El que vendrá* es un salto de su inquietud estética y de su arte de realizar. Un estilo tibio, undoso y lento, perlado de lucientes relieves, con giros de curso amplio y serpenteante, que se acompasan y se ordenan cuando están a punto de retorcerse, mientras van emanando humos sutiles de aroma austero y puro. Una elegía al ocaso literario del siglo, que es a la vez un himno; un anhelo de fe exhalado del ansia del desfallecimiento; un señalamiento de vacío y de impotencia de crear, denunciado por el crítico, mientras el profeta avizora un mesiánico advenimiento y el artista evidencia sin quererlo la realidad de una sustancia nueva, palpitante y robusta, con sólo hablar en su lenguaje de efluvios peregrinos. El agotamiento de todos los caminos de la literatura, cien veces recorridos y abandonados, la inanidad de todos los credos estéticos, el hastío de todos los filtros de belleza probados por la teoría infinita de los labios sedientos, son allí exhibidos, no como una comprobación pesimista, sino como tela opulenta donde los colores de un pintor de grandes perspectivas han logrado, acaso sin tener éste conciencia de ello, extraer de las sombras mortecinas la luz de un amanecer que ya alumbra y calienta. Sobre ese fondo, la invocación al que vendrá es un llamado tónico, un aliento fuerte y severo alzándose en medio del cuadro agonizante. Oigámosla:

«Sólo la esperanza mesiánica, la fe en el que ha de venir, porque tiene por cáliz el alma de todos los tiempos en que recrudescen el dolor y la duda, hace vibrar misteriosamente nuestro espíritu.- Y tal así como en las vísperas desesperados del hallazgo llegaron hasta los tripulantes sin ánimo y sin fe, cerniéndose sobre la soledad infinita del Océano, aromas y rumores, el ambiente espiritual que respiramos está lleno de presagios, y los vislumbres con que se nos anuncia el porvenir están llenos de promesas...

Revelador! Profeta a quien temen los empecinados de las fórmulas caducas y las almas nostálgicas esperan! ¿cuándo llegará a nosotros el eco de tu voz dominando el murmullo de los que se esfuerzan por engañar la soledad de sus ansias con el monólogo de su corazón dolorido?...

¿Sobre qué cuna se reposa tu frente, que irradiará mañana el destello vivificador y luminoso; o sobre qué pensativa cerviz de adolescente bate las alas el pensamiento que ha de levantar el vuelo hasta ocupar la soledad de la cumbre? o bien ¿cuál es la idea entre las que iluminan nuestro horizonte como estrellas temblorosas y pálidas, la que ha de transfigurarse en el credo que caliente y alumbre como el astro del día- de cuál cerebro entre los de los hacedores de obras buenas ha de surgir la obra genial?

De todas las rutas hemos visto volver los peregrinos asegurándonos que sólo han hallado ante su paso el desierto y la sombra. ¿Cuál será, pues, el rumbo de tu nave? ¿Adonde está la ruta nueva? ¿De qué nos hablarás, revelador, para que



nosotros encontremos en tu palabra la vibración que enciende la fe, y la virtud que triunfa de la indiferencia, y el calor que funde el hastío?

Cuando la impresión de las ideas o de las cosas actuales, inclina mi alma a la abominación o la tristeza, tú te presentas a mis ojos como un airado y sublime vengador.- En tu diestra resplandecerá la espada del arcángel. El fuego purificador descenderá de tu mente. Tendrás el símbolo de tu alma en la nube que a un tiempo llora y fulmina. El yambo que flagela y la elegía constelada de lágrimas hallarán en tu pensamiento el lecho sombrío de su unión.

Te imagino otras veces como un apóstol dulce y afectuoso. En tu acento evangélico resonará la nota de amor, la nota de esperanza. Sobre tu frente brillarán las tintas del iris.- Asistiremos, guiados por la estrella de Betlem de tu palabra, a la aurora nueva, al renacer del Ideal -del perdido Ideal que en vano buscamos, viajeros sin rumbo, en las profundidades de la noche glacial por donde vamos, y que reaparecerá por tí, para llamar las almas, hoy ateridas y dispersas, a la vida del amor, de la paz, de la concordia. Y se aquietarán bajo tus pies, las olas de nuestras tempestades, como si un óleo divino se extendiese sobre sus espumas. Y tu palabra resonará en nuestro espíritu como el tañir de la campana de Pascua al oído del doctor inclinado sobre la copa de veneno.

Yo no tengo de tí sino una imagen vaga y misteriosa, como aquellas con que el alma empeñada en rasgar el velo estrellado del misterio, puede representarse, en sus éxtasis, el esplendor de lo Divino. -Pero sé que vendrás; y de tal modo como el sublime maldecidor de las "Blasfemias" anatematiza e injuria al nunciador de la futura fe, antes de que él haya aparecido sobre la tierra, yo te amo y te bendigo, profeta que anhelamos, sin que el bálsamo reparador de tu palabra haya descendido sobre nuestro corazón.

El vacío de nuestras almas sólo puede ser llenado por un grande amor, por un grande entusiasmo; y este entusiasmo y ese amor sólo pueden serles inspirados por la virtud de una palabra nueva. -Las sombras de la Duda siguen pesando en nuestro espíritu. Pero la Duda no es, en nosotros, ni un abandono y una voluptuosidad del pensamiento, como la del escéptico que encuentra en ella curiosa delectación y blanda almohada; ni una actitud austera, fría, segura, como en los experimentadores; ni siquiera un impulso de desesperación y de soberbia, como en los grandes rebeldes del romanticismo. La duda es en nosotros un ansioso esperar; una nostalgia mezclada de remordimientos, de anhelos, de temores; una

vaga inquietud en la que entra por mucha parte el ansia de creer, que es casi una creencia... Esperamos; no sabemos a quién. Nos llaman; no sabemos de qué mansión remota y oscura. También nosotros hemos levantado en nuestro corazón un templo al dios desconocido.

En medio de su soledad, nuestras almas se sienten dóciles, se sienten dispuestas a ser guiadas; y cuando dejamos pasar sin séquito al maestro que nos ha dirigido su exhortación sin que ella moviese una onda obediente en nuestro espíritu, es para luego preguntarnos en vano, con Bourget: "¿Quién ha de pronunciar la palabra de porvenir y de fecundo trabajo que necesitamos para dar comienzo a nuestra obra? ¿quién nos devolverá la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de la esperanza en la lucha?".

Pero sólo contesta el eco triste a nuestra voz... Nuestra actitud es como la del viajero abandonado que pone a cada instante el oído en el suelo del desierto por si el rumor de los que han de venir le trae un rayo de esperanza. Nuestro corazón y nuestro pensamiento están llenos de ansiosa incertidumbre... Revelador! revelador! la hora ha llegado!... El sol que muere ilumina en todas las frentes la misma estéril palidez, descubre en el fondo de todas las pupilas la misma extraña inquietud; el viento de la tarde recoge de todos los labios el balbucear de un mismo anhelo infinito, y esta es la hora en que "la caravana de la decadencia" se detiene, angustiada y fatigada, en la confusa profundidad del horizonte...»<sup>161</sup>.

A los pocos días de su aparición en la *Revista Nacional*, Blixén, con el propósito de dar mayor divulgación a la palabra nueva que acababa de alzarse en el opaco ambiente de Montevideo, transcribía *El que vendrá* en su autorizada página de *La Razón* de la tarde, en el sitio del editorial, y con la errata en el título que podrá apreciarse, y señalaba con estas palabras a los lectores la trascendencia del joven escritor que ya tomaba la altura de un maestro:

**«Un artículo notable.- "Lo [sic] que vendrá".**

Las revistas científico-literarias no tienen aún, entre nosotros, por más méritos que ostenten, sino una circulación limitada, y es necesario que todos los que se interesan en nuestro progreso artístico e intelectual, conozcan ese trozo de

prosa esculpida, mediante el cual se pone Rodó a la altura de los mejores estilistas del habla castellana. Lean los entendidos, y no sabrán qué admirar más, si la serena hermosura de la frase, si la melodía completamente española del párrafo, o si esa concisión, y esa pureza, y esa constante variedad de colorido que hace de aquella prosa un precioso trabajo de arte. Lean y dirán con nosotros que en este caso, como en otros muy contados, el verbo se ha hecho síntesis de todas las cosas bellas, y a más de ser poesía, parece también música y pintura»<sup>162</sup>.

Después de esta sacudida, en que ha alzado la frente para interrogar el futuro, vuelve a ceñirse a su labor de crítico, cada vez más jugosa: a *El que vendrá* siguen los *Juicios cortos*<sup>163</sup> y la serie de artículos sobre *El Iniciador de 1838*<sup>164</sup>, en que reaparece la comente de sus trabajos sobre Gutiérrez y el americanismo literario.

En estos mismos tiempos Juan Francisco Piquet, uno de los cultos colaboradores de la revista, publicaba sus *Perfiles Literarios*, en los que hacía el elogio de Rodó. Es éste el primer libro que recoge el nombre, ya respetado y cada vez más conocido, del autor de *El que vendrá*. La iniciación bibliográfica del Maestro no pudo ser más halagüeña: «[...] revelación hermosa de la crítica literaria en el Plata. Tanto ha sido el poder decisivo de sus producciones, que ningún otro entre los escritores jóvenes se ha impuesto a la crítica y al público más fácilmente ni con mayor justicia», dice Piquet de Rodó: y luego abunda en largos comentarios de atinada exaltación<sup>165</sup>. Los otros redactores de la *Revista Nacional* son también generosamente presentados en el mismo libro. Por eso, el acuse de recibo da ocasión para que se muestre el pudor de los favorecidos, que inhibirá devolver el elogio con el elogio: «Razones fáciles de comprender por quien conozca la nómina de los escritores a quienes se incluye en los *Perfiles* nos imposibilitan para dar nuestra opinión sobre el mérito de la obra. Sólo haremos constar que por parte de la prensa nacional y la argentina, se le ha dispensado un recibimiento muy halagüeño»<sup>166</sup>.

\* \* \*

En tanto, el alma de Rodó vagaba, extática, por otros rumbos. Su retrainimiento, que no le hacía vivir más vida que la de la imprenta o la de su escritorio y el de sus amigos de la revista, ha dejado abrirse un resquicio inesperado. Daniel Martínez Vigil le lleva cierta noche a un teatrillo que hoy no existe, el «Pabellón Nacional», de la calle 18 de Julio<sup>167</sup>, y allí se prenda de Lola Millanes, la hermosa tiple de zarzuela que era la estrella de la compañía. (¿Es acaso un segundo pero verdadero amor? ¿Se ha cicatrizado ya el dolor de su primer fracaso?) En todo caso, esta pasión no pide ser más que contemplativa. Noche a noche, acompañado de su amigo, hundido en la penumbra tibia tras las candilejas, se queda en su embeleso mirando a la criatura que le cautiva. ¿Sabe ella por ventura de este admirador ardiente que no busca siquiera la ocasión de hablarle? José Enrique Rodó confiesa a Daniel Martínez Vigil que la Millanes le ha inspirado unas cuartetas de amor, las que tampoco hará llegar a sus manos. Sólo el amigo las lee, y se las guarda, bajo promesa de secreto. Pero, violando la fe de este menudo juramento para cumplir con un deber por el que la posteridad debe quedarle grata, entrega los

versos, sin decir nada a Rodó, a la revista *La Carcajada*, que los publica en su número inicial el 4 de enero de 1897:

### A...

De pie sobre la escena, desatada  
en ondas la profusa cabellera,  
alta la sien, radiante la mirada,  
como jovial emperatriz, impera...

Una purpúrea flor se abre, sangrienta,  
cual en copa de ébano, en la cima  
del casco negro que su frente ostenta  
y un acerado resplandor anima.

Suena una voz..., y en nuestra mente cruza  
como en un dulce sueño, al escucharla,  
la hechicera visión de la Andaluza  
que imaginó Musset, para adorarla...

Cada rayo que vibra atravesando  
de sus pestañas por el tul sedeño,  
es un hilo de luz que va bordando  
el tejido impalpable de los sueños...

Y, a cada giro de su cuerpo airoso  
las vueltas del mantón abriendo al aire  
semejan el ondear, raudo y glorioso  
de un pendón en las justas del donaire...

En la ficción, el Arte ha modelado  
su espíritu... Es ficción su vida entera...  
¡Quién su fingido amor -su amor soñado-  
en real amor transfigurar pudiera...!<sup>168</sup>.

Bueno es decir ahora algo más sobre la publicación que dio a la luz este secreto de Rodó.

El 4 de enero de 1897 salía el primer número de *La Carcajada*, revista que, según lo anuncia en su segunda página, dirigía Pedro W. Bermúdez y tenía por director artístico a Orestes Acquarone; por colaboradores literarios a Daniel Martínez Vigil, Víctor Pérez Petit, Carlos Martínez Vigil, José E. Rodó, Guzmán Papini y Zas, Juan Francisco

Piquet, Javier de Viana, Mariano C. Berro y Luis Maeso, y artísticos a Miguel Jaime y Bosch, Antonio Pérez, José Pajes y Ortiz y Aurelio Giménez, nómina que se repite en el editorial que se titula *Confesión*<sup>169</sup>.

Es en la página 14 de ese primer número en donde aparecieron esas cuartetas, precedidas de la siguiente explicación:

«Por la infidencia de un amigo, poseedor de la hermosa composición que al pie de estas líneas publicamos, hoy podemos ofrecer a nuestros lectores algo de lo mucho bueno de Rodó.

Los deseos de su autor eran conservarla entre sus cosas ignoradas por el público, pero, en vista del mérito de ella, aplaudimos la humilde [sic, por «punible», según se hace constar a p. 27 del número 2 de *La Carcajada*] infidencia de Daniel Martínez Vigil. (Se nos escapó el nombre del culpable. *Pardón!*)»<sup>170</sup>.

En el n.º 4, de enero 25 de 1897, de la misma revista, Rodó se desempeña con ingenio para rehuir el dar satisfacción al pedido que Pedro Washington Bermúdez Acevedo le formulara, de escribir su autobiografía. La posteridad se ha privado de tener una que nos hiciera conocer, tal como él la veía, la proyección subjetiva de su vida en esos momentos, en que contesta el requerimiento, y que estuviera apoyada además en algún dato que no haya llegado hasta nosotros. En dos páginas escasas de apretada composición se limita a divagar amablemente, en la que llama «Una prosaica imitación del soneto de Violante» que, si no vale la pena transcribir en este libro, es de todos modos de recomendable lectura<sup>171</sup>.

\* \* \*

Las chanzas entre los redactores de la *Revista Nacional*, de que es ejemplo esta audacia de Daniel Martínez Vigil, eran parte importante de la bohemia con que los cuatro amigos iban viviendo los afanes de su labor. Uno a uno, todos han sido víctimas de los otros en su inocente juego. Pero el peso de los deberes es verdaderamente agobiante en la empresa, pues la dificultad de conseguir colaboraciones, y hasta las tareas de corrección en la imprenta, producen momentos de desesperación. Víctor Pérez Petit ha cargado las tintas de las escenas a que dio lugar la extremosa prolijidad de Rodó, bien notoria por cierto, en esta materia, y se ha complacido también, por buscar sensación de contraste, en mostrar cuánto reía y jaraneaba el joven grave y pensativo en la expansión de la alegría camaraderil. Queda de todo ello la pintura de «su modo peculiar de reírse, -una risa de todo el cuerpo, viboreante, en zigs-zags, las largas piernas echadas por un lado, los brazos por otros, el cuerpo agitándose sobre la silla»<sup>172</sup>; y queda el recuerdo de algún verso, que, sin intención maligna, surgía al pasar en la conversación, por alarde de broma, como estas cuartetas a un poeta petulante:

«Piensa, vate que te exhalas

en rimas y formas toscas,  
que a pesar de tener alas,  
no son aves, no, las moscas»<sup>173</sup>.

Y queda sobre todo un soneto dialogado de éste género, entre Rodó y Pérez Petit, en que se revela una admirable facilidad de improvisación. En un artículo del Dr. Julio Magariños Rocca para la revista, Carlos Martínez Vigil había sustituido sobre el plomo, por travesura, la a por una u en la palabra barro, transformando la frase; «La criatura humana sabe ser a veces un coloso con pies de barro», en esta otra: «La criatura humana sabe ser a veces un coloso con pies de burro». Pérez Petit se indigna y entra al escritorio de Rodó donde tiene lugar esta escena, que ha narrado él mismo:

«¡Figúrense ustedes qué tremolina! ¡*Burro* en vez de *barro*! "Eso no estaba así!" -clama Daniel; "Es que tu no sabes corregir", contesta Carlos. Daniel se pone rojo de ira y vocifera: "¿Que yo no sé corregir? Estoy seguro que la prueba decía barro y no burro. ¡Aquí hay una mano criminal!".

La discusión no concluía más. Se trajo la prueba. Efectivamente, decía *barro*. ¿Entonces, como aparecía escrito *burro*?- "Se habrá caído la letra y los cajistas la arreglaron por su Cuenta..." -explicó Carlos.

Callandito, me marché a averiguar el caso por mí mismo. Muy en secreto me confiaron en la imprenta que una vez colocadas las 'ramas' en la máquina, Carlos en persona había hecho la sustitución de letras. Satisfecha mi curiosidad, volví al escritorio de Rodó: los hermanos Martínez Vigil se habían marchado.

Bajo la fiebre de mi descubrimiento, sin duda, rompí a hablar en verso:

-Buenos días, señor don José Enrique

Mi amigo, tomando la embocadura, no quiso ser menos, y se soltó con otro endecasílabo:

-¡Buenos días, don Víctor, ¿qué me cuenta?

Puestos en este tren, por fuerza teníamos que aporrear a las Musas. Y así continuamos dialogando, yo y él:

Yo: -Que vengo horrorizado de la imprenta.

Él: -¿Pues que ha sido? Su horror, al fin, publique.

Yo: -Hay que impedir que Carlos modifique.

Su texto a los autores...

Al llegar aquí, la Musa me abandona traicionera y me quedo buscándola por el aire. Rodó, que mantiene a la suya bien sujeta y no la deja escapar me saca del atolladero:

Él: -Me impacienta.

Que no encuentre usted pronto rima en *enta!*

En prosa o verso su pecado indique.

Yo cobro ánimos y ya no hay quien me detenga:

Yo: -En una prueba que decía *barro*.

Cambió la *a* por *u*, y escribió *burro*.

Él: -¡Al fin, amigo, ha destapado el tarro!

Y contra quien se despachó el cazurro?

Yo: -Contra don Julio Magariños Rocca.

Él: -Entonces esa enmienda no me choca»<sup>174</sup>.

\* \* \*

Pero estas episódicas veleidades de chanza no eran sino periféricas, corteza en que no puede detenerse sino el análisis superficial. En lo profundo, era grave y severa la juventud de Rodó. El mismo lo dirá en estos propios días, como un grito solemne de su conciencia:

«[...] si la juventud del espíritu significase sólo la despreocupación riente del pensar, el abandono para el que todos los clamores de la vida son arrullo, la embriaguez de lo efímero, la ignorancia de las visiones que estremecen y el desdén de la Esfinge que interroga, sería bien triste privilegio el de la juventud, y yo no cambiaría, por la eternidad de sus confianzas, un solo instante de la lucha viril en que los brazos fuertes desgarran girones de la sombra y en el que el

púgil del pensamiento se bate cuerpo a cuerpo con la Duda»<sup>175</sup>.

Es ésta la actitud espiritual con que enfoca su visión del porvenir literario y le hace escribir «La Novela nueva. A propósito de "Academias" de Carlos Reyles»<sup>176</sup>, trabajo al que acabamos de citar en la frase transcripta. La polémica se había entablado entre don Juan Valera y Emilia Pardo Bazán, por una parte, y el propio Reyles por otra. Rodó terea a favor de la tesis de este último: la defensa de un psicologismo que no busca ser complaciente ni deleitoso. En su alegato, desecha «la humedad espiritual de la fe vieja» por la «religiosidad anhelante de Tolstoi»: pide al arte que entre en el «antro de la tiniebla psicológica», en el dolor y la duda, y llega, casi, hasta amar por sí mismos el dolor, la duda, la sombra<sup>177</sup>... *La Novela Nueva* es otra crisis espiritual, otro salto del pensamiento y del lenguaje, más importante aún que el que había señalado El que vendrá, porque ahora se nos da desnudo, todo entero, por adentro. Cuando termine la última línea de este ensayo, estará hecho ya el estilo con que será escrito *Ariel*: la prosa, que sigue revelando en todos los momentos, inconfundible, la misma voz de *El que vendrá*, se ha densificado, no obstante: se ha hecho más austera sin perder la fluidez ni la gracia de las amplias curvas: apoya con firmeza sus ritmos en cimientos más sólidos, que deja asomar, de tiempo en tiempo, desnudos como jalones de piedra.

En aquella misma Navidad de 1896 en que aparece *La Novela Nueva*, es transcripta una carta en que el ilustrado escritor cubano don Rafael M. Merchán, radicado por entonces en Colombia, aludiendo al mérito de los trabajos que publica la revista, dice a Rodó: «Los que llevan la firma de V. son los que siempre leo primero, porque V. escribe sobre las materias de mi predilección y lo hace V. como maestro»<sup>178</sup>. Cuando ya esté extinguida la *Revista Nacional*, Rafael Altamira, en una carta alentadora, hará a su vez saber a Rodó que comparte todas sus ideas sobre *La Novela Nueva*<sup>179</sup>.

Pocos meses más de vida esperan, en efecto, a la revista. Rodó seguirá dándole, morosamente, algunos nuevos soplos de su fuerte aliento crítico. «Poemas» de Leopoldo Díaz<sup>180</sup>, «Arte e historia»<sup>181</sup>, «Un poeta de Caracas»<sup>182</sup>, «La muerte de Ricardo Gutiérrez»<sup>183</sup>, «Una novela de Galdós»<sup>184</sup>...

Y en lo que no se ve, en el prosaico menester económico de la publicación, Rodó, con su invariable desprendimiento, será también el único sostén de la *Revista*, pues pagará todos los gastos que ella origina con su solo peculio, con lo que le va quedando de unos miles de pesos que recibió de la herencia de don Cristóbal. Lo ha hecho cada vez que ha habido déficit: y los malos momentos se hacen ahora de más en más frecuentes.

Con los mismos dinerillos de su herencia, Rodó es, también, quien paga siempre las cenas colectivas de los cuatro compañeros de la *Revista*, y aquellas otras, más frecuentes, que, solo con Carlos Martínez Vigil, realiza en el Café Gambrinus, de la calle 18 de Julio entre Cuareim y Yi, en el terreno con plantas que éste tiene en el fondo.

Con los mismos dinerillos y la misma generosidad pagará, también, poco más adelante, los consumos de mesa de café que sirvan de pretexto, unas veces en Buenos Aires, otras veces en Montevideo, a las sustanciosas charlas con Rubén Darío, de que es



partícipe a menudo Álvaro Armando Vasseur: deslizará, todavía, en alguna ocasión, en la mano de Darío, una libra esterlina para que él la dé como suya al cochero. (Y el supremo inconsciente de *Prosas Profanas* saldrá con ella por una puerta del café del Ateneo, al que acababan de llegar para instalarse en una mesa, se la guardará en el bolsillo, y entrará, con aire indiferente, por la puerta opuesta, sin que Rodó haya siquiera sospechado de su divino amigo...)<sup>185</sup>.

\* \* \*

La situación política del país, más, quizás, que la natural dispersión del grupo traída por los años -ya habíamos dejado de ser muchachos, dice Pérez Petit- ha condenado el esfuerzo de los valientes jóvenes, reclamando sus capacidades para otros objetos. Una oligarquía, la corte palatina de Julio Herrera y Obes, en cuyo principismo tanto había confiado muy pocos años antes la nación entera, venía perpetuando su predominio a través de sucesivas parodias electorales. El ático presidente había sabido encauzar el sufragio según sus deseos, quizás sinceramente orientados, por otra parte, mediante una por él mismo llamada «influencia directriz», y hasta se dice que se había hecho llevar cierta vez las urnas a su propia casa para asegurarse el resultado de los escrutinios... Su sucesor, don Juan Idiarte Borda, una medianía de fácil manejo para los dones de seducción de Julio Herrera y Obes, que seguía siendo el eje brillante e irresistible del poder, no había hecho sino continuar el sistema del fraude electoral. No importa que hayan resultado electos, junto con el turbión de aduladores, algunos ciudadanos de bien y de esclarecida inteligencia, dignos de disfrutar del diálogo con el talento subyugante de aquel jefe civil de dorada palabra, en las tertulias de espiritualidad y de cultura que habían hecho centro en su propia casa, hospitalaria y señorial. El desprestigio de la causa, que representaba el grupo llamado colectivista del partido colorado, no podía quedar salvado por el lustre que pudieran darle unas pocas personas. El malestar del pueblo sube de punto cuando, el último domingo de noviembre de 1896, estando el país convulsionado por el reciente estallido de una guerra civil, suspendidas las garantías constitucionales con la sola irrisoria pausa de las breves horas precisas del día mismo del comicio, para el cual fueron restablecidas, pero con todas las vísperas de éste de aquel modo maculadas, y ocupada militarmente buena parte del territorio nacional, se realizan elecciones de diputados, como si la República estuviese en su vida normal y fuese posible la libertad del sufragio. Durante los preparativos de este acto, y, nuevamente, al día siguiente de su realización, la prensa opositora denuncia la nulidad del comicio y proclama el desconocimiento de sus resultados. La efímera revuelta de 1896 es sucedida, al año siguiente, por una revolución de grandes proporciones, acaudillada, como lo había sido aquélla, por Aparicio Saravia, y en la que el partido blanco reivindica las garantías electorales. El partido constitucional y buena parte del partido colorado reconocen la justicia de esta bandera, y si José Batlle y Ordóñez, que orienta desde *El Día* la crítica al gobierno hecha en las propias filas coloradas, no apoya con su simpatía la insurrección, es porque la siente sólo encaminada al triunfo blanco: pero hubiera querido la unión de todos los partidos para defender el mismo principio, en una gran revolución nacional.

José Enrique Rodó tiene junto a sí, desde hace unos años, a don José Domingo Piñeiro, que, después de la muerte de Tomasa, ha ido a habitar la planta baja de su casa de la calle Pérez Castellanos, cuyos altos ocupa doña Rosario con los suyos. La frecuentación de esta auténtica reliquia del viejo principismo colorado, que había caído dignamente, presidiendo en su momento culminante las Cámaras del 73, ante las

bayonetas del 75, renovaba ahora en el hogar el calor de su tradicional civismo. El éxito de *El que vendrá* y *La Novela Nueva*, que publica Rodó en un mismo opúsculo bajo el epígrafe de *La vida nueva*<sup>186</sup>, con traerle las alegrías del primer libro, con haberle «tenido el alma trémula en la sensación indefinible de esperarlo», que confesará más tarde, sin quererlo, en *Albatros*<sup>187</sup>, no le aparta de su preocupación política. La voz pública denuncia sin embozo que don Juan Idiarte Borda está lucrando con la continuación de la guerra, y hay que escuchar ese grito. La opinión reclama la paz, y el presidente desoye su clamor, no demostrando inquietarse por el cese de la lucha, con lo que las sospechas se acrecientan. El 25 de agosto, a la salida de un *Te Deum* en que se solemnizaba la fecha patria, el primer mandatario de la nación es muerto de un tiro por un hombre del pueblo, Avelino Arredondo.

El país parece salir súbitamente de una opresión agobiante, estallando en anhelos de concordia y de reconstrucción. Los sucesos comienzan a precipitarse. El Presidente del Senado don Juan Lindolfo Cuestas, al sentarse, por mandato constitucional, en el sillón vacante, se independiza del colectivismo, del que hasta entonces había formado parte, e inicia una nueva política. La paz se firma al mes siguiente, y el delirio del pueblo redobla porque a la extinción de los odios partidarios acompaña un enérgico impulso de moralización administrativa, que comienza a extirpar las profundas raíces de una corrupción largamente cebada en las arcas del Estado.

\* \* \*

Rodó no puede, en esos momentos, olvidar sus deberes de ciudadano. Con todo, quién sabe por cuántos días habrá podido distraerle con amargura de ellos el primer revés en el camino de sus triunfos literarios, esa inesperada crítica adversa, aparecida en dos números casi seguidos de *El Día*, los del 11 y el 13 de octubre de 1897, en que Javier de Viana, otro joven de garra en la generación que ascendía en el horizonte de las letras, y que regresaba de la campaña, porque había hecho en ella la revolución, le señala obstinadamente, por modo especial en el segundo de ellos, defectos que no tenía.

No permitía, con todo, el primero de esos dos artículos, suponer hasta qué extremo alcanzaría lo despiadado de la crítica que le dirigiría el que lo había de seguir. Se titula el inicial «Sobre Modernismo. La Vida Nueva», y al hablar de Rodó, comienza con un elogio a «su inteligencia», que «es una de las más claras y profundas» y a «su estilo», que «es hermoso y brillante, un poco confuso, quizá, demasiado abstracto tal vez pero puro y correcto y de una sonoridad armoniosa que cautiva», y le llama «luchador de raza», que «ama el arte por el arte»... y «que desdeñando la popularidad», «se encastilla en su yo, como un alquimista en su laboratorio, solitario y huraño, esforzado y tenaz». Divaga bellamente a su vez el propio Viana, glosando al Rodó que denunciaba los valores caídos, los maestros y los dioses que se fueron; y no sin dejar de confesar, también él, las ansias que «entre tanto aun existen en nuestro corazón y en nuestro pensamiento», declara que «cuando se ha llegado al final de esta reseña queda en el alma un dolor vago, un malestar profundo, un anonadamiento de los centros nerviosos», porque «el centelleo constante y la música armoniosa y triste de aquella prosa pesimista producen como en el ajeno y el 'haschich' un relajamiento intelectual y moral...». Y dice, en fin, que «el joven autor... se lanza -en pleno delirio, que anula toda esperanza individual-, en busca de un Redentor extrahumano»... y que parece que «su alma joven, que debe ser fuerte y osada, se bañara y se aniquilara en el marco oscuro, silencioso y quieto de todas las tristezas», para rematar, más lejos, y como término de este primer

artículo, en que, sí, «resistiendo a la acción de su perfume», se analiza y estudia esta prosa, «las contradicciones saltan flagrantes y la enormidad de las falsedades nos harían sonreír, si la convicción de un peligro real no nos moviera a buscar el medio de obtener la inocuidad para esas hermosas plantas deletéreas»<sup>188</sup>.

«Sobre Modernismo. La Vida Nueva II», se titula el segundo de estos dos artículos que lo subestiman. Viana ataca en él a un Rodó que no podría reconocerse allí como el verdadero. Es imposible resumir las críticas que le dirige, tanto es lo que erróneamente le atribuye haber dicho sin que él lo hubiera siquiera sugerido, y tanta la indudable mala voluntad que lo mueve. Esta se muestra ya desde el inicio, que interpela, casi con grosería:

«¿Cuál es la síntesis de la obra de Rodó? ¿Cuál su tendencia? ¿Y dónde están sus principios? ¿En la doctrina científica que en partes acoje, o en el misticismo que le hace ver el ideal levantándose orgulloso y vencedor, con las alas retoñadas y como una prueba palpable de la impotencia e ineficacia de los tajos de la razón humana? ¿Opina como la ignorancia de Brunetière que la ciencia ha hecho bancarota? ¿Cree en la existencia de los Maestros y en el poder de las Escuelas, o las relega al pasado, como trastos inservibles?

Sólo un concepto campea claro y preciso en el libro de Rodó: la convicción de que la humanidad, carcomida por la decadencia va marchando exangüe y abrasada por la fiebre, sin guía y sin norte, mal cubiertas las pústulas ulcerosas...».

¿A qué seguir transcribiendo tanta equivocada crítica, que se alarga a través de casi dos columnas macizas todas llenas de injustas acusaciones?

Un final inesperado de elogios hace respirar, no obstante. Como sintiendo que debe hacer una reparación, termina diciendo:

«Por nuestra parte, amamos todo lo que se escribe con talento; y opinando, como opinamos, de tan distinta manera al señor Rodó, nos place manifestar que ojalá pudiésemos hacer todos los días nuestro desayuno intelectual con obras tan bellas como *La Vida Nueva*»<sup>189</sup>.

Por otra parte, lo meramente impulsivo de este ataque del Viana de 1897 no impidió una amistad posterior, acaso iniciada en 1893 en la redacción de *Montevideo Noticioso*, entre los dos grandes escritores, amistad que se comprueba sobre todo a través de una correspondencia que aunque no asidua ni sostenida, fue de alta estima recíproca<sup>190</sup> y quedará evidenciada sobre todo cuando en 1910 el mismo Viana, confesándose «pobre, enfermo y triste», pida a Rodó, reconociendo la autoridad del que califica de «Maestro

amigo», que «se dignase escribir algo» sobre Macachines, que acaba de publicar, «aunque fuera para atacarlo»<sup>191</sup>. Con todo, ¿no habrá sido esta severa admonición del Viana de 1897 la iniciación de los excesivos procesos de autocrítica que llevarían a Rodó a negar más tarde por dos veces los dos trabajos que incluyó en «La Vida Nueva I», o sean *El que vendrá* y *La Novela Nueva*, la primera cuando dijo de ellos a Pérez Petit que «no dicen nada»<sup>192</sup>, la segunda al escribir en 1914 al ecuatoriano Alejandro Andrade Coelio que «el opúsculo no tiene gran importancia y poco se perderá en omitirlo»<sup>193</sup>, hechos ambos que ha apareado oportunamente Mario Benedetti para fundar su propio juicio en un sentido parecido?<sup>194</sup>

\* \* \*

No importa el disgusto que le habrá hecho sufrir el absurdo ataque de Viana, porque habrá de venir todavía, o quizás lo está sufriendo ya, otro dolor mayor y más largo.

Sí, no es el causado por el juicio de Viana el único dolor que viene a morderle por estos tiempos. Sí, hay otro más, otro peor, que llega a lo más profundo, porque es dolor de amor, y lo hemos de poder apreciar en seguida así.

No sabremos ubicarlo en el tiempo sino por aproximación, pero es fuerza, por lo que se verá, decir que, posterior y sin duda más serio que el fugaz arrebató por Lola Millanes, pero todavía de la última época de *La Revista Nacional*, pues Pérez Petit lo ubica en ella, y anterior a las dos pasiones más, por lo menos, que sabemos concibió Rodó en años que no corresponde sean historiados en este libro que, en cuanto a lo estrictamente biográfico, hemos creído que debía cerrarse -y así lo hacemos- con la aparición de *Ariel* (si bien para la valoración de las ideas que en éste se contienen ha de sernos de todo punto necesario que acudamos a seguir trayendo a colación lo que llevaban en potencia, para lo cual las confrontaremos, en varios de sus aspectos, con las de los años subsiguientes), es un episodio amoroso que Pérez Petit ha narrado incompletamente en páginas ligeras, sin sospechar que hubieran merecido el tratamiento casi dramático que, sin que él tuviera seguramente noticia alguna capaz de revelárselo así, habría correspondido darle.

Es el episodio de las dos señoritas, una de Buenos Aires y otra de Montevideo, de quienes Rodó y Carlos Martínez Vigil se prendaron en el vapor que las traía a ellas y a ellos desde aquella ciudad. No fueron sólo risueños desencuentros como los que pueden leerse en esas páginas<sup>195</sup>, lo que ocurrió después.

La señorita porteña fue ubicada al fin por Rodó. Era María Mandiá, que había venido a pasar aquí una temporada en casa de la familia, por mil conceptos respetabilísima, de García Morales, de quien era parienta, y que vivía en una casa de bajos de la calle Ciudadela entre Rincón y la Plaza Independencia, frente a donde desemboca la calle Colonia. Rodó pasaba, para verla, todas las tardes por su acera, acompañado por algún amigo- que no era, seguramente, Pérez Petit- mientras ella estaba en el balcón junto con sus primas de Montevideo. Al principio no sabían quién era, y ellas le llamaban «el de la galerita». Pero poco después él y ella llegaron a hablar, y sus amores, que alcanzaron a ser veladamente aludidos por alguna nota auspiciosa de crónica social, hoy inubicable, que permitía reconocer fácilmente a, los dos enamorados, parecían encaminados al casamiento.

Regresada la niña a Buenos Aires, y conforme lo habían convenido los prometidos, Rodó fue en procura de su amor a aquella ciudad, y al llegar a la dirección que se le había dado, se encontró con que María Mandiá estaba efectivamente en el balcón de su casa, pero conversando con su novio. Con su verdadero novio, de quien había estado separada sólo durante los meses en que emprendió con Rodó unos que no habían de ser para ella sino amores pasajeros, mientras él los creía eternos. Porque el novio, con quien éste la sorprendiera hablando, era marino, y se había ausentado cierto tiempo antes para un largo viaje de varios meses, díjose que quizás por el Japón y en todo caso por Oriente, y su regreso había sido, entre tanto, o no esperado ya definitivamente, o sólo dudosamente esperado, pero con una demora que, en todo caso, fue calculada sin precisión y con ligereza<sup>196</sup>.

La herida profunda que la desilusión produjo inevitablemente al traicionado no tuvo quizás confidente, pero caben, para imaginarla, las más crueles de las páginas que, más tarde, escribiría el Maestro en «El libro del dolor».

\* \* \*

Pero era ésta la hora del ciudadano, y era fuerza hundir la pena, calladamente, en el fondo del pecho. El imperativo político de la hora debe prevalecer sobre todo. Don Juan Lindolfo Cuestas empieza a adquirir un inmenso prestigio, y aparece como el hombre providencial por el que claman los pueblos postrados que acaban por perder la fe en sí mismos. Se le quiere imperiosamente para la próxima presidencia constitucional, cuya elección debe hacer la Asamblea General el 19 de marzo de 1898, pero las Cámaras que integran la Asamblea, en las que el colectivismo, no obstante ser ínfima minoría en el país, mantiene una enorme mayoría, se niegan a aceptar la candidatura de Cuestas. Se recuerdan entonces los vicios de elección de aquellas cámaras que no traducen, en realidad, sino una legalidad aparente. Enormes manifestaciones populares, las más grandes que el país ha conocido hasta entonces, recorren las calles de Montevideo, reclamando a Cuestas. La Asamblea, que no representa al pueblo, no puede contrariar su voluntad. El duelo entre las cámaras y el pueblo está planteado. Llegaron a popularizarse, como fórmulas de la imposición popular, las frases: «Cuestas cueste lo que cueste», y «Cuestas con la Asamblea, sin la Asamblea o contra la Asamblea». Si la Asamblea votaba a Cuestas, no obstante su ilegalidad, sus vicios de elección, se hacía intérprete de la voluntad del pueblo, rejuvenecía por este hecho sus poderes espurios, y era juicioso tolerar la continuación de su mandato, evitándose la conmoción que su disolución podría producir. Si persistía en oponerse al clamor nacional, no tenía ya pretexto para subsistir, no podía invocar una representación que, tras no tenerla por su origen, tampoco se preocupaba por adquirirla mediante una tácita ratificación de sus hipotéticos mandatos. Este era, en esquema, el razonamiento que se había adueñado de la masa y que la prensa glosaba cotidianamente con claridad más o menos feliz. La disolución de la Asamblea y la imposición violenta de Cuestas, es decir, el golpe de estado, y por consiguiente, la dictadura, era, pues, una eventualidad que aparecía ya casi inevitable, pues el grupo colectivista de las cámaras se mostraba irreductible, haciendo cuestión de dignidad y prefiriendo caer antes que someterse a la imposición.

José Enrique Rodó acepta esta eventualidad. No ha claudicado de aquel santo y obsesivo repudio a las dictaduras, que diez y siete años antes había hecho mover por primera vez su infantil pluma de escritor. No abrazará una causa criminal. Había combatido entonces las dictaduras porque violaban la legalidad. Ahora, en cambio, se

está en un caso único y singularísimo, porque no hay legalidad ni en el gobierno ni en la oposición. Se vive en lo arbitrario. Volteándose las cámaras, no sería destruida una legalidad que no existía, sino, por el contrario, se apartaría lo ilegal preparando el camino para restaurar el auténtico imperio de la constitución. Era por principismo que se había opuesto a aquellas dictaduras de su niñez. El mismo principismo le obligará, ahora, a optar entre dos dictaduras: la de una legalidad simulada bajo la farsa electoral que contraría la voluntad del pueblo, y la de una ilegalidad ostensible y sincera que, sin mentir un origen comicial, recoja directamente el anhelo popular. La elección no es dudosa.

El 1.º de febrero 1898 aparece un diario, *El Orden*, que estampa por bandera esta permanente: «Juan Lindolfo Cuestas. Garantía de paz, de moralidad administrativa, de libertad institucional. Candidato de *El Orden* para el gobierno de la República». Es director de la hoja don Antonio O. Villalba. En el editorial anuncia que, para realizar su misión, cuenta ella con jóvenes distinguidos que ya han brillado con luz propia en las diversas esferas de la actividad humana, y hace el elogio individual de algunos de ellos, entre los cuales está «José Enrique Rodó, el notable escritor cuya fama de estilista ha pasado las fronteras de nuestro país». Carlos Martínez Vigil tendrá a su cargo la redacción del diario. En la larga nómina de los otros colaboradores, «jóvenes ciudadanos esforzados, dispuestos a todos los sacrificios y a todas las abnegaciones patrióticas», está también el nombre de Víctor Pérez Petit. El pequeño cenáculo de la *Revista Nacional* se ha reconstruido en parte, aunque aparece diluido en un círculo más vasto. Es don Eulogio de los Reyes, el administrador del diario, quien ha ido en procura de los cuatro amigos para incluirlos en las falanges de esta nueva cruzada. Sólo Daniel Martínez Vigil quedará fuera de sus filas.

En el primer número, un magistral artículo de Rodó, que lleva su firma y se titula «La juventud y el partido colorado», contiene párrafos como éstos, que definen con valentía y nitidez su posición en la lucha:

«De un lado, la representación inequívoca, del corazón y de los intereses sagrados del pueblo. -Del otro lado, las disciplinadas huestes de una oligarquía que pugna por la imposible perpetuación de su entronizamiento y en la que se personifica un régimen que el país abomina y rechaza con todas las fuerzas de su alma, con todas las energías del legítimo interés herido y de la indignación, -con el supremo e irrefrenable esfuerzo que la desesperación sabe arrancar de la propia debilidad del cansancio.

Es el porvenir de la República el que se juega en la partida, de manera solemne. Cierta parte del porvenir está en nosotros. -Nosotros nos adelantamos para hablar en nombre del porvenir.-

[...]

Queremos el gobierno efectivo del partido colorado, por el encumbramiento de sus hombres mejores; queremos el régimen de la probidad en el gobierno, que arraigue prácticas



honestas e impida peculados; queremos la extinción radical de ese sistema de la usurpación del voto, de la mentira electoral, confesada y alardearla, que nos deprime en nuestra dignidad de pueblo libre...

[...]

Confiamos, pues, en la aptitud institucional de nuestro pueblo... creemos también en la aptitud institucional de nuestro partido».

Rodó declara saldada por el partido colorado una de sus grandes deudas de honor: la moral administrativa; sólo le resta «poner un límite seguro al sistema de la falsificación del sufragio, la más urgente y cuantiosa de las deudas morales que había contraído ante la historia y ante el país»<sup>197</sup>.

Esta obsesión de la pureza electoral violada es la razón de ser de su actitud: forma el centro político y moral en que toman sus fuerzas, su repudio de una situación que no es sino «la sombra vana de una legalidad ficticia», y su adhesión al movimiento que busque en la disolución de la Asamblea el restablecimiento de la verdad institucional. Dirá, por eso, en el segundo número de *El Orden*: «[...] no comprendemos que el país, después de haber sido sacrificado a las ambiciones de personalismo que han usurpado sus derechos electorales, deba detenerse, con un respeto cómico, ante la ficción de legalidad emanada de esa usurpación y prefiera la vergüenza y el infortunio antes que decidirse a la violenta reivindicación de su soberanía... La lucha que se empeña no es siquiera la de una legalidad inconveniente con una ilegalidad salvadora. Es la lucha de dos ilegalidades, la una perniciosa y disfrazada de *légalisme*; la otra, franca, inspirada en los sanos intereses del país»<sup>198</sup>.

En el número 3, el artículo titulado «Caseros», escrito con ocasión del aniversario de la batalla, es sin duda de Rodó, aunque, como el anterior, no lleva firma. Se le puede reconocer así no sólo por el estilo, que denuncia igualmente a aquél, sino también por el episodio, al que, como lo vimos, se refiriera ya en el artículo infantil que había consagrado al tema, del batallón «Resistencia», sobre el cual incluye ahora versos inéditos de Francisco Acuña de Figueroa que exaltan cómo el sol de la bandera de aquél fue destrozado en la acción, versos que Rodó hubo sin duda por vía paterna, dada la amistad que había unido a su padre con el vate<sup>199</sup>.

La Asamblea no se rinde, y el 10 de febrero de 1898 es disuelta por un golpe de estado cuyo nervio cívico había sido José Batlle y Ordóñez. Cuestas asume la dictadura, y nombra un Consejo de Estado. La causa de *El Orden* ha triunfado. La fiebre política de Rodó irá aplacándose. Ha conocido los riesgos de la lucha ardiente de partido. Alguien llegó a poner en sus manos un revólver para que, con los demás redactores de la hoja, defendiese su persona del atropello que sabían todos les amenazaba, pero Rodó prefirió guardar el arma descargada en el bolsillo, sin llevar sobre sí siquiera balas: por temor de que le escapase un tiro, decía él<sup>200</sup>; por bondad y mansedumbre de carácter, piensa, sin vacilar, el biógrafo.



Ni estaba entonces su alma, por otra parte, para sangre ni para pugilatos. El embeleso de su Rubén Darío, en que comenzaba a trabajar, le apartaba por grandes ratos del duro andar entre los intereses materiales, elevándole a los planos de la ensoñación y al hechizo de la creación artística. Ya en un artículo de *El Orden*, que no firmó, había fustigado un día, aplicando la tesis a la moral política, «las inspiraciones y fines groseramente utilitarios»<sup>201</sup>, y volvía otro día, esta vez bajo el seudónimo de «Vincy», a señalar el contraste entre esas mismas «aspiraciones groseramente utilitarias» y «la fidelidad a una idea desinteresada»; entre «el interés», que es «voraz e impaciente», y «los sentimientos desinteresados», que «se concilian mucho mejor con la resignación, con la esperanza, con la conformidad»<sup>202</sup>. Las meditaciones del Calibán renaniano reaparecen, pues, cada vez con más insistencia, aún en medio del combate periodístico<sup>203</sup>. Están suministrándole, desde luego en alguna medida para que se las asimile, en otra muy mayor para que reobre sobre ellos, refutándolos con energía (y así lo hemos de ver) muchas de las ideas y los estados espirituales con que se está elaborando *Ariel*. Pero, por lo pronto, ¿cómo no entregarse, entonces, al puro éxtasis del espíritu, cuando se está trabajando sobre el alma del poeta «que tiene el cerebro macerado en aromas y el corazón vestido de piel de Suecia»?<sup>204</sup> ¿No es la obra de Rubén Darío la que, cabalmente, señalará Rodó como excepción de arte desinteresado y libre en medio al «utilitarismo batallador» de la poesía que hasta entonces había venido dando América, toda ella determinada, casi, «por la suprema necesidad de la propaganda y de la acción»? Y, sin embargo, si Rodó perdona a Darío, en mérito, precisamente, a la singularidad de su temperamento, su despreocupación por todo lo que signifique una finalidad social, su indiferencia por los males que otros sufren mientras el poeta sueña, está lejos de querer que esta forma de egoísmo estético sea, ni erigida en sistema, ni aun generalizada por la imitación. Bien está que el poeta de alma de cisne rehuya el contacto de la multitud porque tal es su destino artístico; pero no que otros quieran tomarle por modelo, porque ello importaría «una limitación, un empequeñecimiento»<sup>205</sup>. Se siente que, como rechazo afirmativo de todas las negaciones que atribuye a Darío, para Rodó tal actitud supondría deserción del deber de humanidad, y que hay que atender, por el contrario, a «las *disputas de los hombres*, a todo lo obscuro y pesado de la agitación humana», a todo lo que «queda en el fondo obscuro del valle»... Por eso dirá expresamente que «Calibán tiene las manos toscas y duras. Pero se le puede abominar en el arte y amarle cristianamente en la realidad»<sup>206</sup>. Y Calibán no es, aquí, ni el solitario monstruo de Shakespeare ni el símbolo de la parte torpe e impura de nuestra naturaleza, a la que llamará más tarde Rodó por ese nombre en *Ariel*: Calibán es aquí la multitud, en el sentido renaniano.

El fugaz rapto de abandono al sibaritismo poético sólo es lícito, pues, mientras se mantenga en relación con la «elegida individualidad»<sup>207</sup> que la inspira, y sería repudiable como conducta permanente frente a la vida y a la acción. Pero, así deslindada la actitud con que entra Rodó en el espíritu de Rubén Darío, es justo entonces que, a su vez, le perdonemos a él también que se haya entregado, mientras escribe sobre *Prosas Profanas*, al deleite blando con que le seduce la magia de un arte refinado y casi voluptuoso. Si alguna vez su estilo corrió el riesgo de perder la salud y la fuerza, su tónica virilidad, si alguna vez estuvo a punto de empezar a morbidecer, fue en los momentos en que escribe Rubén Darío. La firme osatura de su prosa se recubre a veces de una pasta suave y finísima, labrada con buriles tiernos; unos nácares, unos marfiles y unos ónices flexibles y ágilmente animados, unas miniaturas vivientes y expresivas,

unas estampas perfumadas más con soplos de idilio versallesco que con la brisa fresca de la égloga auténtica: refinamiento preciosista, asomos de galantería, hálitos de jardín, de rosas deshojadas en jubones de seda. Seguramente es de estos tiempos, y nacida también bajo el signo de Darío, por lo idéntico de la factura y lo extremado del artificio, su fantasía de *Los dos abanicos*, cuyo manuscrito jamás publicó y quedó inédito hasta la aparición de las páginas póstumas de *Los Últimos Motivos de Proteo*. Es seguro que, en la forma en que hoy la conocemos, esta ficción no pensó jamás ser dada a la luz por Rodó, porque si en 1904 habla a Juan Francisco Piquet del mismo asunto como de uno de los que había de formar parte de su obra proteica, es patente que ya entonces había modificado su primitivo plan: alude allí, en efecto, a un cuento «que relata la curiosa manera cómo un escritor llegó a concebir la idea de una obra viendo abanicarse a dos mujeres»<sup>208</sup>; y hoy sólo leemos, en cambio, no un cuento al modo de las otras parábolas, sino el imaginado monólogo introspectivo de ese mismo escritor<sup>209</sup>.

\* \* \*

La notoriedad de Rodó, que *El Orden* ha llevado ahora también hasta los círculos políticos, cunde en el ambiente de Montevideo, tan poco apto, todavía, para la valoración de lo exquisito, no obstante el crecimiento material de la ciudad, que pasa ya de los doscientos mil habitantes. Se piensa en utilizar las capacidades de este joven talento ya maduro, para el desempeño de la función pública. El primer intento de este género fue bien poco feliz: Rodó es nombrado para prosaicos menesteres de oficinista en la Comisión de Avalúos de Guerra<sup>210</sup>.

Pero bien pronto la Universidad le nombra para desempeñar la cátedra de Literatura, que acababa de renunciar Samuel Blixén al ser designado secretario del Consejo de Estado. Pérez Petit afirma que el Rector Dr. Alfredo Vásquez Acevedo llamó a Rodó para confiarle interinamente esa cátedra<sup>211</sup>. El nombramiento, sin embargo, no emanaba del Rector, si bien era en efecto interino, porque, para que no lo fuera, habría debido hacerse en propiedad, y para una designación de ese carácter el reglamento vigente requería trámites escritos especiales, que nadie intentó siquiera iniciar. Fue hecho, como correspondía, por el Consejo de Instrucción Secundaria y Superior, que era la autoridad que dirigía la Universidad, sin que conste en las actas de éste cuál de sus miembros fue quien lo propuso. Es verosímil que haya sido en efecto el doctor Vásquez Acevedo, pero hay que suponer que, previamente, éste haya pedido a Blixén, al saber la inminencia de la vacante, que le sugiriese un candidato digno de reemplazarlo. Sabemos, por otra parte, todo lo que Blixén pensaba sobre Rodó desde que recibiera el deslumbramiento de *El que vendrá*, como sabemos igualmente que este deslumbramiento había sobrevenido, lloviendo sobre mojado, cuando Blixén guardaba fresco el recuerdo de aquel extraordinario examen de literatura, tan reciente, que tanto le había impresionado, y cuyos detalles recordaba Vaz Ferreira todavía cuarenta años más tarde. Todo se encadena naturalmente, pues, para suponer que la candidatura de Rodó fue una inspiración de Blixén sabiamente recogida por el ilustrado y desvelado Rector, quizás por su parte también favorablemente dispuesto por la notoriedad, que ya se insinuaba, de Rodó, y por el propio juicio personal. Ello es que en la sesión del 21 de abril de 1898, al dar cuenta al Consejo de la renuncia de Blixén, y aceptada ésta, el Rector -dice el acta- «propone se procediese desde luego a designar reemplazante», resultando, según también sigue diciendo el acta, «electo por unanimidad de sufragios, Don José Enrique Rodó». Pero allí mismo surge un obstáculo reglamentario: «El Sr. Rector hizo presente que no habiendo obtenido el señor Rodó la mayoría absoluta de

sufragios exigida en su caso por el artículo 31 del Reglamento Interno del Consejo, se repetirá la votación de orden en la primera reunión que se celebre». Asistían a la sesión, además del Rector, cuatro consejeros, los Dres. Elías Regules, Eduardo Brito del Pino, Claudio Williman y José Scoseria<sup>212</sup>.

Finalmente, el 25 de abril de 1898, se realizó la segunda votación, resultando «electo Don José Enrique Rodó para dirigir el Aula de Literatura», dice el acta, que omite hacer constar esta vez, como debió, pues así había sido, que lo fue también por unanimidad. Asistían, además del Rector, los Consejeros Dres. Elías Regules, Eduardo Brito del Pino, Juan Pedro Castro y José Scoseria<sup>213</sup>.

El 26 de mayo, es decir, un mes después de nombrado, Rodó solicita licencia hasta el 15 de junio. Le es acordada, y «se encomienda al sustituto de la mencionada Aula de Literatura Don Carlos Vaz Ferreira de su dirección interina»<sup>214</sup>. Este interinato de Vaz Ferreira como reemplazante de Rodó fue, pues, superviniente, y no, como se ha creído, a partir del día en que Rodó fuera nombrado, si bien éste no asumió de inmediato sus funciones.

A falta de otras probanzas, es menester acudir a los más triviales hechos de rutina para deducir la fecha en que tuvo lugar su toma de posesión del cargo. Rodó no cobró sus haberes de mayo pero su nombre aparece en la planilla de ese mes. Consta que cobró los de junio y julio<sup>215</sup>, y de ahí en adelante. Vaz Ferreira no llegó a cobrar, pues si bien figura en la planilla de mayo, fue tachado su nombre. Si Rodó no cobró mayo es porque durante ese mes no tomó posesión del cargo, pero es evidente que lo hizo después del 15 de junio, pasado el vencimiento de su licencia.

Rodó comienza, al fin, a dictar sus lecciones. El escenario de su labor es el salón del ángulo noroeste de la planta baja, en el gran edificio de la Universidad, entonces todavía nuevo, de la calle Cerrito: con sus asientos, sus puertas y sus ventanas amarillentos, y tras cuyos cristales, en el invierno, se ve agitarse el mar, porque hace proa a los huracanes. Los alumnos le reverencian sin excepción, no obstante su juventud, pues conocen su obra. Pero al contacto de su persona, empiezan a amarle también por su bondad y su sencillez. Hallan al propio tiempo notables singularidades en su modo exterior de desenvolverse en el aula. Uno observa cómo deja asomar invariablemente de la mano, apoyada sobre el brazo del sillón, sólo dos dedos, que permanecen dirigidos hacia el suelo<sup>216</sup>. Otro afirma que sus ademanes eran reposados y acompasaban el fluir de su exposición, alargando las manos blancas y finas hasta dejar los dedos curvados hacia atrás<sup>217</sup>. Muchos sacaban apuntes, que viejos cuadernos guardan todavía, y otros, finalmente, se sorprendían ante el trance de alejamiento en que parecía sumido aquel hombre que no hacía lecturas en clase, para los alumnos, de los autores que se estudiaban; que a nadie interrogaba; y que, según uno que ha dejado su testimonio en páginas de un sesudo libro, «no puso nunca los ojos en los oyentes durante sus disertaciones de clase», añadiendo: «De costumbre, para dirigir la palabra a sus discípulos se volvía de lado, se arrellenaba en la silla sentándose en el borde y pasando sobre el respaldo un brazo, y hablaba monótonamente, como abstraído, con la mirada fija en el dintel de la puerta, apoyado en la mesa el otro brazo, levantando y dejando caer, abriendo y cerrando por momentos, su mano. No sentía la necesidad de escudriñar en las fisonomías del auditorio los efectos de su palabra. Era como si una pared lo separase de todos los presentes»<sup>218</sup>. Finalmente, otro, también desde las páginas de un libro, no sin duda de la autoridad de éste, da, con todo, detalles de no menor interés.

Haciendo constar que asistió «desde el principio a sus clases», recuerda: «Tocábale explicar el curso de Estética, cuyo programa acababa recientemente de ser redactado. Rodó comenzó a explicar su curso. Hablaba con relativa tranquilidad, mirando a un punto vago del techo; su frase era fluida, limpia de recursos oratorios como si se oyera a un lector; y accionaba con su diestra descarnada y flaca. Nos explicó la teoría de la Belleza desde Platón hasta Spencer y Guyau. No osaba mirar a sus discípulos; y cuando se cansaba de mirar al cielo raso, miraba, siempre hablando, a la puerta de la clase»<sup>219</sup>. Se confiesa después, informándonos de que el Maestro hacía hablar a sus alumnos en clase por medio de preguntas; e interiorizándonos en los hábitos didácticos de éste y en el cambio que se implantó por entonces en la forma de tomarse las pruebas, añade: «En el examen de Literatura, examen que se sustentaba por escrito, nos puso un verso para que lo acentuásemos. Recuerdo cuál era el verso: "Garra de león sobre una flor süave"»<sup>220</sup>. Y aquí viene la confesión del alumno: «Yo, mientras Rodó explicó su curso, asistía a sus clases: pero cuando comenzó a interrogar desaparecí del aula de Literatura»<sup>221</sup>. Más lejos dice: «Rodó hablaba con sosiego, a veces con presteza, como si tratara de redactar sus pensamientos a fin de que salieran limpios y claros; y su voz tenía un timbre agudo, algo aflautado y nasal, al que imprimía una acentuación docta y viril»<sup>222</sup>.

A cada uno le impresionó, como es natural, diferentemente. Por eso, para unos era oscuro, para otros brillante; pero su exposición estaba tal vez por encima de la comprensión media de los estudiantes, que a veces no podían seguirle en sus vuelos. Sin embargo el día en que, hablando del Dante, duplicó el tiempo de la clase, sin saberlo, disertando durante una hora y tres cuartos, nadie sintió fatiga, porque todos estaban suspensos de su palabra<sup>223</sup>.

\* \* \*

Mientras tanto, la zona de su espíritu que el humano batallar reclama, no olvida sus deberes.

Una parte de ella se muestra en unas breves pero muy significativas palabras que dirige a un eminente ciudadano.

Hay en efecto unas líneas de Rodó de trascendental alcance, escritas en esos mismos tiempos como acuse de recibo del folleto *La Fraternidad Uruguaya*, que el autor de éste, doctor Domingo Aramburú, publicó en la segunda edición del mismo opúsculo bajo su ya anteriormente por él usado seudónimo de «Byzantinus». Preconizaba el folleto la idea, en que estaban empeñados los constitucionalistas, de «formar un partido de principios con ciudadanos de cualquier filiación política, dejando a la historia el fallo de nuestras antiguas disidencias»<sup>224</sup>. Y en el breve acuse de recibo que del mismo hace Rodó, dice éste a aquél:

«Los que consideramos que, para la acción eficiente del ciudadano, es de necesidad actual su permanencia dentro de los bandos tradicionales, no podemos desconocer á pesar de eso, que los que dirigen en otro sentido su propaganda preparan la inevitable solución del porvenir.

Montevideo, 28 de noviembre de 1898»<sup>225</sup>.

Prueba ello, entonces, que el ideal constitucionalista con que el niño pensador y escritor había combatido, con todas las fuerzas de su alma, desde sus pequeños diarios, a los bandos tradicionales del Uruguay, seguía subsistiendo intacto en ella a través de los años, y que sólo por una razón de eficacia, práctica e inmediata, de clara naturaleza pragmática, el joven de hoy posponía para épocas más propicias su traducción en hechos de su conducta cívica. Sin claudicar del principismo, buscaba entonces para su acción una fecundidad con respecto al bien público que sólo podía alcanzarse dentro de un partido de masas, y no dentro de aquella minoría selecta, «estado mayor sin ejército», como solía llamársele, que seguía siendo el partido constitucional, condenado, por seguir siendo entonces todavía nada más que tal minoría selecta, a la esterilidad. Los tiempos de promisión habrían de venir pero no habían llegado todavía.

Otra parte, muy mayor, de esa zona de su espíritu que se posesionaba de las *disputas de los hombres*, está, en este mismo 1898, en la guerra de la independencia de Cuba, mucho más que en la política interna, ya adormecida de sus pasados arrebatos, no obstante el sobresalto del motín del 4 de julio, en que el colectivismo intentó sin éxito recuperar el poder despertando a la ciudad con el trueno del cañón.

Su amor a España se debate con su sentimiento americano y con su pasión por la libertad. Desde los tiempos de su infantil exaltación de Bolívar sueña, lo hemos visto, con que sean limados «los hierros que aún sujetan a varios pueblos de América, esclavos todavía de la dominación de un poder extranjero»; pero la suerte de esta causa de la justicia está ahora, casi totalmente, en manos de los Estados Unidos, y Rodó ve en ello un peligro para la auténtica emancipación de Cuba, a la que siente amenazada ya de quedar sometida al tributariado de su redentor interesado y poderoso. Además, le repugna la victoria de este pueblo utilitario y materialista sobre la vieja raza del Quijote, custodia, para él, de nobles e ideales tradiciones, y teme que el influjo del triunfador cunda como una ola perniciosa sobre las jóvenes democracias de América. Dramatizado por estas inquietudes, confiesa a Pérez Petit que piensa que habría que decir todo eso. Este enfocamiento de la realidad americana, que le obsesiona ya, polarizado por sus corrientes idealistas, se ha adueñado ahora de las más fuertes inquietudes de su conciencia. Medita en silencio, pero un día confía a su amigo que prepara algo serio, un sermón laico, que se llamará «Ariel». «¿Shakespeare o Renan?» -le pregunta aquél-, y Rodó responde: «No sé nada, usted verá; creo que le va a gustar mucho»<sup>226</sup>.

\* \* \*

Corren los meses. Es 1899. Dos páginas delicadas y pulcras -«Decir las cosas bien»<sup>227</sup> y «Carlos Guido Spano»<sup>228</sup>- confirman sin duda al fino esteta de la *Revista Nacional*. Pero un gran acontecimiento sobreviene: Rubén Darío aparece, al fin, llevando como epígrafe: «La vida nueva II»<sup>229</sup>. La robustez del pensamiento, la amplitud de las perspectivas estéticas, morales y sociales dentro de las cuales se mueve el análisis, han echado un lastre sólido que contrapesa, haciendo noble, serio y hondo el conjunto del opúsculo, la exquisitez liviana en que su prosa, por momentos, se hace oro espumoso y humo de pagano incienso para mejor consustanciarse con las sutilezas del numen del poeta.

El éxito es, en toda América y en España, una consagración definitiva. De las cartas que recibe, una, entre todas, no fue seguramente, contra lo que todo habría hecho esperar, la que más ha podido halagarle, porque dice nada más que esto:

«A José Enrique Rodó.

31 de marzo del 99.

Caro amigo: Gracias mil. Su generoso y firme talento me ha hecho el mejor servicio. Usted no es sospechoso de camaradería cenacular. Pronto le escribiré largamente.

Gracias.

Rubén Darío»<sup>230</sup>.

Rodó no publicó esta carta. Emir Rodríguez Monegal, al darla a conocer en las *Obras completas* del Maestro, dice, en nota al pie de la misma: «No hubo otra carta»<sup>231</sup>.

Pero le llegarían otras más felices. Leopoldo Díaz le escribe proclamándole «el primer crítico hispanoamericana, en el más noble sentido del vocablo»<sup>232</sup>.

Y César Zumeta le confiesa: «Hace tiempo que no admiraba tanto, como admiro esa obra nobilísima suya»<sup>233</sup>. Y aún hoy es consenso casi general que en algún punto, como en la glosa de «Era un aire suave», el crítico ha sobrepasado al poeta en la intensidad de la creación artística.

El propio autor adoptó el trabajo de Rodó como prólogo para, la segunda edición de *Prosas Profanas*, de la cual ha quedado, hasta ahora, como el complemento inseparable.

Pero ello no ocurrió sin dar lugar a una incidencia lamentable para la reputación de Darío. El episodio, muy conocido, ha sido expuesto con acertada objetividad por Emir Rodríguez Monegal en un par de páginas cuya transcripción ilustra, nos parece, con claridad y seriedad que exime de todo otro comentario, a pesar de su brevedad. Dicen así:

«En 1901 Darío publicó en París una segunda edición de *Prosas Profanas*. El estudio de Rodó fué incorporado, previa autorización del crítico, como prólogo. Pero no había mención alguna de autor y aparecía anónimo. Darío escribió para excusarse de la omisión y para cargar la responsabilidad sobre los editores. Para atenuar el efecto, aseguraba en broma que la firma era innecesaria, ya que el estilo de Rodó era fácilmente reconocible. (La frase se incorporó a su repertorio; en un anecdotario que publicó *El Plata* de Montevideo, en mayo de 1917 se la adjudican). Los editores, por su parte, pudieron demostrar que la omisión no era de



ellos, sino de Darío, que había enviado el estudio sin las tapas y sin firma. Que la omisión fuera involuntaria no mejoraba las cosas. Rodó se sintió ofendido y calló. Además, la pequeña chismografía local se encargó de magnificar el incidente. En una polémica pseudo-literaria entre Roberto de las Carreras y Álvaro Armando Vasseur, el primero aludió a Darío llamándole «el titeador de Rodó» (*El Día*, de Montevideo, 13 de junio de 1901). Rodó no pudo no conocer esa alusión malévola.

Aunque la relación amistosa no sobrevivió a este incidente del prólogo anónimo, la vinculación literaria no se destruyó por completo. En 1905 Rubén Darío le envía un ejemplar con dedicatoria autógrafa de sus *Cantos de vida y esperanza*, cuya primera sección le está también dedicada, y públicamente. De febrero de 1907 es un artículo que Rodó envía a *La Nación*, de Buenos Aires, y que ésta publicó el 4 de marzo. En él comenta desfavorablemente *La joven literatura hispanoamericana* de Manuel Ugarte (París, 1906), lo que motivó una polémica de la que se habla en la *Introducción general*, II, 2. Ahora interesa apuntar que en sus páginas no hay una sola mención de Darío. Todo el artículo revela una resistencia creciente al Modernismo escapista y poético: en determinado pasaje llega a negar, implícitamente, la importancia de la obra de Darío: "*Ni está probado (escribe Rodó con acento polémico) que, con posterioridad a Andrade, haya surgido quien señale un nivel claramente superior al vuelo lírico de Andrade*".

Parece obvio el error y la injusticia que implica esta valoración. En 1899 Rodó había anticipado un punto de vista más acertado sobre Darío: en 1916, a la muerte del poeta, volverá a asumirlo. Esta valoración negativa de 1907 debe ser considerada como síntoma de un resentimiento pasajero, aunque no por ello menos real.

En 1911 se reanuda la relación epistolar. Darío ha fundado una revista literaria en París bajo el título de *Mundial* y envía a Rodó una carta conciliatoria de invitación»<sup>234</sup>.

\* \* \*

Entre tanto, al acercarse el final del siglo, el profesor no desampara las tareas de su cátedra. Rodó autoriza con su nombre, que ha estampado después de hacer personalmente los retoques necesarios, unos Apuntes de literatura, recogidos en clase por sus alumnos, que dan nociones razonadas, precisas, sustanciosas, ágiles y desprovistas de todo resabio de rutina retórica o de los arcaísmos de la vieja preceptiva.



Definiciones y géneros literarios y consideraciones generales sobre literatura contemporánea son los temas que comprenden. Su autenticidad la certifica en varios lugares, la redacción de *Los Debates*, revista universitaria en donde son publicados. De todos los pretendidos «apuntes de Rodó» sobre literatura, que se han dado a la luz, son éstos, pues, los únicos de que puede hacérsele responsable, y sólo en éstos, precisamente, es donde se percibe, rigiendo, el sabio ordenamiento y el análisis sutil<sup>235</sup>.

Menos, todavía, podría, naturalmente, desamparar la asidua forja de sus trabajos de escritor. Y los que tiene entre manos son, como ya en parte se ha podido ver, de muy vastos alcances.

Emir Rodríguez Monegal, con la certidumbre que le dan sus búsquedas y estudios en el Archivo Rodó del Instituto de Investigaciones y Archivos Literarios (hoy en la Biblioteca Nacional de Montevideo), y refiriéndose a los intensos trabajos del Maestro en los años finales de la década del 90, dice que «el primer proyecto» de componer «una obra inmensa», que por entonces concibiera éste, «toma la forma epistolar; unas Cartas a... le permitirían explicar, sin las limitaciones sistemáticas del tratado, su pensamiento en materias tan delicadas como la Estética y la Ética, la Metafísica y la Política». Y agrega: «De este proyecto extraerá Rodó dos de sus libros más famosos: *Ariel* (1900), *Motivos de Proteo* (1909). Pero todavía está lejos el momento de la concreción. Rodó lee y toma notas, elabora su pensamiento, escribe fragmentos, los trabaja. Entre tanto la obra, las obras, van perfilándose en su forma definitiva»<sup>236</sup>.

## - VII -

△▽

### El maestro de la juventud de América

Cuando, el 5 de marzo de 1900, muere don José Domingo Piñeiro<sup>237</sup>, la casa de la calle Pérez Castellanos está toda sembrada todavía de los ejemplares de *Ariel*, que acaba de salir<sup>238</sup>. La aparición de éste había ocurrido a fines de febrero, y sería, entonces, una distracción de poeta la que hizo fechar a 1.º de febrero (sin duda por 1.º de marzo) la carta en que Guido y Spano acusa recibo a Rodó de *Ariel*<sup>239</sup>; como sería también por distracción que el propio Rodó fechara a 3 de marzo de 1900 una carta a Luis Ruiz Contreras en la que dice que le envía un ejemplar de la segunda edición de *Ariel*<sup>240</sup>, en tanto que sabemos que la segunda edición de *Ariel* es la que lleva el prólogo de Clarín y no apareció sino a fines de 1900; aludiendo además Rodó en la misma carta al «buen éxito de Ariel»<sup>241</sup>, que hay que entender referido al que éste obtuviera en España, es decir, a un hecho colectivo surgido de un consenso general que no podía haberse formado en pocos días, siendo así que el solo viaje de ida y vuelta en vapor insumía entonces no menos de cuarenta y dos, y había que dar tiempo a la lectura de la obra y a los procesos intelectuales que absorbe la elaboración y redacción de los juicios críticos. No deja, con todo, esta discordancia de fechas, de plantear una duda que debe, nos parece, dejarse de todos modos señalada y abierta a revisiones más felices.

«La vida nueva III», lucen en su parte superior las flamantes carátulas. Rodó procura, pues, mantener unidad a la serie de ensayos que viene publicando. Sigue en su línea de la literatura de ideas. Pero en la primera página de éste hay una dedicatoria que anuncia una inquietud más grande: «A la juventud de América».

Si se limita a América el campo para el cual fue pensado y sentido *El que vendrá*, que clamaba para los hombres de toda la tierra, pero se ensancha en cambio la proyección ideal de sus ansias, haciéndoles buscar, no ya sólo una fe literaria, sino todo un sentido de la vida: pensamiento, sensibilidad, moral, acción, José Enrique Rodó aparece en *Ariel* como el mesiánico revelador, el «apóstol dulce y afectuoso», que anunciaba en su escrito de 1896.

Rodó fue, así, el profeta de sí mismo: pero principalmente para América. De Europa son las ideas que predica en *Ariel*: de Renan, de Guyau, de Taine, de la España del 98, con más la fe democrática y liberal, que es también europea, aunque tanto la ha enriquecido la experiencia americana. El Viejo Mundo estaba ya, al acercarse el tránsito del siglo, en crecimiento de alma, nutría en sus propias raíces el empuje diversísimo de su resurrección idealista. Sus focos más potentes estaban irradiando. No había nacido todavía el ímpetu casi fanático del novecentismo contra toda la obra ochocentista. Pero en las zonas de la sensibilidad poética, y llegando a impregnar la misma prosa de Rodó, era también europeo el caudal del simbolismo que Rubén Darío había traído a su biblioteca de Buenos Aires, después de su viaje a París, en 1893, con su arsenal de libros y asimilándose, para recrearlo, aunque sin americanizarlo, lo mejor de sus aportes, con los que el modernismo envolvería en una nueva atmósfera e infundiría sutiles giros y alada vibración a la recia secular osatura del habla castellana, en que tanta fuerza, empero, confesó haber sabido hallar desde sus juveniles tiempos de Chile, el nicaragüense. La renovación, tantísimo más profunda, porque tocaba las raíces del pensamiento, del bergsonismo, había dado ya el *Essai sur les données immédiates de la conscience* y *Matière et mémoire*. En el hondo cráter del volcán nietzschiano, cada vez más ardiente, quizás, aunque se había apagado ya la ideación en el numen del genio que encendiera sus fuegos, hervía todavía la densa lava, que ni aun la inminencia de la muerte de éste llegaría a enfriar, ni a impedir que todos revolvieran en ella, inclusive el Maestro de *Ariel* cuando atacó al súper-hombre que se alzaba, soberbio y desafiante, desde los abismos de aquél; porque seguían tronando y fulgurando sus cien fluidos, sus ruidos subterráneos, su corona radiante. Y mirando hacia otros horizontes, pero todavía hacia Europa, el propio José Enrique Rodó sabía que «el corcel salvaje de Tolstoi tiene todo el espíritu humano por estepa»<sup>242</sup>. Rodó no innova, pues, intelectualmente; no crea un ideario del espíritu: pero vierte en un tono nuevo, que es su íntimo acento estético y moral, el ideario eterno de la humanidad, que viene desde Platón hasta ese universal fervor recién amanecido, y por ello llega a ser intensamente original, no sólo ya en América, sino también frente a una escala de valoración ecuménica.

\* \* \*

Ni pretende, tampoco, innovar ideas: para él *Ariel* no es obra de especulación, de pensamiento puro. Es «obra de acción y de propaganda en favor de la intelectualidad y del arte, en favor de toda idealidad generosa, en favor, también, de la tradición latina y del porvenir de nuestra raza en América». Es por eso, sin duda, que se apresura a escribirse así, expresamente, a un amigo espiritual, confesándole además: «creo que él puede hacer algún bien y sugerir ideas y sentimientos fecundos»<sup>243</sup>. Gesto inequívoco de apóstol.

Para su afiliación a los ideales desinteresados, profesados con amplitud que -según cuanto se ha visto ya en hechos de su propia conducta y se podrá volver a ver en otros hechos que sobrevendrán, y, como doctrina, en este mismo *Ariel* y en muchas páginas

más, escritas en años sucesivos que se aproximan- demostraba atender también en todo cuanto ella vale a la acción útil, influyeron sin duda las propensiones temperamentales, su innata visión de las cosas, aquella interior luz estelar del niño contemplativo y del niño pensador y escritor, anterior a la cultura, y cuyos precoces anuncios se manifestaron efectivamente, como ha podido verse, antes de que Rodó ingresara en ésta: a los nueve años, desde aquel primer artículo de *El Plata* en que declara que «el bien y la justicia será nuestro objeto supremo, y combatiremos el mal y todo lo que sea contrario al bien y la razón...», en las luchas de sus tribunos inventados contra sus imaginarios tiranos y, más claramente, en el editorial de *Los primeros albores*, teniendo ya doce años, en que le vimos romper, invocando el «estímulo, el amor al estudio y al trabajo» y «el entusiasmo», una lanza por «el progreso intelectual y moral» y la educación de la juventud, mientras en otro lugar lo haría por la ciencia aplicada a través de su estudio sobre Franklin, ampliación del que había dado ya en dos números de *Lo cierto y nada más*, cuando tenía todavía once.

Pero influyó corroborantemente la cultura, dentro de la cual, por las afinidades electivas que esas predisposiciones psíquicas determinaban, se inclinaría, no totalmente al positivismo, si bien supo beneficiarse de multitud de los aportes de éste, ni, menos aún, a corrientes materialistas (en el sentido moral del concepto, no en el dialéctico, que es el del devenir constante, que comporta ideales morales, y a las que, como podrá colegirse más lejos, y contra lo que se cree, no fue totalmente ajeno, no quizás por la vía directa de Marx, sino por la de algunos de sus expositores y críticos, acaso opuestos a sus doctrinas); sino a las que traían ya, precisamente, una raíz de ideal desinteresado: no tampoco al espiritualismo ecléctico, o sea el eclecticismo de Cousin, que, como lo vimos, había predicado largamente en Montevideo, formando generaciones enteras, que Rodó llegó a admirar, don Plácido Ellauri; ni al racionalismo, nacido de aquél, en tiempos poco anteriores al Maestro de *Ariel*, y que tuvo una de sus profesiones de fe redactada por Prudencio Vázquez y Vega, aquel fuerte espíritu de quien el mismo Rodó diría que representaba «la entereza del carácter cívico y la inflexible resistencia contra el mal prepotente»<sup>244</sup>, filosofía que alcanzó a concitar un entusiasta movimiento de juventudes; porque ese espiritualismo y ese racionalismo eran, de un modo o de otro, doctrinas metafísicas. Era el suyo en cambio un, idealismo moral, de la praxis, una filosofía de la conducta orientada hacia los fines superiores, más que un brote del nuevo idealismo finisecular propiamente dicho<sup>245</sup>.

Despreocúpese, ahora, el crítico, de inquietarse demasiado por la filiación concreta de sus ideas, que, por otra parte, él mismo señala tantas veces, y atiende más que nada a ver con qué calor y qué eficacia logró Rodó en los jóvenes de América, con su evangelio del ideal y de la democracia, esa cura de almas.

Con todo, y más que nada por aclarar su significado y por huir de los cien equívocos tantas veces cometidos a su respecto, interesa fijar la génesis directa de los dos grandes polos -Ariel y Calibán- en derredor de los cuales ordena las ideas, las tendencias, los sentimientos, que orientan su sermón laico.

Para darnos a la tarea de interpretación reclamada, tanto por este problema como por otros más que se verán, y muchos de los cuales, ya que no todos, le son conexos, hemos entendido, creemos que con razón, que debe sernos admitido -y así lo haremos todas las veces que ello convenga, bastando que lo hagamos constar aquí y por una sola vez, pero dándole un alcance válido para cuantas otras más pareciere pertinente, y sin que por ello

pueda imputárenos legítimamente incurrir en excesos inútiles- acudir al método de hacer transcripciones, a veces largas, de páginas y trozos conocidos del Maestro y aún de algunos otros textos que no son suyos pero se le refieren y se hace oportuno traer a colación, en vez de limitarnos a citarlos o remitirnos de otro modo a ellos; porque consideramos que sólo haciendo íntegramente tales transcripciones se ofrece al lector la posibilidad de que haga directamente y por sí mismo los cotejos y confrontaciones de los cuales -y sólo de ellos- puede surgir, y surge efectivamente, la fuerza probatoria, y con ella la convicción, que tenemos por indispensable alcanzar y transmitir.

\* \* \*

A diferencia de lo que más tarde haría con Proteo en su carta a José María Vidal Belo, que habría de servir de prólogo a la segunda edición de *Motivos de Proteo*, Rodó no dio, con respecto a sus dos símbolos antitéticos de Ariel y Calibán, y ni aún para el del Maestro Próspero, una explicación amplia y ni siquiera suficiente ni exacta de los móviles que le llevaron a escoger esos nombres para aplicárselos a los conceptos que quiso traducir con ellos.

Dio, sin duda, bellamente, en las primeras- páginas de *Ariel*, la fuente de donde tomó esos nombres, y algunos conceptos para caracterizar su significado y su sentido, remitiéndose para hacerlo, desde ese comienzo, y otra vez más en el curso de la obra, a los personajes homónimos de *La Tempestad* de Shakespeare; y hasta, en la segunda de esas páginas iniciales, mostró a uno de éstos, Ariel, precisamente, corporizado en hermosas formas y «en el instante en que, libertado por la magia de Próspero, va a lanzarse a los aires para desvanecerse en un lampo».

Y dio también allí mismo, y en otro pasaje más a lo largo de la obra, sus rotundas definiciones de lo que en ella había de entenderse por Ariel y por Calibán, y, mucho más vagamente, por Próspero.

Pero no se preocupó por demostrar que la atribución a Ariel y Calibán de tales significados correspondiese a los que en el drama shakespeariano encarnaban efectivamente en aquéllos.

Pareció darlo por averiguado.

Y, sin embargo, ni el Ariel ni el Calibán de Rodó corresponden exactamente, aún cuando tienen con ellos sutiles afinidades ideales, a los Ariel y Calibán de Shakespeare.

Ni corresponden exactamente a los de Renan, que en el *Calibán*, de sus *Dramas filosóficos*<sup>246</sup>, los recogió también de Shakespeare aunque transformándolos a su vez, y serían sin duda el movedor inmediato de Rodó, pero para incitarlo a una implícita refutación<sup>247</sup>, y que utilizaría los mismos nombres atribuyéndoles contenidos en algún aspecto opuestos, y, en todo caso, diferentes, aunque sin dejar de estar emparentados con los del pensador francés.

El Ariel shakespeariano es sin duda un espíritu puro, un genio aéreo, un fluido ideal. Embarga la isla con la magia de sus cantos, de sus sonos y sus coros invisibles, sirve sólo a las causas justas y bellas, y lo hace inacabablemente, con amor, y con eficacia prodigiosa. Pero no es totalmente sincero y leal en sus proceder: es artero, engañador,

emplea la astucia y la travesura en vez de la persuasión; y, sobre todo, no es cabalmente desinteresado, pues el estímulo de su acción es el deseo de obtener la libertad, que Próspero le ha prometido: interés alto y nobilísimo, sin duda, pero que no es únicamente un interés del alma.

El Calibán que convive con él en la isla encantada no es una abstracción moral en que se cifren todos los móviles inferiores o repugnantes, ni tampoco una categoría de la vida orgánica en que se puedan hallar, sin mezcla de otra cosa, la suma de la grosería y de los apetitos bestiales: es un monstruo viviente y contradictorio, y ni siquiera se ha fijado en un punto el estado de su evolución, pues al influjo de la sabiduría de Próspero se ha ido superiorizando, aún en la propia animalidad de su naturaleza, y ha adquirido el uso del lenguaje. Pero lo inesperado de su ser está en la pureza con que siente la música. Ella sensibiliza la remota parte de idealidad que permanecía oculta bajo su pesadez deforme y le lleva a soñar bellamente; y así, el monstruo dice a Esteban:

«La isla está llena de rumores, de sonidos, de dulces aires que deleitan y no hacen daño. A veces un millar de instrumentos bulliciosos resuena en mis oídos y a instantes son voces que, si a la sazón me he despertado después de un largo sueño, me hacen dormir nuevamente. Y entonces, soñando, diría que se entreabren las nubes y despliegan a mi vista magnificencias prontas a llover sobre mí; a tal punto, que, cuando despierto, ¡lloro por soñar todavía»<sup>248</sup>.

\* \* \*

Otra cuestión diferente es la de saber de dónde tomó Shakespeare los nombres de Ariel y Calibán.

Para este último, Luis Astrana Marín, en su comentario a *La Tempestad*, ha dado una hipótesis que satisface. Dice, después de recordar que «como en todas las últimas obras de Shakespeare, las fuentes son españolas», y de mostrar a Antonio de Eslava, en sus *Noches de invierno*, de Madrid, 1609, como habiéndole proporcionado, al incluir en esta colección la *Historia de Nicephoro y Dardano*, la fuente de aquella obra, y a las Relaciones que corrían en el siglo XVI sobre la conquista de América como la de los nombres de Miranda, que tomó del de Lucía Miranda, y de Ferdinando, Sebastián, Alonso y Gonzalo, personajes todos, también, de *La Tempestad*, que Calibán no es a su vez sino un anagrama de Caníbal. Pero este caníbal no es de fuente española. Está tomado de Montaigne, del capítulo «Cannibales» de los célebres *Essays*, en su traducción inglesa hecha por el erudito italiano Giovanni Florio<sup>249</sup>.

Para Ariel, en cambio, cuya filiación no tocó Astrana Marín, surgen de primer intento los homónimos bíblicos.

Ariel es, en efecto, nombre que figura con diferentes aplicaciones en varios versículos de la Biblia, aunque sin que pueda encontrarse en ninguno de ellos rasgo alguno que lo asemeje al de Shakespeare.

En el VIII, 16, de Esdras, es citado como uno de aquellos a quienes, después de nombrar a los que dice que «subieron conmigo de Babilonia reinando el rey Artajerjes» (VIII, 1-14), despachó, junto con Eliezer y varios más, todos «hombres principales», a Iddo, «para que nos trajeran ministros para la casa de nuestro Dios» (VIII, 17). En el XXIX, 1 y 2, de Isaías, dice éste: «Ay de Ariel, de Ariel, ciudad donde David habitó. Añadid un día a otro, las fiestas sigan su curso», prosiguiendo así: «Mas yo pondré a Ariel en apretura, y será desconsolada y triste; y será a mí como a Ariel». Y en seguida: «Porque acamparé contra tí alrededor, y te sitiare con campamentos, y levantaré contra tí baluartes». «Entonces serás humillada, hablarás desde la tierra, y tu habla saldrá del polvo». «Y la muchedumbre de tus enemigos será como polvo menudo, y la multitud de los fuertes como tamo que pasa; y será repentinamente, en un momento». «Por Jehová de los ejércitos serás visitada con truenos, con terremotos y con gran ruido, con torbellino y tempestad, y llama de fuego consumidor». «Y será como sueño de visión nocturna la multitud de todas las naciones que pelean contra Ariel, y todos los que pelean contra Ariel, y todos los que pelean contra ella y su fortaleza, y los que la ponen en apretura». «Y les sucederá como el que tiene hambre y sueña, y le parece que come, pero cuando despierta, su estómago está vacío; o como el que tiene sed y sueña, y le parece que bebe, pero cuando despierta, se halla cansado y sediento: así será la multitud de todas las naciones que pelearán contra el monte de Sión» (XXIX, 8,8).

Y es más: se atribuyen al nombre de Ariel bellísimos simbolismos.

Serviría para designar en la Biblia, según autorizadas interpretaciones, a una de las fuerzas servidoras del poder divino, porque dicen los comentaristas que Ariel significa «el león de Dios». Se fundan en que «los dos arieles, literalmente, leones de Dios, es el nombre que los persas y los árabes dan todavía hoy a guerreros de un valor extraordinario». Sería, agregan, un sobrenombre honorífico.

Dícese que es también el sobrenombre que Isaías da a Jerusalem, y parece asimismo significar, en un oscuro simbolismo, «montañas de Dios» y «altar de Dios», esto último por alusión al altar de los holocaustos, al fuego perpetuo; y, por extensión, es el nombre común de un objeto del culto. Para otros es un nombre de significado incierto, tal vez «el corazón del altar de Dios», dado a Jerusalén por Isaías (XXIX).

Y todavía más: ha sido recientemente propuesto que se escriba «Uri-el» (ciudad de Dios) como un parónimo de Urusalim, la primera forma registrada del nombre de Jerusalem de que haya quedado constancia.

De todos modos lo tienen por aludido o por misteriosamente relacionado con él, en muchos otros versículos, en los cuales, empero, no aparece su nombre, tales como el ILIX, 9, del Génesis: «Cachorro de león, Judá: De la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, Así como león viejo: ¿quién lo despertará?»; el XXIV, 9 de los Números, que tanto se le asemeja. «Se encorvará para echarse como león. Y como leona; ¿quién lo despertará? Benditos los que te bendijeren. Y malditos los que te maldijeren»; el XXIII, 20, del Segundo Libro de Samuel, que dice: «Después, Benaía, hijo de Joiada, hijo de un varón esforzado, grande en proezas, de Cabseel. Este mató a dos leones de Moab; y él mismo descendió y mató a un león en medio de un foso cuando estaba nevando»; el XI, 22, del Primer Libro de Crónicas, que narra igualmente que el mismo Benaía «venció a los dos leones de Moab», y que «también descendió y mató a un león en medio de un foso, en tiempo de nieve»; y tal cuando Ezequiel



describe, en varios versículos, el altar de Dios, señalándose como referido a Ariel, sin que aquí se hable ni siquiera de leones, el XLIII, 15, que dice: «El altar era de cuatro codos y encima del altar había cuatro cuernos»<sup>250</sup>.

Pero, dado que Shakespeare no era afecto a los temas ni a los nombres bíblicos, los que no aparecen nunca en sus obras, puede volverse a pensar en las fuentes hispánicas del tiempo de la conquista a que con tanta fortuna acudió Astrana Marín.

Ariel podría entonces ser una versión deformada (como deformada fue, lo hemos visto, la que transformó a Cannibales en Calibán), de la segunda parte del nombre de Buenos Aires. Deformación tomada directamente del nombre de Buenos Aires en sí mismo, si Shakespeare ignoraba o había olvidado el nombre del Ariel bíblico; o recuerdo del nombre de los varios Arieles bíblicos suscitado por aquél. En uno u otro caso, tal interpretación haría, así, del Río de la Plata la fuente más remota, a la vez que profética, del símbolo rodoniano, aunque el capricho de Shakespeare, como tantas otras veces, hiciese que contenido y nombre no tuvieran entre sí la menor congruencia.

\* \* \*

En Renan los dos personajes son otra vez, pero diversamente, contradictorios. Su Calibán no ama la música<sup>251</sup>, pero ama en cambio la libertad, y nada menos que por dignidad<sup>252</sup>, como ama, asimismo, la verdad<sup>253</sup>; en su progresiva evolución, llega a ser eficaz, pero por conveniencia, no por desinterés, protegerá hasta el arte, por utilitarismo<sup>254</sup>, y al final sentirá en sí mismo la gratitud hacia Próspero<sup>255</sup>. Éste, antes de morir, podrá pedirle, así, confiado, que vele por Ariel<sup>256</sup>. Y este Ariel de Renan no se interesa por obtener la libertad, tanto, quizás, por aristocratismo, como por desinterés<sup>257</sup>, pero sirve por amor<sup>258</sup>; se aparte de la vida de los hombres, porque ella es «fuerte pero impura»<sup>259</sup>, y, curiosamente, llegará luego a corporizarse, a encarnar, y, sin dejar de seguir siendo delicado, a teñirse de un asomo de sensualidad<sup>260</sup>.

El Ariel y el Calibán de Rodó son, en cambio, símbolos unívocos y abstractos.

Y, sobre todo, hay otras diferencias, aún, algo mucho más importante que esta condición de abstractos y esta univocidad, que los alejaba ya de los personajes de Shakespeare y de Renan; algo que los opone vigorosa y victoriosamente a los de este último. Véase, si no.

En lugar del «¡Viva Calibán! ¡Calibán jefe del pueblo!»<sup>261</sup>, que hace estallar Renan, con la ironía escondida bajo el diálogo, de boca de un anónimo de voces, que, sin saberlo, hacen escarnio de la democracia; en lugar de creer que el pueblo proclamará, como Calibán, la guerra a los libros, «instrumentos de esclavitud»<sup>262</sup>, y mientras Renan vacila o desfallece, mientras llega a preferir la democracia sólo por resignación, no obstante creerla contraria a la razón y a la ciencia; mientras su Ariel es pesimista y se aparta de la vida de los hombres porque ella es «fuerte pero impura»<sup>263</sup>, Rodó lo introduce en ella, postula con fe la compatibilidad de la democracia con el ideal, con lo más exquisito y delicado del espíritu, y convence, con el tónico acento de un Guyau; y confía en el triunfo de Ariel. Confía, con afirmativa probidad, con serena esperanza, con profética unción, en que el pueblo ha de darse, por la difusión de la cultura, el gobierno de «las verdaderas superioridades humanas»; «las de la virtud, el carácter, el espíritu».



No son tampoco Don Quijote y Sancho, el Ariel y el Calibán de Rodó.

Lo uno, porque en Ariel no cabría el menor asomo de la veta de insensatez que hacía inadaptable a la realidad el sublime idealismo de aquél, porque Rodó quiere, por el contrario, que Ariel penetre en la vida y le dé el sentido que la enaltezca y justifique, a la vez que la firmeza que no lo malogre.

Y lo otro, porque tampoco en Calibán podrían darse nunca la nobleza, la lealtad, la conmovedora bonhomía, que asumen, en el escudero, junto a su sustancial sensatez, la fuerza de tendencias tan vigorosas y enraizadas en su naturaleza como lo son sus propias caídas a lo sensual, sus momentos de inocente picardía, sus rústicos apetitos y su prosaico enfoque de las cosas, que jamás desciende, con todo, a lo bajo, a lo vil, a la fealdad moral.

Menos aún Ariel es el genio del bien y Calibán, el genio del mal, la luz y las tinieblas, Dios y el Diablo, la santidad y el pecado, Ormuzd y Ahrimán.

No son las vulgaridades que consistieran en una trasnochada repetición, bajo nombres inacostumbrados, de los enfrentamientos milenarios del hombre, que no tendría sentido volver a definir de nuevo, y todavía, con contenidos que no los equivaldrían en su tajante oposición.

Es oportuno recordar aquí a Nietzsche: «Todos los nombres del Bien y del Mal son símbolos: no definen, no hablan, se limitan a hacer señas. Loco es el que de ellos espera la ciencia».

Tampoco quieren traducir la psicología simple del tipo de esas que resulta cómodo ejemplificar, aunque para el caso proponiéndonos encarnarlas en personajes de muy diferente carácter, en ingenuas definiciones como aquéllas de «Roland est pruz et Oliviers est sages» con las que, sólo al llegar casi a la mitad de la *Chanson de Roland*, el hipotético Turaldot se atrevió a dejar fichados a los dos personajes, que a lo largo del poema revelan, no obstante, con su evolución y sus contradicciones, una complejidad viviente que desmiente lo esquemático de semejante elemental adjetivación.

Ni son el caballo blanco y el caballo negro del *Fedro* de Platón. Algo tienen de común con ellos, por el fervor de que se les muestra poseídos, el ímpetu de altura del uno, el torpe tender hacia abajo del otro. Pero dos diferencias notorias se alzan, que hacen imposible una total asimilación. La primera, la de que ni el Ariel ni el Calibán de Rodó son símbolos de principios metafísicos, como lo son aquéllos, sino dos conjuntos de potencias que dimanar de otras tantas especies de polos dinámicos que conviven, como hechos o como posibilidades o virtualidades, en el seno de la realidad psicológica, y de un ideal moral que, en la pugna inevitable de ambas fuerzas, se propone incitar a todo lo que contribuya a dar conciencia y vigorizar a uno de esos polos, el que conduce a superiorizar la vida, y a anular al otro, que lleva a inferiorizarla. La segunda, la de que en el Ariel de Rodó no podría haber ni un resquicio, y ni siquiera la menor alusión, para los hechos de desviación sexual que, como tales, o como esos equívocos que insignes comentaristas han tratado de eludir o han intentado, en todo caso, depurándolos, interpretar como las formas superiores del amor ideal, se dan en el caballo blanco. Porque semejantes tendencias, ni ostensible ni encubiertamente, estuvieron jamás en el pensamiento, en el temperamento ni, menos, por consiguiente, en la moral y, con ésta,

en la prédica del Maestro de Ariel, que les era totalmente ajeno y hasta repugnante, como lo prueban sus capítulos sobre el amor de Motivos de Proteo, su «Maris Stella», y sus papeles íntimos.

\* \* \*

Emir Rodríguez Monegal ha señalado dos influencias como determinantes de la adopción por Rodó de los personajes y los nombres de Ariel y Calibán para simbolizar con ellos las mismas tendencias que aparecen encarnadas respectivamente en los Ariel y Calibán que definiría en su libro. La una es la de Paul Groussac en su conferencia del 2 de mayo de 1898 pronunciada en Buenos Aires, en la que denuncia los horrores del «yankismo democrático, ateo de todo ideal, que invade al mundo», el «espíritu yankee», «desprendido libremente» del «cuerpo informe», cuerpo al cual (y no a ese espíritu que de él se ha desprendido, distinción que es esencial pero que no hace Rodríguez Monegal) llama allí mismo «calibanesco»: espíritu que «quiere sustituir la razón con la fuerza, la aspiración generosa con la satisfacción egoísta, la calidad con la cantidad, la honradez con la nobleza, el sentimiento de lo bello y lo bueno con la sensación del lujo plebeyo», etc., para concluir en que «es en Groussac donde debe verse el impulso inicial»<sup>264</sup>. Y la otra es la de Rubén Darío, en un artículo periodístico titulado «El triunfo de Calibán», que es de 1898 y escrito también en Buenos Aires, en que el vate comenta esa conferencia de Groussac, y que concluye, dice Rodríguez Monegal, en unas palabras que parece oportuno citar: «¡Miranda preferirá siempre a Ariel; Miranda es la gracia del espíritu; y todas las montañas de piedra, de hierros, de oros y de tocinos, no bastarán para que mi alma latina se prostituya a Calibán!». Y Añade Rodríguez Monegal: «El artículo fué publicado en *El Tiempo* de Buenos Aires (20 de mayo de 1898)»<sup>265</sup>.

Ahora bien, ambos trabajos, el de Groussac y el de Rubén Darío, son muy posteriores a los tiempos, que hemos señalado, de abril de 1895, en que Rodó revela estar preocupado por el *Calibán* de Renan. Por otra parte, la gran envergadura de las convicciones que prestan integral unidad y plena robustez al mensaje rodoniano no habría podido explicarse si la obra no hubiera tenido ya en su mente hondas raíces anteriores, raíces personales, de esencia temperamental, que -no hemos vacilado en afirmarlo- se remontan a la época de sus doce años, pues afloran claramente en *Los Primeros Albores*, y hasta quizás a tres años antes, porque un como anuncio de ellas se percibe en el artículo inicial de *El Plata*, que el niño escribiera cuando tenía solamente nueve.

Ello no obsta, naturalmente, a pensar que ambas influencias hayan podido darse sobre la gestación de Ariel, pero sólo para incidir, en grado de corroborantes, en un proceso espiritual ya iniciado y en trance de acaso todavía semisubconsciente elaboración.

\* \* \*

Y otra cuestión más, que también ha sido planteada, es la de saber por qué optó Rodó para su mensaje por la forma del discurso, desistiendo de la idea de darlo a través de la epistolar que había proyectado cuando concibiera, para verterlo, aquellas *Cartas a...* en que pensara inicialmente.

Juan Carlos Gómez Haedo fue quien propuso por primera vez la interrogante, no sobre el abandono de la forma epistolar, cuyo proyecto ignoraba, sino sobre la adopción de la forma oratoria, y la resolvió atribuyendo el haberse valido de ésta a la influencia del discurso que Lucio Vicente López pronunciara en la Universidad de Buenos Aires en 1893, en una colación de grados<sup>266</sup>. Por su parte, Emir Rodríguez Monegal hace notar, con respecto a ese discurso, que «Rodó lo cita en un artículo de la *Revista Nacional* sobre Juan Carlos Gómez, 20 mayo 1895, dato que parece haber quedado inadvertido hasta ahora»<sup>267</sup>. Y corroborantemente, el mismo Rodríguez Monegal dice que Rodó abandonó su proyecto de dar forma epistolar a su libro en preparación, optando en su lugar por el discurso, no sólo por la «mayor calidez de la palabra hablada, su arte suasoria», sino también por «la influencia que algunos discursos magistrales y afines ejercieron sobre Rodó mientras componía su obra», señalando el citado de Lucio Vicente López como influencia cuya revelación se debe a Gómez Haedo. Nos parece interesante transcribir las palabras de este último. Dicen así: «En cuanto a la forma de su desarrollo a la manera de una oración universitaria, la sugestión inmediata debió de nacer de una memorable pieza universitaria, que el Dr. Lucio Vicente López leyó en la Universidad de Buenos Aires, en la colación de grados de 1893. Aquel discurso particularmente notable, impresionó vivamente a Rodó; (dos o tres veces lo menciona en el curso de su obra), no sólo por su forma, sino también por su contenido. Los puntos que desenvuelve Lucio Vicente López, han servido como de sugestión para algunos de los temas de *Ariel*, como lo son las inquietudes que el porvenir de la juventud argentina y con ella también el de la patria, suscitan en la mente del orador que condena algunos de los rasgos del utilitarismo creciente que descubre»<sup>268</sup>.

Es ahora imprescindible transcribir el párrafo del artículo de Rodó sobre Juan Carlos Gómez en que aquél alude al discurso de Lucio Vicente López. Dice así:

«Lucio Vicente López, en una oración universitaria que merece eterno recuerdo, señalaba hace pocos años como suprema inspiración regeneradora en medio del eclipse moral que veía avanzar en el horizonte de América, la obra patriótica de favorecer en la mente y el corazón de las generaciones que se levantan, el amor a la contemplación de aquellas épocas en que el carácter, la individualidad nacional de nuestros pueblos, y las fuerzas espontáneas de su intelectualidad vibraban con la energía que hoy les falta y con el sello propio de que los priva el cosmopolitismo enervador que impone su nota a la fisonomía del tiempo en que vivimos»<sup>269</sup>.

Y es asimismo imprescindible que aclaremos que al decir Gómez Haedo, refiriéndose a ese discurso, que Rodó «dos o tres veces lo menciona en el curso de su obra», no se refiere a *Ariel*, porque en éste no lo menciona ni una sola, sino al conjunto de la obra de Rodó. Y bien. Según el índice de nombres propios que figura en las *Obras Completas* de Rodó, edición Aguilar, tantas veces citada, a cargo de Rodríguez Monegal, Rodó habría mencionado, no ya dos o tres veces, sino cinco, a lo largo de su producción, a Lucio Vicente López. Pero de esas cinco veces, una (la de la página 489) no corresponde a Lucio Vicente López, sino a su padre, don Vicente Fidel López, y es

la que, en aquel mismo artículo sobre Juan Carlos Gómez de la *Revista Nacional*, habla de «la crítica de López» refiriéndose a la obra de los emigrados argentinos en Chile «desde el terror de 1840», siendo así que Lucio Vicente López nació en 1848<sup>270</sup>; la segunda (la de la página 492) es la del artículo de Rodó sobre Juan Carlos Gómez, de la *Revista Nacional*, artículo del cual transcribimos más arriba el párrafo que se refiere, precisamente, al discurso de Lucio Vicente López en la colación de grados de 1893; la tercera (la de la página 673) corresponde a la parte del ensayo sobre «Juan María Gutiérrez y su época», que Rodó insertó en *El Mirador de Próspero*, en la que dice que Sarmiento, «según frase de Lucio Vicente López, trataba en Chile a Don Andrés Bello con modales de Atila»; la cuarta (la de la página 747) es repetición del largo fragmento del artículo sobre Juan María Gutiérrez que escribió Rodó en la *Revista Nacional* y sirvió de fuente al anterior para esa misma parte, que acabamos de citar, del ensayo titulado «Juan María Gutiérrez y su época» incluido en *El Mirador de Próspero*; y la quinta (la de la página 763) es nuevamente la segunda, o sea la que habla por primera vez del discurso de Lucio Vicente López. Ambas duplicaciones se explican porque Rodríguez Monegal ha hecho, en la parte de su recopilación titulada *Obra póstuma*, la repetición de los escritos de la *Revista Nacional* al publicar la inserción que de los mismos hicieron José Pedro Segundo y Juan Antonio Zubillaga en el tomo inicial de la edición oficial de las *Obras completas* de José Enrique Rodó que dieron a la luz varios años antes de que apareciera la edición homónima realizada por Aguilar bajo los cuidados de aquél.

En total, pues, cuatro veces es mencionado Lucio Vicente López en el conjunto de la obra de Rodó; pero esas cuatro son en realidad dos repetidas, y, de estas dos, sólo una es valorativa. La otra es de documentación, pues cita a Lucio Vicente López como fuente de conocimiento de un hecho relativo a la vida de Sarmiento y a la de don Andrés Bello que el primero de los tres nombrados nos trasmite por la vía de la tradición.

Debemos decir por nuestra parte que, tanto las oraciones de apertura como las de clausura de cursos, y, más aún las de las colaciones de grados (y el discurso de López era una de éstas, en tanto la oración de Próspero era una despedida de un maestro a sus discípulos, o sea que ambas coincidían en cuanto a que cerraban la labor de un año), siendo sin duda una clase de piezas que alcanzan a veces niveles de trascendencia, eran un género que, por sobreabundante y obvio, estaba poco llamado a erigirse en modelo que se impusiera sólo por razón de una novedad o inusitada singularidad de forma de que en absoluto carecían.

¿No será más acertado pensar, en todo caso, en la Oración sobre la Acrópolis, de Renan, que aunaba pensamiento y belleza, que ofrecía altos motivos de meditación y que emanaba, precisamente, de uno de los maestros preferidos de Rodó?

De todos modos, habría que pensar, si de buscar influencias se trata, en una grande influencia, grande por su autoridad y su valor intrínseco -y tal lo sería ésta- y no en la de un escritor secundario como lo habría sido la de Lucio Vicente López, conocido apenas poco más que en el Río de la Plata y cuyo recuerdo, sobre todo, no obstante ser él mismo uruguayo por el azar de su nacimiento, era poco grato a los uruguayos, desde que la *vox populi* lo hizo responsable, y sigue haciéndolo todavía, de los monstruosos ataques calumniosos a la figura de Artigas con los que desató la célebre polémica a través del Plata en que Carlos María Ramírez aplastó al periodista anónimo del *Sud-América* de Buenos Aires que no tuvo el valor de asumir la responsabilidad de sus

dichos. Y Rodó llevaba metida en el alma la Oración de Renan. Sus palabras mismas, sus ritmos, latían en sus oídos todavía en los meses finales de su vida. No fue sin duda en *Ariel* pero sí en *Cielo y agua*, su primera crónica de viaje, lejos en el tiempo de sus primeras comuniones con Renan, donde revela que le golpeaban por adentro aquellas alabanzas altísimas, «Toi seule est jeune, ô Cora; toi seule est pure, ô Vierge; toi seule est saine, ô Hygie; toi seule est forte, ô Victoire»<sup>271</sup>, que le harían escribir, en pleno océano, invocando al «titán cerúleo», «tú sólo eres libre, tú sólo eres fuerte!»<sup>272</sup>.

Pero no es necesario aquí buscar influencias.

Porque para la forma oratoria había, en este caso, y sobre todo, una solicitud directa emanada de la esencia misma de las cosas.

Rodó sentía la necesidad de dar expresión a un gran mensaje que en potencia llevaba dentro y que tenía por destinatario a la juventud de América.

Nada más simple, entonces, por lo que al intérprete compete hoy. La dificultad existió antes, y fue, entonces, para él. Sólo a él le había cabido afrontar, como que consistía nada menos que en la de la creación, y en ella, en el logro de la calidad áurea, de la más depurada y eficaz. Pero este problema, sin duda el mayor, y que sólo él podía resolver, y resolvió en efecto supremamente, por ser quien era, no es el que está ahora en juego para nosotros, ceñidos, como estamos en este instante, a indagar sólo un punto concreto, una interrogante que no hemos sido nosotros quien la planteara. Quedan por averiguar, para el intento que nos estamos proponiendo, los otros, los que se refieren, no a cómo era el ser, que lo damos por descontado, sino a cómo fue el hacer, de Rodó, para darles solución. Y es para saberlo ver ahora donde todo se nos muestra sencillo. Veámoslo, si no.

Formular idealmente las grandes líneas del mensaje. Disponer un imaginario auditorio de jóvenes que simbolizara a la juventud de América, y colocar frente a él a alguien que tuviese como lo propio de sus hábitos, más aún, de su misión, el dirigirse a los jóvenes para adoctrinarlos, es decir, crear para ellos un maestro, o, mejor aún, descubrir al que a ese simbólico grupo elegido le fuese ya querido y respetado por su autoridad, para que les dijese ese mensaje, y lo hiciera, por que no lo olvidaran, por la ocasión en que iba a despedirse de ellos.

En suma, pues, acertar con la palabra óptima, y hallar a quien mejor la pudiera decir y a quienes con más promisoria disposición la pudieran escuchar. O sea, un discurso de intención altísima, y un hablante y los oyentes condignos.

De ahí la forma oratoria escogida.

\* \* \*

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

